

RECONQUISTA DE TIERRA



LOS HERMANOS AZULES

(RECONQUISTA DE TIERRA)

MANLY BALISTER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



LOS HERMANOS AZULES

MANLY BANISTER

Título de la obra en inglés: CONQUEST OF EARTH

Traducción de:MANUEL ORTA M.
Primera edición: Junio 1961

I
LOS INICIADOS

Después de diecinueve años, era éste el día más importante para Kor Danay. Tal como había supuesto, el amanecer fue brillante. Casi todos lo eran en la Tierra; tan diáfano como lo podía hacer surgir un Sol turgente, rojo como la sangre, que brillaba en un cielo seco y sin nubes que iba difuminándose desde el casi negro de su cénit al intenso índigo del horizonte. Después, las estrellas de mínima magnitud, como Sirio o Antares, fueron espículas de reluciente luz en el cielo.

Los huesos desnudos de la Tierra, restregados y blanqueados por los vientos de los desiertos, chupaban el declinante calor del Sol para almacenarlo, e irradiarlo en las noches terribles, cuando ni incluso la formación de escarcha hacía disminuir el frío.

Había lugares, desde luego, donde la tierra, el humus, la vegetación casi desecada y la preciosa humedad, se adherían aún obstinadamente. El pueblo todavía trabajaba, y de firme, por su pan de cada día; otros disfrutaban de las tortitas que repartían los Trisz... los benévolos Trisz...

Kor yacía sobre la losa de piedra del suelo, en su compartimiento del Instituto del Hombre.

Acudía, a su pensamiento el recuerdo de su primera mañana en el Instituto, cuando tenía sólo seis años. Recordaba que sé había despertado, en esta misma habitación, aterido, rígido y lloroso. Los diecinueve años pasados habían acondicionado, o expulsado, la debilidad de su niñez. La piedra sobre la que yacía estaba desgastada por los movimientos, de un sueño intranquilo, de generaciones estudiantiles en el Instituto. El dormir sobre la dura piedra resultaba ahora un verdadero lujo, después del adiestramiento al que estaban sujetos los Hombres iniciados.

Era una mañana de finales de primavera, sin señales de una inminente tempestad de arena. Un buen día, pensó Kor, para el Examen que señalaba su última jornada en el Instituto. De ese examen nadie salía fracasado... los que sobrevivían eran sólo los que no merecían el suspenso.

Desde donde yacía, arropado en su chaqueta azul de abrigo, Kor podía mirar por la ventana de cristales, abierta al cielo de color de añil.

«¡Salve, Sol! ¡Señor de la Creación!» Las frases panegíricas se sucedían en la mente de Kor. La Epopeya del Hombre había sido troquelada en su cerebro durante estos diecinueve años. La meditación de sus versos era parte de cada una de sus acciones y reacciones; capa y espada a la vez; lanza y escudo en el trabajo que debía llevar a cabo...

Kor, se puso de pie en un salto y terminó el «Recuerdo al Despertar» en la ventana, junto con los Ejercicios explicados en Mecánicas del Ritual, Sección 2A, Subdivisión D.

Su piel era dorada... relucía como el cobre rojizo a la luz del sol. Sus cabellos tenían el color del oro batido. Sus ojos eran grises; sus mejillas, hundidas; su nariz, larga, de ventanillas aleteantes; el labio inferior, grueso; y la barbilla, ligeramente redondeada.

Recorría veloz y fácilmente el ritual, coordinando las palabras y cadencias con los delicados movimientos musculares, de los Ejercicios. Los Recuerdos era un estereotipado sonsonete y nada más. Pero, aquí y allí, donde la lengua triscaba entre sílabas faltas de sentido, la mente se refugiaba en las interpolaciones semánticas... la clave secreta del poder del Hombre.

El Deseo es nuestro azote, y la Necesidad nuestra bendición.

...Miraba a su mundo. Una fila de álamos se agitaba en la brisa madrugadora. Entre la trama se veía la rizada superficie de un pequeño lago.

¡Agua apreciada! Era el alma de la Tierra... el fluido que faltaba ahora en sus venas y arterias subterráneas; que volaba lentamente de las concavidades del suelo para desvanecerse y no volver más. Los mares del planeta pronto se marcharían. Cuando el Trisz removiera la última gota del precioso líquido... Kor enderezó la espalda.

La Resolución es nuestra armadura; la Voluntad, nuestra arma... Creer en nuestra misión... Fe en nosotros mismos...

Elevó sus brazos a lo alto, las manos engarzadas, y los sacudió con la ceremoniosa Señal del Conquistador.

De una habitación vecina llegaron, de repente, risas de muchachos. El agua reventaba en el suelo, al caer desde enormes ánforas; se deslizaba por canales labrados cuidadosamente; goteaba en los tanques purificadores situados en los cimientos, y volvía de allí a los depósitos de arriba. Una comodidad tan rara tenía que conservarse muy cuidadosamente. La evaporación que se permitía era la absolutamente inevitable.

En el Instituto había agua abundante; en la naturaleza de los que allí habitaban existía el convencimiento de que así debía ser. Era lamentable que esta abundancia no la tuviera también el Pueblo... pero constituía uno de los muchos secretos que el Instituto del Hombre guardaba del Trisz... del benévolo Trisz...

—¡Kor! —gritó una voz viril desde la puerta—. ¿Durmiendo todavía? ¡Purificándote para el Examen! ¿Es que vas a necesitar toda la mañana para cumplir con el ritual?

Los seis Iniciados eran los únicos supervivientes del centenar de novicios

que habían ingresado en el Instituto, cuando eran unos niños, diecinueve años antes.

Los novicios ingresaban en el Instituto a la edad de seis años, pasaban otros seis en prepararse físicamente, y aprender los rudimentos de la Filosofía del Hombre y la mnemotecnia de la Epopeya. Durante los seis años siguientes estaban matriculados como Estudiantes y durante ese tiempo recibían el castigo, tanto físico como mental, más duro de su entrenamiento y de sus estudios. Los que resultaban ser deficientes en cuanto a vigor físico o agudeza mental, eran transferidos a clases de regularización para futuros adiestramientos encaminados a iniciarlos en la Orden de los Hermanos Azules. Los Hermanos Azules era una orden de la más alta significación: los Guías y Protectores del Pueblo, los Instructores graduados de la Tierra.

Pocos Estudiantes conseguían ser aceptados en la Orden de los Iniciados donde, después de siete años de adiestramientos especiales, eran acondicionados para la Orden de los Hombres. Éste era el propósito primordial del Instituto: seleccionar y entrenar candidatos para los Hombres... los Sabios Escarlatas. Sus profundos misterios sólo eran conocidos por los que, personalmente, se tejían la capa escarlata.

Ser un Hombre es Grande... es Noble, pensó Kor Danay.

La Tierra era increíblemente vieja. Millones de generaciones se habían sucedido en su marchitada superficie... No existía, realmente, una prueba que demostrara cuándo habían llegado los Trisz por primera vez a la Tierra.

Así era como el Pueblo los llamaba: Trisz. Los Conquistadores no habían traído ningún nombre. El don de la palabra les estaba vedado a los Trisz. Ellos gobernaban al Pueblo, pero nunca se les escuchó hablar.

Kor Danay no había visto nunca un Trisz; ni siquiera en fotografía. Los Trisz no podían ser retratados. Se asemejaban al sonido de su nombre; su aspecto, una ilusoria refracción de la luz; la brisa mañanera sobre el lago del Instituto.

Kor podía permitirse ser lento al arreglarse. Para los examinados no habría desayuno esta mañana. El ayuno no se rompería mientras el Sol no se pusiera, dando fin al día del Examen.

Guardar el ayuno era parte del ritual, como el mismo Examen. Nadie podía fracasar en él, excepto los que se destruyeran a sí mismo al efectuar los ejercicios.

Por última vez, Kor se ajustó el traje azul de gala del Instituto: suavísimas medias azules tejidas de gasa plástica; borceguíes de cuero azul que envolvían sus pantorrillas; jubón de cuero, también azul, sin mangas, que se cerraba delante con un cordón cruzado. Finalmente, Kor se puso sobre los hombros la capa ondulada de los Tejedores en Azul, la misma prenda usada por la Hermandad Azul, pero con la insignia bordada en un tono más intenso, del Instituto: manos alzadas y engarzadas, que formaban el Signo del Conquistador. La próxima vez que la vistiera, su color sería escarlata.

Sólo los Extranjeros llevaban armas: armas delgadas, como espadines o

dagas. Cualquier otra cosa más temible, estaba prohibida por los Trisz, excepto a las tropas de los Señores regionales quienes utilizaban indistintamente las espadas, lanzas o arcos con la misma facilidad. Las armas de terrible poder de los Trisz estaban prohibidas, reservadas exclusivamente para los escogidos guardianes de la ciudad: los Triszianos.

Kor salió, por tanto, al pasillo, desarmado. Los alumnos abandonaron el edificio y, atravesando un rizado césped de hierba azul, llegaron a la arena donde el Tribunal aguardaba.

Kor sabía que en la antigüedad las cosas habían sido muy diferentes. No podía estar seguro de cuánto ni en qué manera. La Historia partía de las dos Edades del Hielo; antes de esos períodos resultaba muy, pero muy confusa. En los textos se decía —aunque con el ligero tono incrédulo propio de la época ilustrada— que antiguamente todos los que formaban el Pueblo se habían llamado a sí mismo Hombres. Era seguro que ninguno de ellos lo había sido. Ser un Hombre era un privilegio especial, resultado de un arduo entrenamiento físico y mental. Era una creencia generalizada la de que los hombres anteriores a la Historia no poseían la mente del Hombre de ahora, ni siquiera sus atributos físicos.

Los Trisz admitían la existencia del Hombre como si fuera una institución antigua que condujera al Pueblo, incluyendo a los Triszianos, aunque los últimos, naturalmente, estaban obligados a guardar fidelidad a les Trisz y no a la autoridad de un señor regional.

El aspecto sociológico de la Tierra era en la actualidad muy peculiar. Los Trisz estaban arriba, después los Triszianos, y, abajo, el Pueblo. Aunque Kor no había viajado físicamente, ni tan sólo un metro en el mundo situado más allá de los límites del Instituto, era necesario que estuviera informado, con objeto de reincorporarse a él al finalizar su adiestramiento.

No era sólo el pensar en su vuelta lo que provocaba un estremecimiento anticipado en Kor. Tenía un secreto de su propiedad; uno que —estaba convencido— era de gran importancia para el Hombre, e incluso para el Pueblo y para la Tierra. El examen de hoy revelaría la especial capacidad con que el joven Iniciado había practicado tan asiduamente en sus años de estudios y entrenamientos.

Los Hombres habían desarrollado el tipo más alto de mente doblada del Universo. Les hacia ser dueños de lo circundante hasta el grado enésimo. Hasta ahora sólo Kor Danay sabía que su propia mente, por haber entrenado una peculiar función latente, había superado los límites del desarrollo mental de los Hombres. La de Kor no era sólo una mente doble, sino, además, separable.

Los Iniciados permanecían, rígidos y atentos, ante la tribuna levantada en el centro del campo de atletismo. Los hombres de edad, vestidos de verde, los Maestros, estaban de pie, agrupados sobre la tribuna, murmurando entre ellos

los detalles de última hora.

Val Shan, Maestro Supremo del Instituto, se encaró con los Hombres jóvenes que estaban debajo de él. Su figura era imponente. Val Shan tenía cerca de doscientos años, pero no aparentaba tener más allá de los cincuenta, tal como se calculaba la edad entre el Pueblo.

—¡Hombres...! —Sus palabras eran lentas y claras—. Constituís la clase ciento sesenta y una que he ayudado a graduar en el Instituto. —Sonrió gravemente—. Yo era instructor ayudante en la primera promoción a la que asistí. Había dos Hombres en aquella clase; hay seis en ésta; la clase más numerosa que se haya graduado nunca en ningún Instituto.

Kor recorrió con la mirada los asientos de piedra vacíos. Una semana atrás, los Hermanos Azules habían llevado a cabo aquí la ceremonia y después se habían marchado a sus Destinos en el mundo del Pueblo. Él había estado presente en aquella graduación. No había espectadores en ésta. Un campo especial de fuerza rodeaba el área entera, impidiendo en forma efectiva, la entrada, incluso para los Trisz.

—...Estáis impresionados por el hecho de que el adiestramiento haya sido realizado en secreto.

—Val Shan continuó con toda claridad—: Nadie extraño a la Hermandad de los Hombres conoce vuestro entrenamiento, vuestras capacidades, nuestras intenciones. Sabéis para lo que habéis sido adiestrados; el mundo, no.

»El bienestar del Pueblo depende de vosotros... vuestro trabajo será para ellos, sin tener en cuenta el que en su ignorancia puedan luchar contra vosotros.

»Se ha dicho que una vez, en edades anteriores a los Trisz, el mundo estaba habitado sólo por el género humano. La Tierra volverá a ser otra vez un mundo para los Hombres solos. El pueblo es nuestra meta sagrada. Librar de los Trisz a la Tierra y a su Pueblo, para elevarlo de nuevo hasta alcanzar la talla del Hombre, es nuestro deber solemne y hemos jurado cumplirlo.

Val Shan terminó su breve discurso explicando el orden del Examen y confiando la prosecución a un joven Maestro.

Primero fueron los Juegos, a los que siguieron las Competiciones. Los Iniciados lucharon unos contra otros, en parejas y en grupos. En los Juegos mostraron su habilidad manual, sus reflejos, la coordinación entre el músculo y la mente. En las Competiciones se enfrentaron unos contra otros en lucha grecorromana, boxeo, esgrima, carrera y saltos.

Después de un período de descanso, Val Shan llamó a Kor a la tribuna.

—¿Está usted listo para la primera prueba?

Kor Danay asintió.

—Sí, señor.

—Bien. No puedo anticiparle nada del problema. Las Pruebas han sido cuidadosamente meditadas y son el resultado de la experiencia de siglos. Se pretende con ellas extraer de usted el máximo de sus posibilidades. Tiene diez segundos para adaptar su mente a la primera Prueba.

II

EL EXAMEN DE KOR

Kor Danay vaciló en el cieno resbaladizo. El cambio había sido espantosamente rápido, instantáneo.

A su alrededor, helechos genesíacos extendían sus frondosos terminales en una capa baja de niebla. Su olfato se sofocaba con el hedor del humus podrido, de húmeda cloaca.

A su derecha, algo comenzó a chapotear pesadamente en la niebla vacilante. Se desarrollaba una lucha entre bestias monstruosas e invisibles de este mundo naciente. La mente consciente de Kor se daba cuenta del tumulto; su subconsciente, que temblaba con anticipación, captó la voz calmosa de Val Shan que hablaba en un tono de infinita tranquilidad.

—Kor, ha sido usted transportado a un planeta joven situado en cierto lugar de nuestra galaxia. No me está permitido darle sus coordenadas galácticas. La prueba consistirá en volver de este lugar, a la Tierra, al punto exacto desde donde fue usted transportado. El tiempo concedido para esto es el de tres segundos y dos décimas. Se le darán cinco puntos si vuelve en este tiempo; diez, si logra hacerlo en menos; dos y medio si tarda más., La vuelta a cualquier punto del sistema solar, requiriéndose posterior orientación para el retorno final, vale sólo dos puntos; dos y medio por volver a un lugar cualquiera de la Tierra. El tiempo se empezará a contar cuando oiga el pseudosonido del gong.

El Maestro hablaba sólo a la mente superconsciente de Kor, el maravilloso instrumento olvidado en la preparación de los Hombres. Muy lejos, le pareció que un gong, con sordina, sonaba melodiosamente. Tenía tres segundos y dos décimas para orientarse, escoger la órbita más rápida que le llevara a casa y aparecer en la arena ante el Maestro.

Las Pruebas más simples eran las primeras, desde luego.

Un silencio relampagueó en el mundo primitivo. Los helechos y los estanques rizados mostraban una apariencia helada, de rigidez estroboscópica. Parecía como si el Tiempo hubiese huido súbitamente de este mundo.

El entrenamiento le había hecho aumentar su velocidad de reacción. Su doble mente separable asumía en forma automática el control de todo lo

circundante. Kor estaba viviendo muy deprisa, tanto que podía envejecer y morir antes de que Val Shan bajara de la tribuna.

El Tiempo está en relación con la forma en que uno se ajusta a él, pensó Kor fugazmente, satisfecho por la respuesta inmediata de su mente superconsciente, mientras cada electrón de su cuerpo vibraba a tremenda velocidad incrementando la percepción del tiempo. Su cuerpo era materia más allá de la materia, enteramente sujeto a su propia voluntad, expulsado por completo del proceso tiempo del Universo.

El Deseo es nuestro azote..., pensó Kor, subiendo flechado a través de la niebla, ahora sólida, que amortajaba a este mundo. Un sendero se abrió ante él al avanzar por la atmósfera hasta salir de ella al espacio vacío.

La Necesidad es nuestra bendición...

El planeta era un disco dorado, allá lejos en el espacio. Las estrellas resplandecían con una furia helada en las inmensidades.

Comprobó su situación mediante un frío y razonable análisis. Era imposible reconocer el aspecto de Tierra, o intentar un análisis espectral mientras que estuviese en este estado de tiempo-éxtasis. La luz que llegaba a sus sentidos estaba distorsionada, aumentando su velocidad propia de vibración. El análisis de la luz estelar no podría decirle nada.

Kor Danay se dejó llevar por el infinito. No sentía ni frío ni calor en ese estado. El no necesitar aire era algo sin significado posible. Su cuerpo no necesitaba ni oxígeno ni presión. Extraía sus frenéticas necesidades del almacén inagotable de la energía subetérea absorbida por su mente.

Se relajó y dejó que su mente se expandiera.

Las impresiones le atravesaban. La Materia., aquí, allí, en todas partes... planetas, soles, errantes planetoides faltos de metas. Se esforzó en indagar más ampliamente; recibiendo, separando, clasificando. A tres mil y pico años-luz un familiar zumbido, en bajo tono, llamó su atención. Mentalizó un cambio en la urdimbre del tiempo que lo poseyó, y se conmovió en el momento en que la señal se transformó en un excitado chirp-chirp-chirp.

De nuevo Kor niveló su mente consciente con la superconsciencia. El Universo se apagó. Cambió de nuevo, escogiendo, indagando, clasificando, rechazando... Al exterior de la oscuridad surgió la fila de asientos pétreos de la arena, los reunidos Maestros del Examen. Val Shan, de pie en la tribuna, tenía un cronómetro electrónico en la mano. Dio un profundo suspiro. Su nariz se dilató con una alegre expresión.

—¡Tres segundos y una décima, Kor! ¡Lo has hecho muy bien!

Los Iniciados fueron cumplimentado las pruebas individualmente; Kor, con una excitación creciente a medida que la facilidad y velocidad del cumplimiento de sus ejercicios le deslumbraban hasta a él mismo.

Al fin, el inacabable día de las Pruebas llegaba a su término. El Sol lanzaba largas sombras sobre el suelo de la arena. Val Shan levantó las manos.

—El Examen ha concluido —dijo—. Sin embargo —continuó con su calmosa y pacífica voz— en esta parte del Examen se da la oportunidad a los

Iniciados para demostrar lo que románticamente se ha llamado Secuestro del Fuego Celestial. Ustedes han estudiado sus leyes y saben lo que eso significa. Ningún Hombre ha llegado a controlar ese Fuego con éxito. Intentar controlarlo y fallar significa una destrucción instantánea y segura.

»Se recomienda que se medite bien antes de intentar tal prueba. La demostración es necesario que se haga separadamente, en secciones de la galaxia alejadas unas de otras porque su acción ha de tener lugar lejos de las acostumbradas rutas de los Trisz. Un Maestro acompañará a cada uno de los Iniciados con el objeto de observar el desarrollo de la Prueba. Si ninguno de ustedes quiere intentar la demostración, bien. Es posible que la mente no pueda nunca saber controlar el Fuego.

Bien asentados sus pies sobre la arena, Kor Danay elevó una mano.

—Señor... me gustaría hacer la Prueba.

Val Shan asintió.

—Muy bien.

Jon Moran dijo:

—Y yo, señor.

—¿Alguien más? —preguntó Val Shan, deslizando su mirada tranquila sobre los Iniciados.

No se ofreció ningún otro voluntario.

—Bien. Los demás pueden volver a sus cuartos y prepararse para la ceremonia de la ruptura del ayuno.

El corazón de Kor comenzó a latir sorda y dolorosamente cuando los cuatro Iniciados salieron en fila de la arena. ¿Los volvería a ver? Jon Moran alzó sus manos formando el Signo de los Conquistadores y le sonrió. Kor devolvió la sonrisa y repitió el saludo.

—Val Shan —dijo Kor—, me gustaría que me acompañase en la Prueba.

El Maestro inclinó la cabeza, asintiendo.

La oscuridad de la noche eterna de Espacio se cernía sobre el planeta al que llegaron Val Shan y Kor Danay. La superficie estaba formada por helados trozos de ceniza volcánica y de grandes y tumbadas losas de obsidiana cristalizada. Casi exactamente sobre ellos, una extraña estrella lucía tan intensamente como un arco voltaico: el lejano sol de este ennochecido planeta del abismo.

No había aire que respirar. Sus cuerpos vibraban en tiempo-éxtasis; Kor sincronizó su mente con la del Maestro.

—Señor... a la vista está. Para su seguridad personal, interrumpa el contacto mental Conmigo, porque debo trabajar solo.

—¿Cómo puedo actuar de testigo si no mantengo el contacto? Si falla la prueba, debo estar en posición que me permita observar.

—No. He obtenido todas las ecuaciones en el cibernógrafo, señor, y creo que existe algo en la mente adicional que introduce aberraciones.

—Kor, ¿ha llevado a cabo la demostración en secreto?

—Sí, señor. He realizado el Robo del Fuego Celestial.

—Muy bien. Me retiro.

Val Shan se refugió en lo alto de la montaña, tal como se le había indicado. Vio la desolada planicie donde Kor Danay permanecía en pie, pero Kor sabía que él no podía ser visto sólo por el sentido físico de la vista. Sin embargo, lo que él iba a hacer se vería.

Miró hacia abajo. Su mente consciente flotaba a una altura de varios kilómetros sobre la planicie cristalina y cenicienta. Se vio a sí mismo abajo, en postura de atleta. Sintió el terrible esfuerzo de la mente al incrustarse entre las fuerzas del universo. Su figura vaciló a causa de la tensión. Kor Danay estaba enteramente divorciado de aquella figura; era sólo un observador.

Éste era el punto crucial de su secreto. La habilidad de separar los dos factores gemelos de su mente. La presencia incluso de su propio yo en el cumplimiento de la tarea introducía aberraciones en las fuerzas elaboradas que su mente tejía y volvía a tejer en su superconsciencia. Su mente separable era la solución del problema.

La superconsciencia de Kor se deslizó como algo físico a través de un boquete en el espacio hacia el sol de este mundo inhabilitado. Sólo por medio del don de la percepción supraliminal tenía conciencia de lo que ocurría en aquella hirviente superficie, en las tormentas violentas que empezaron a enfurecerse en la atmósfera. Un remolino de energía fue atraído fuera de la superficie, controlado y dirigido por el poder de la mente liberada del Iniciado.

La solitaria figura marmórea de la planicie exenta de aire se movió rápidamente. Elevó un brazo, lo lanzó hacia adelante y... un río de llamas escarlatas salió a borbollones atravesando el espectral paisaje. Solevantamientos volcánicos, que habían permanecido helados durante una eternidad en el infinito frío del espacio, lanzaron chispas, se derritieron en el magma y desembocaron en el torrente flamígero.

La escena se emborronó. Kor Danay y Sal Shan estaban de nuevo en la arena del Instituto de Hombres en la Tierra.

—Podrías destrozar el Sistema Solar con ese poder —observó el Maestro con su calma acostumbrada, pero se veía claramente que se refrenaba con dificultad.

III

¡ALERTA, OH TRISZ!

La ceremonia del desayuno se iba desarrollando en silencio porque sólo cinco graduados tomaban parte en ella. Jon Moran no había vuelto, ni el Maestro que lo había acompañado.

Después de comer, los graduados regresaron a sus cuartos para ponerse los trajes escarlatas de gala, que habían sido preparados para ellos en su ausencia. Ahora tenían el título exigido para poder llevar el uniforme de los Hombres.

Kor Danay pretendió ahogar la preocupación que le embargaba por la suerte de su amigo. *La resolución es nuestra armadura; la Voluntad nuestra arma...* Murmuraba las palabras del ritual buscando alivio en sus ocultas interpolaciones.

En el Salón de la Audiencia del Edificio de la Administración, los Maestros esperaban la llegada de la clase de graduados. Ésta entró en fila, con el espléndido aspecto que le prestaban las prendas y vestidos escarlatas, y ocuparon lugares muy cerca de los Maestros.

Val Shan se levantó.

—Hombres... —comenzó.

Les dio la bienvenida a la Hermandad y habló brevemente de las experiencias escolares. Después prosiguió:

—Lo que tengo ahora que deciros os causará seguramente cierta tristeza. Os preguntaréis por qué se os ha exigido adquirir tan vastos conocimientos, por qué habéis tenido que aprender a controlar los poderes ilimitados de vuestras mentes cuando es muy posible que a ninguno de vosotros le sea permitido usarlos.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras fueran asimiladas por sus oyentes. Kor escuchó esas palabras, pero no captó su significado en el primer momento. Cuando lo hizo, se sintió como comprimido.

—Estáis a punto de pronunciar el Juramento del Hombre —continuó Val Shan serenamente—. Es de esperar que obedezcáis sus condiciones. Hay fundamentos de peso tras el acto de la Jura. Es fácil ver por qué es necesario, aunque no es tan fácil el cumplirlo. Pero ese cumplimiento tiene que realizarse si la Hermandad de los Hombres quiere sobrevivir y alcanzar la

meta. Levantaos ahora y repetid el Juramento conmigo.

Los cinco se levantaron mecánicamente, elevaron las manos engarzándolas en lo alto, y repitieron las frases del Juramento después de Val Shan.

—Juro solemnemente... que nunca, ni por vanidad, ni por orgullo... mostraré mi poder... a ninguna cosa viviente... ni lo usaré contra nadie del Pueblo... excepto cuando mi vida estuviese en peligro... ni contra ninguno de los Trisz. También juro con toda solemnidad... que estoy dispuesto a morir luchando contra los Trisz... y a perder la vida... antes de descubrir ante ellos los secretos poderes de los Hombres. Me consagro... al servicio de la Tierra... al servicio del Pueblo y de los Hombres. Acepto las responsabilidades que se deriven de mi ministerio espiritual en el mundo... y prometo desempeñar mis deberes tal como convenga al Hombre... a no violar este juramento sagrado... conservarme casto y puro... por espacio de un año a partir de este nombramiento...»

Era más largo, mucho más. Kor entonaba las palabras desmayadamente, sintiéndose como si le hubieran robado, o, al menos, timado. ¿Para qué esos diecinueve años?, ¿para ser tan sólo Profesor? Pero los Hombres no podrían enseñar la verdad al Pueblo sin revelar su propia naturaleza a los Trisz. Por eso dependían deliberadamente de la Filosofía; por eso la Hermandad Azul era entrenada para exponerla doctamente, con verdadera fe en su verdad. La Filosofía era el único contacto que los Hombres tenían con el Pueblo, porque la Filosofía era el único lazo universal permitido por los Trisz.

Val Shan explicó todas estas cosas después que la fórmula fue recitada. Una necia demostración de poder podría poner en guardia a los Trisz contra el peligro. Era seguro que se desquitarían haciendo un esfuerzo para aniquilar a los Hombres. Y eso podían conseguirlo, aseguró Val Shan.

Su papel de guías y protectores del Pueblo quedaba ennoblecido por la prohibición contenida en el Juramento, porque el Pueblo de la Tierra estaba desorganizado, dividido en cientos de tribus incansables que guerreaban entre sí. Un Hombre que se dejara llevar por los celos regionales hasta el punto de tomar parte en estas luchas sanguinarias alcanzaría sólo una cosa: revelar la naturaleza y los propósitos de la Hermandad a los Trisz, quienes no solamente perdonaban estas guerras de sus súbditos, sino que las alentaban.

Todo en torno al mismo tema: los poderes especiales de los Hombres no debían ser revelados.

—Los Trisz no eran solamente una forma de vida extraña —explicaba Val Shan—. Nadie sabe cuántos Trisz hay, o si el Trisz es sólo uno. Sabemos que lo que llamamos Trisz es una forma de energía autocontrolada, lo cual no nos explica nada en absoluto. Sabemos, sin embargo, que, si son muchos, los Trisz, funcionan como si fuera uno solo. Se cree que en algún lugar del Universo hay un planeta habitado por el ascendiente corporal al cual todos los Trisz están unidos por los filamentos mentales hiperespaciales. Por tanto, lo que un Trisz observa es conocido al instante por todos los Trisz del Universo; un Trisz aislado es solamente una prolongación del ascendiente corporal.

«Comprenderéis por esto cuán imposible es destruir a los Trisz de un golpe. Para hacerlo debemos encontrar antes el planeta-base de los Trisz y destruirlo, eliminando así el ascendiente corporal. Hasta que encontremos ese planeta, debemos tener un cuidado extremo.

Lentamente, Kor Danay fue imaginándose un cuadro mental de un vasto mundo que giraba por el espacio en alguna remota isla de universo; una distante y desconocida galaxia. Los Hombres, en secreto, exploraban minuciosamente el espacio en busca de ese hogar de los Trisz, les dijo Val Shan, e insinuó actividades más secretas aun de los Hombres, pero cerró firmemente sus labios en cuanto a los detalles.

Súbitamente cambió de tema y habló con entusiasmo de lo realizado por Kor, del Robo del Fuego Celestial, pero había pesar en sus palabras cuando confesó que la habilidad era sólo de Kor porque, según sus conocimientos, sólo Kor Danay contaba con la mente separable que al parecer se requería. Podrían necesitarse siglos para adaptar a los Hombres la clase de inteligencia separable a la que Kor recurría instintivamente.

Val Shan se animó de pronto y les habló en tono convencido:

—Algún día, sin embargo, los Hombres prevalecerán contra los Trisz. Quizá vosotros mismos. Por eso yo os digo adiós con el cariño y la esperanza puestos en el futuro. Por la mañana cada uno de vosotros recibiréis vuestro cometido y seréis destinados para cumplir vuestro deber en el mundo del Pueblo y de los Trisz. Volved ahora a vuestras habitaciones.

No era que Kor se sintiera molesto por haber sido destinado a No-ka-si, el poblado adyacente a la fortaleza de los Trisz de Ka-si, pero había esperado un tratamiento preferente por su destreza al realizar el Robo del Fuego Celestial. Después de todo, ¿no estaba enterado de la existencia de los Exploradores que escudriñaban el espacio en busca del cubil de los Trisz? Su propio padre había sido uno de ellos, y había perdido la vida en esa búsqueda.

Si había un Hombre que mereciera un puesto honroso lleno de aventuras espeluznante, pensó Kor, era él. Val Shan simpatizaba con sus puntos de vista.

—Hay un antiguo refrán —observó con profunda calma— que dice: También sirve el que sabe esperar. Sé paciente, hijo mío. La vida del Hombre es larga. Yo mismo he visto más de diez generaciones del Pueblo. Todavía no se ha encontrado una excusa para no vivir hasta el final, excepto un accidente. Los hombres están algo... predispuestos a los accidentes.

Se estiró del mentón pensativamente.

—Usted conoce nuestros métodos de extrapolación. ¿No ha extrapolado aún su propio futuro?

—No he pensado en ello —confesó Kor—. Siempre me ha parecido esa práctica un poco confusa y de poco valor. Solíamos jugar a eso, de Iniciados, pero los días se parecían mucho a los siguientes y nos cansábamos pronto del juego.

—Le diré algo —dijo Val Shan seriamente—. Es un don que haría muy bien en cultivar. Debemos esforzarnos constantemente en ser iguales a los

Trisz, o mejores aún. Muchas de las cosas que ha aprendido serían consideradas como milagros por el Pueblo, pero familiares a las mentes mecánicas de los Trisz. En muchas cosas les igualamos, simplemente, en habilidad. En otras —usted sobre todo con el Fuego— les sobrepasamos. Y en otras son aún nuestros maestros. En Extrapolación, por ejemplo.

—¿Los Trisz extrapolan?

—Tienen máquinas que extrapolan por ellos. Por esto va usted a ser enviado a No-ka-si.

»Usted ha aprendido algo del orden social del Pueblo y de los Trisz —continuó el viejo Maestro—. Se le ha demostrado cómo los Trisz gobiernan aprovechándose de la desorganización de la civilización humana. La cultura del Pueblo está hoy a un nivel más bajo que nunca desde el dominio de los Trisz. El Pueblo está dividido en pequeñas unidades regionales; sus comunicaciones, sofocadas: sus rivalidades, animadas, y su educación, obstaculizada. La civilización Humana ha retrocedido rápidamente. Cuando yo era un muchacho, se usaban aún en este continente las locomotoras de vapor. Hoy, el caballo y el carromato las han reemplazado para el transporte, a largas distancias, de mercancía y pasajeros.

»Como Hombre, está usted familiarizado con la brillante tecnología de los Hombres. Esta tecnología rivaliza con la de los Trisz, ya sabe, porque estamos acostumbrados a la forma de proceder de los Trisz. Nuestra técnica ha hecho posible su adiestramiento con la eliminación, en forma efectiva de los inquisitivos rayos-espías de los Trisz, siempre enfocados sobre los Institutos de todo el mundo. No habría sido suficiente ocultarse, simplemente, de esos rayos-espías; no podíamos consentir que los Trisz supieran que somos capaces de crear un escudo protector. Excitamos sus rayos-espías, por tanto, con las escenas que nos convienen que vean los Trisz, dándoles así un cuadro, completamente falso, del Instituto.

»Para los Trisz —y no hay que decir que para los triszianos también— somos sólo una secta de pedantes literarios. —Se echó a reír—. El sospechar es lo que caracteriza primordialmente al tirano. Los Trisz mandan sobre miles —si no millones— de muchos donde ellos no son, ni mucho menos, bienvenidos. Se mantienen en su posición por alimentar sospechas que necesitan una eterna vigilancia.

»Los Trisz, incluso para ellos mismos, son extraños. Nosotros somos extraños a ellos como ellos lo son a nosotros. Es una proeza de la razón el ser capaz de predecir el futuro de la propia especie. Pero decir el futuro de una forma extraña es un ejercicio mental extremadamente difícil. Para ello, los Trisz idearon hace mucho tiempo una máquina, una versión sumamente ampliada de nuestro cibernógrafo electrónico. Hay una en cada ciudad importante de los Trisz sobre la Tierra, y en todo lugar similar del Universo.

»Se le llama el Extrapolador. Su alimento diario lo constituye un chorro de datos sociológicos que conserva su «banco de memoria» abarrotado con las últimas noticias de los asuntos importantes de cada distrito. El cerebro de la

máquina distribuye, clasifica y valora todos esos datos, y los archiva en sus sectores mnemotécnicos. Cuando a la máquina se le preguntan cuestiones concernientes al curso futuro de los hechos, es capaz de exponer, con notable ingenio, unas conclusiones que muestran una habilidad real para predecir el futuro.

—Esa máquina debe ser algo importante para mí —observó el joven Sabio — o usted no me diría tales cosas.

Val Shan sonrió.

—El Extrapolador de Ka-si te ha profetizado, Kor.

—¡Señor!

—Tenemos también nuestros espías; sabemos casi todo lo que nos proponemos de los Trisz. Nuestros espías acechan entre los Triszianos, seres humanos que se han vendido a los conquistadores. Desgraciadamente, la mayoría de estos esclavos, los Triszianos, aman sus cadenas. Ofrecen su alianza a los Trisz a cambio de los privilegios que los Trisz les brindan. Es de estos principalmente de los que tiene usted que guardarse en el mundo. Tendrá que anticiparse a ellos si quiere tener una larga vida.

Kor le interrumpió:

—¿Cómo ha podido esa máquina *profetizarme*?

Val Shan se encogió de hombros.

—Para nosotros sólo está claro que lo ha hecho, Kor. Usted se refirió una vez al aspecto confuso de nuestra extrapolación. El Extrapolador parece que tiene las mismas dificultades a ese respecto. Nunca hace una declaración exacta del porvenir diciendo que tal y tal cosa van a ocurrir en tal momento. Expresa sus conclusiones en términos simbólicos, casi místicos; algo así como los oráculos que, según la tradición, guiaban al Pueblo en el pasado nebuloso.

»Los Trisz exponen a la máquina el problema de una revuelta local como una comprobación rutinaria. Muchas veces lo predicho por el Extrapolador ha resultado una mínima defección local de oficiales, o ha mostrado un desfalco insignificante, algunas triquiñuelas o un feudo impertinente. La máquina ha demostrado su valor muchas veces a los Trisz. A duras penas pasarían por alto su última declaración respecto a Ka-si.

—Que fue...

—«Alerta, oh Trisz, a la llegada del Sabio Escarlata; porque entonces el peligro se recrudecerá» —citó Val Shan—. Ya le he dicho que la forma de expresarse la máquina tiende hacia la mística o el simbolismo. El Pueblo llama a los Hombres, Sabios Escarlatas. El puesto de Ka-si quedó vacante recientemente. Se necesita otro Hombre en aquella posición. Por eso es usted quien irá a Ka-si.

—El futuro es difícil de predecir porque puede ser modificado —observó Kor Danay—. Si me enviara usted a Nwok o a Lun, ¿qué pasaría entonces?

—Desde luego, el futuro puede modificarse —asintió Val Shan mostrándose de acuerdo—. La presciencia facilita la oportunidad de introducir factores capaces de crear aberraciones en el transcurrir de los hechos. Pero es

que hay tres razones, al menos, por las que no quiero esquivar esta predicción, Kor. Primero: enviar a otro Hombre que no fuera usted, sería hacer peligrar su vida inútilmente. Los Trisz han sido puestos en guardia por el Extrapolador y lo destrozarían. El Juramento le imposibilitaría para defenderse a sí mismo. Segundo: si se enviara a otro Hombre se podría estar seguro de que los Trisz lo examinarían exhaustivamente. Si descubriesen que no significaba peligro alguno para ellos, sospecharían que nosotros pretendíamos introducir una aberración en el futuro. Puede imaginarse a lo que conduciría semejante cosa. Y tercero, Kor: estamos ansiosos de utilizar esta probabilidad. Nos gustaría ver, si usted da su consentimiento, lo peligroso que puede ser usted para los Trisz y, sin embargo... ¡vivir!

IV
LA TRAMPA

El carromato era un vehículo miserable. Una diligencia panzuda con altas ruedas, provistas de llanta de hierro, que rebotaban y se hundían al surcar las abrasadas llanuras de Kansas. El desecado vehículo gemía, afligida y plañideramente por cada uno de sus empalmes y remaches. Sobre el sonido continuo de las campanillas que adornaban los arreos, se oía gritar al conductor, monótonamente, desde su alto asiento, «juu-up» y el restallido agudo del látigo.

El carruaje iba cubierto de sacos, cajas y fardos; amontonados en el techo o atados en la parte trasera. El polvo lo cubría todo.

Kor Danay, apretujado, estaba entre media docena de pasajeros que iban sentados unos frente a otros en duros asientos colocados de través en el carromato. Dos de ellos eran Triszianos y acompañaban a una mujer. Los otros tres eran Extranjeros que vestían trajes de un apagado color parduzco. Los Triszianos llevaban las capas azafranadas propias de su condición. Sus ropas eran de fina textura, pero presentaban ya un triste aspecto debido a la mugre y al desgaste.

Kor los observó atentamente el tiempo que le pareció justo para no pecar de curioso. Los dos hombres tenían unos treinta años; la mujer algunos menos, quizás. Ésta iba sentada entre ellos sin mirar a nadie., haciendo como si se interesara por el paisaje, siempre el mismo, que se veía por las estrechas ventanas del carruaje.

El viento lanzaba bofetadas de calor, que parecían venir del infierno, por las ventanillas abiertas. Su soplo furioso venía cargado con granos de arena que picaban en la piel. El calor era terrible.

Nadie hablaba. Para Kor estaba claro que estos Triszianos, que se habían unido a los demás viajeros en la última parada en que pernoctó, tenían otras cosas en que pensar que les impedía tomar parte en una conversación. Dos de los Extranjeros compartían con Kor el asiento de madera; el otro iba agachado, sobre el suelo temblequeante, y agarrado a un sucio lío que parecía ser de viejos harapos.

Kor Danay no estaba acostumbrado a soportar penalidades tan

groseramente físicas como éstas. Podría haber compensado fácilmente el calor y la tosquedad de ese viaje —un ajuste insignificante de su mente podría haberse cuidado de ello a maravilla —pero no se atrevía a tomar el aspecto de un anuncio de fresco confort delante de estos compañeros de viaje tan miserables. Viajaban sin sentirse avergonzados de tanto sudor, de tanta tizne y de sus músculos doloridos. Para evitar el parecer algo más que simplemente humano, Kor tenía que sudar con ellos. Lo hizo de mala gana.

—Quizás —sugirió en voz alta— pudiéramos hacer que este viaje fuera más agradable. ¿Tiene alguien alguna idea para ello?

Los Extranjeros se miraron unos a otros con desconcierto. Los Triszianos siguieron arropados en sus capas. La mujer puso mala cara y continuó mirando por las ventanillas.

—Podríamos cantar algunas canciones —murmuró Kor.

El Extranjero sentado en el piso desenredó las piernas y se puso a reajustar el lío de sucios andrajos.

—No soy muy bueno cantando, Maestro, pero puede ser que algunos de esos...

El Extranjero a la izquierda del Sabio sonrió.

—No puedo cantar sin una botella de bebida sintética, y lo que esta compañía cobra por el equipaje no me ha permitido traerla conmigo.

El otro Extranjero siguió guardando un silencio sombrío.

—Quizá la señorita podría sugerir algo.

Uno de los Triszianos apartó de su cara un pliegue de la capa. Apareció un ojo de mirada siniestra.

—Ella no canta, Maestro.

La muchacha lanzó a Kor una mirada suplicante. Él hubiera dado cualquier cosa por ojear la mente de ella en ese preciso instante, pero escudriñar la mente en tal promiscuidad estaba prohibido por los Hermanos. Era imposible hacerlo sin ser detectado.

El sol estaba bien alto cuando el carromato, abandonando la carretera, quedó parado entre un grupo de chopos. El camino se enroscaba entre bajas colinas siguiendo un pequeño riachuelo que serpenteaba entre árboles achaparrados antes de perderse un poco más allá, en el desierto de arena. Precisamente en este punto, el río había sido ensanchado y dragado para convertir el lugar en un abrevadero.

La puerta del carromato se abrió de golpe y el conductor gritó:

—Una hora de parada. Almuerzo. Agua para los caballos. Todos los viajeros fuera.

Sentaba muy bien estirar las piernas. Kor paseaba vivamente arriba y abajo, haciendo el ceremonioso Ejercicio de los Hombres. Los Extranjeros se habían retirado a la sombra de un chopo. El lío de harapos, que llevaba uno de ellos, resultó ser el almuerzo de los tres. Los Triszianos y la mujer, desaparecieron.

Kor avanzó movido por la curiosidad hacia el carruaje, pero no había nadie

detrás. Todo estaba tranquilo en el oasis. Sólo se oía el lejano chapoteo de los caballos en el río.

Iba a completar la vuelta a la diligencia cuando el ruido de unos pasos lo detuvieron. Se volvió. La joven corría hacia él, viniendo desde el lado de la carretera.

—¡Maestro! ¡Caballero!

Respiraba rápidamente.

—¡Debe usted detenerlos! —boqueó—. ¡Están peleándose!

—¿Quiénes están peleándose, señora?

—Mi marido y mi hermano. ¡Debe usted detenerlos!

Ella retrocedió, gesticulando rápidamente. Kor hizo una pausa y se puso alerta. Aquí se atrevió a utilizar su mente. A unos cien metros en un pequeño barranco, sintió que dos hombres estaban quietos y agachados. *¿Peleando*?

«Alto» se dijo. «No es propio de un directivo intervenir en asuntos de familias.»

—¿Por qué están peleándose?

La mujer se retorcía las manos. En sus ojos había lágrimas.

—Por favor. ¡Se matarán!

—¿Por qué están peleándose?

Ella empezó a hablar entre sollozos.

—Dejé a mi marido para volver con mi familia pero me vino a buscar. Mis gentes no querían que volviera con él, sólo consintieron después de que mi marido prometió ser bueno conmigo en el futuro. Mi hermano nos acompaña a la ciudad para estar seguro de que mi marido cumple la promesa. Empezaron a discutir. Pero, por favor, dese prisa, señor. ¡Antes de que algunos de ellos pueda herir al otro!

La historia, además de su vaguedad, estaba llena de fallos. Si ella era una Extranjera, entonces su hermano era otro Extranjero también. ¿Por qué, entonces, llevaba él la ropa de los Triszianos? Se decidió a ir.

—Muy bien. Iré con usted.

Los Triszianos estaban aún agachados y sin moverse, pero cuando Kor y la mujer estaban próximos se oyó súbitamente el tintineo del acero contra el acero. Uno de ellos lanzó un juramento.

Los dos peleaban duramente en el barranco acuchillándose y dándose estocadas con sus armas. Kor casi se echó a reír al pensar que uno de ellos pudiera dañar al otro con una de esas fingidas estocadas o fintas.

—¡Corra! ¡Corra! —gritó la mujer.

—Estoy desarmado —le hizo ver él, echando una mirada cautelosa a los competidores.

La manera de manejar los pies era execrable y la postura totalmente imposible.

—¡Hábleles, señor!

—Muy bien. Veremos si da resultado.

Fue hacía la pareja suicida.

—¡Eh...! ¡Ustedes dos!

Ninguno de los combatientes prestó la menor atención. El aire estaba cuajado, alrededor de ellos, de furiosos juramentos.

—¡Dejad de luchar! —gritó Kor—. Os ordeno que hagáis las paces.

Los dos Triszianos dieron en seguida la vuelta mostrando los dientes. Uno corrió hacia Kor con la hoja de acero levantada.

—¡Muerte al Sabio Escarlata!

«¡Qué estupidez», pensó Kor, «cree que pueden matarme». Ya había detectado el disparador de energía en el cinturón del otro Trisziano. Cuando el amigo empuñó el arma, contando con que el espadachín distrajera al Sabio, Kor Danay anuló la carga con una simple emisión de electrones. Echándose a un lado esquivó la acometido del otro, lo asió prestamente por el brazo, y dando un giro lo lanzó volando hasta chocar con su compañero de conspiración.

Los dos cayeron en la arena dando vueltas, se levantaron y empezaron a correr. La mujer estaba ya subiendo con las uñas la cuesta empinada del barranco. En un instante, se perdieron los tres de vista.

«Una maniobra muy torpe» pensó Kor. «¿A qué viene esto?»

Necesitó sólo un momento para localizar al trío. Había tres caballos trabados en una hondonada cercana; los conspiradores habían montado ya en ellos y cabalgaban como locos.

El Sabio sonrió débilmente, tiró las abandonadas espadas tras una peña y volvió al coche para dejar pasar lo que restaba de la hora. No se había preocupado del almuerzo, pues para él no era una necesidad cuando así lo prefería.

Los Triszianos desaparecidos fueron la causa de un pequeño retraso. El conductor juraba, se excusaba, se ponía a echar pestes y, por fin, se decidió enviar a los Extranjeros para ver si lograban dar con ellos. Los Extranjeros regresaron con las manos vacías.

—Si quieren quedarse aquí —gruñó el conductor— que se queden, si es que no los han cogido ya los Bandoleros. Esta parte del país está cuajada con esa calaña.

El pensar en los Bandoleros —vagabundos fuera de la ley de estos desiertos— espoleó al conductor a actuar de prisa. Consiguió que el resto de los pasajeros subiera rápidamente, saltó a su asiento y fustigó a los caballos hasta ponerlos a galope tendido por la cuesta abajo.

La mayor parte de la Tierra era, en esos días, un desierto calcinado, y esta parte del mundo no era una excepción.

Kor estaba más que agradecido por el hecho de que los Trisz hubieran ya actuado contra él. Siguió alerta, pero no ocurrió ningún otro incidente que rompiera su tranquilidad.

Durante días enteros siguió el carromato tambaleándose y hundiéndose a lo largo del camino polvoriento, cambiando de caballos en las paradas previstas, despidiendo a unos pasajeros y recibiendo a otros. La mayor parte de estos

eran los habitantes naturales de estas planicies desérticas. Se veía claramente que algunos venían desde remotos lugares, pero nadie más vino vestido como los Triszianos.

Se pernoctaba en las posadas sombrías que se sucedían a lo largo de la repulsiva carretera. Estas posadas eran mantenidas por las asociaciones de viajantes que administraban las líneas de diligencias, y eran sustentadas gracias a las terribles tarifas exigidas.

El crepúsculo se acercaba. Faltaba aún un día de viaje para llegar a la ciudad de los Trisz. El carromato sufrió una sacudida al pararse, con un chirrido, en el patio de una posada. Agotados y entumecidos, los pasajeros saltaron a tierra. Kor suspiró. Una simple «torsión» mental y podría trasladarse, casi instantáneamente, a Ka-si.

La atmósfera sofocante de la posada olía a rancio, a bebidas sintéticas derramadas, a sudor y a mugre. Para guardar las apariencia, el Sabio cenó frugalmente un poco de carne estofada y un sucedáneo de mantequilla. Después se retiró a su habitación.

Como de costumbre, durmió en el suelo. Después de llevarse diecinueve años durmiendo en el piso de piedra de la habitación del Instituto no podía, incluso después de un viaje en carromato, ni intentar siquiera dormir en una cama blanda.

Se despertó en el silencio oscuro de la noche.

Sus percepciones extransensoriales empezaron a funcionar dispersando las tinieblas. Sintió que una Persona, un miembro del Pueblo, se inclinaba sobre la cama y tanteaba cautelosamente la colcha con la mano izquierda. La otra mano del intruso sostenía un largo y afilado cuchillo.

Kor no había visto antes a este elemento durante el viaje, pero sí lo había observado aquella noche en el bar de la posada tomando largos tragos de alcohol sintético.

La Persona era pequeña y vestía pobremente. Parecía hambrienta. Precisamente ahora, mientras buscaba, palpando, el cuerpo que debía yacer allí, unos labios delgados se estiraban dejando al descubierto unos dientes que parecían de lobo.

Kor apoyó una mano en su hombro.

—¿Está buscando a alguien, amigo?

El Trisziano —se veía claramente que lo era, a pesar de su pobre ropaje— giró en redondo, con el miedo y el terror pintados en su cara. Seguía manteniendo el cuchillo en lo alto como para defenderse de un ataque.

—Parece que se ha disgustado porque no estoy durmiendo en la canoa —observó Kor—. ¿Puedo preguntarle a qué debo el honor de su visita?

La Persona tragó saliva, emitió unos sonidos extraños y empezó a avanzar de costado hacia la ventana.

—No puede salir —le dijo Kor—. Por favor, conteste a mi pregunta.

El intruso se enrigideció. Su cara perdió toda expresión.

—He venido para matarle —dijo.

—¿Por qué?

—Yo mato por dinero..

—¿Quiere decir que no tiene ninguna razón por la que sentir antipatía por mí?

—Eso es.

—Pero, sin embargo, estaba dispuesto a matarme.

—Sí.

—Otra vez le pregunto, ¿por qué?

—Por dinero. Él me dijo que me pagaría bien.

Kor asintió en la oscuridad y penetró fácilmente en la mente de la Persona. Lo tenía que hacer para no matar al sujeto. Por otra parte tendría más tarde que excusar su proceder. Estuvo escudriñando por entre los recuerdos que, en su mayor parte, estaban oscurecidos por una obvia adición de productos sintéticos. Por fin extrajo la imagen que buscaba... Percibió la cara de santo de un hombre de mediana edad, carnoso y vestido de azul.

—¿Fue éste el que le alquiló?

—Sí. Es un Azul.

Kor levantó las cejas.

—¿Su nombre?

—No lo sé.

—¿A qué Logia pertenece?

—No lo sé tampoco.

—Muy bien.

Kor grabó cuidadosamente en su memoria las facciones del Hermano Azul.

—¿Quién sabe que está en mi habitación?

—Nadie. Hace tres días que alquilé aquí una habitación. He estado esperando a que usted llegara.

—Usted sabrá, como es natural, lo grave que es el atentar contra la vida de un Sabio Escarlata, ¿no?

—Lo sé.

Kor se quedó pensativo. Tenía que actuar con mucho tiento para no descubrir su juego. Naturalmente la misión de la Persona tenía que fracasar, pero, ¿qué debería hacer para dar a ese fracaso un aspecto de naturalidad?

La esencia de los recuerdos del sujeto le indicó el camino.

—¿Está usted falto de dinero?

—Sí.

Kor sonrió.

—Entonces sabe que los Sabios Escarlata perdonan los delitos a quienes se arrepienten. Si usted lamenta todo esto, repita conmigo las palabras.

No había duda que la Persona aprovecharía esa oportunidad. Masculló, como un eco, las frases de Kor:

«Hay esperanza para el que yerra como la hay para el justo. A ninguno que se arrepienta se le tendrá en cuenta su culpabilidad...»

El asesino se postró en el suelo, gimiendo, con las manos en la cara. Estaba claro que en el pasado había presenciado algunos de los milagros de los Hermanos Azules, si no de los Sabios.

—Levántese —le dijo Kor amablemente—. Está perdonado. En prueba de su perdón... ¿sabe cómo se hace la Señal de los Conquistadores?

La Persona, lloriqueando, dijo:

—Sí.

—Levántese y hágalo. Como demostración de que le perdono, sus manos, entrelazadas en lo alto, se iluminarán con la gloria de los justos.

El sujeto levantó y alzó las manos engarzadas al hacer la Señal. Una débil luz fue creciendo rápidamente hasta llegar a tener un resplandor celestial que inundó la habitación con un fulgor deslumbrante y puro. Una mirada de éxtasis transformó las pequeñas facciones de rata del hombre en un cuadro de belleza sobrenatural.

—Vete en paz —le dijo Kor tuteándole dulcemente—, y a todo aquel con que te tropieces cuéntale lo que has visto.

Ya era bastante, decidió Kor. Había quebrantado una ley de la Hermandad, pero no había violado su Juramento. El proselitismo por medio de impresiones mentales estaba prohibido, pero era menos malvado que matar al infeliz miembro del Pueblo.

Esperaba que el incidente fastidiara a los Trisz, y que al mismo tiempo les pareciera una cosa normal. Al no poder comprender la humana superstición, los Trisz la toleraban por considerarla un instrumento útil para mantener al Pueblo bajo control.

V

KA-SI

Ka-si, la ciudad de los Trisz, se alzaba sobre el borde escarpado del antiguo lecho del río Miz-zou, del que sólo quedaba un cauce tan seco como un hueso. El desierto se extendía desde las llanuras del oeste y, como si fuera un mar de arena, lamía el montículo rocoso de la ciudad para después seguir su curso, hacia el este, hasta llegar casi a Set-100, donde el Misisipi deslizándose hacia el sur, todavía escurría su escaso caudal en un mar encogido.

Acostumbrado como estaba al verdor siempre regado de los alrededores del Instituto, en las montañas, Kor Danay incluso encontraba una exótica belleza en el yermo paisaje, restregado por el viento, que estrujaba la ciudad. En lo alto, el firmamento sin nubes y de color índigo, hacía empequeñecer las agujas, de un kilómetro de altura, de la ciudad; el brillo tenue del sol ofrecía un contraste al tener por fondo ese cielo.

Sabía que, en la antigüedad, el cielo no había sido de color índigo, sino de un color tan azul como los vestidos de los Hermanos; que el vapor de agua se arracimaba en terrenos algodonosos en los niveles superiores de la atmósfera, y que el sol había brillado intensamente, con un color amarillo, sobre una tierra que en todas partes era de un verde lujuriante.

Todavía llovía sobre la Tierra, pero en la mayor parte de ella no muy a menudo; en muchos otros lugares, nunca. El Sol estaba hinchado y viejo, y las aguas de la Tierra se habían disipado. La Tierra luchaba aún por su existencia teniendo sólo unos días de vida. Pronto moriría y el Pueblo con ella, y los Hombres, y hasta la última cosa viviente bajo el Sol. Todo a causa de los Trisz.

La Historia daba a entender que la Tierra era todavía verde cuando llegaron los primeros Trisz. Sus océanos encerraban kilómetros cúbicos del precioso líquido. Pero lentamente, a lo largo de miles de años, los Trisz habían exprimido deliberadamente al planeta. Nadie sabía, exactamente, por qué o cómo, pero las investigaciones más concienzudas de los Hombres habían hecho creer, ya hacía mucho tiempo, que los Trisz convertían el agua de la Tierra en energía y que ésta la transmitían al ascendiente corporal, en

algún lugar del espacio cósmico.

Llegaría el día en que los Trisz, después de secar al planeta, volverían al vacío de donde partieron o a otros mundos que estuvieran bajo su dominio. Cuando eso sucediera, el Pueblo quedaría solo en la Tierra para entregar el último aliento de su triste vida en compañía del agonizante planeta.

Sería una escena terrible, un cuadro grabado al aguafuerte en la mente de Kor Danay por las repetidas lecturas del Instituto. Después de ellas los Maestros habían llevado a los estudiantes a planetas en los que habían visto los huesos calcinados de mundos antiguos que habían entregado su savia, en una sangría, a los impávidos Trisz. ¿Qué les había sucedido a los habitantes de estos mundos? En las planicies azotadas por el viento no quedaba ni el resto de huesos que probaran que antes habían existido seres congregados allí.

Quizá fuera ya demasiado tarde para salvar a la Tierra... pero el Pueblo podía salvarse aún. Todavía existían mundos jóvenes y verdes en la galaxia. Si los Trisz fuesen destruidos, sus naves podrían servir para trasladar al Pueblo de la Tierra a más lejanas estrellas y a planetas más hospitalarios.

Kor Danay paseaba lentamente por las calles de la ciudad. Los niveles inferiores de Ka-si estaban cuajados de caminos serpenteantes como un nido desierto de termitas. La ciudad era el hogar de los Triszianos. Los Extranjeros podían visitarla, pero no afincarse en ella definitivamente, a menos que entraran al servicio de los Trisz.

Los apartamientos contaban con toda clase de confort y todo aquello que lo completara estaba expuesto en almacenes de llamativos colores, como asimismo todo lo que sirviera para pasatiempo o recreo. El Pueblo, los que trabajan para y con los Trisz eran los privilegiados de la Tierra. Vestían trajes elegantes, de tejidos delicados, bajo la ropa amarilla. Sus apartamientos tenían agua corriente, cocinas que preparaban automáticamente los alimentos, luz artificial, refrigeración, televisión, aire acondicionado; todas las comodidades de una raza, civilizada.

Luces centelleantes iluminaban las calles labradas, como cañones, con resplandores de colores vividos. Pantallas gigantescas de televisión funcionaban para entretenimiento del público: noticias, escenas de fantasía que llamaban la atención y absorbían el interés. Ka-si habría sido una ciudad humana si no hubiera estado también habitada por los Trisz. La Humanidad vivía sólo en los niveles bajos. El trabajo de los Triszianos se desarrollaba en niveles más altos; sobre éstos sólo los Trisz sabían lo que ocurría. Allá arriba, por encima de las luces brillantes y de colores gayos, los Trisz reinaban solos inaccesibles, inexorables, invisibles.

Kor no esperaba obtener audiencia con los Trisz esta tarde, pero se dirigió al Centro Administrativo en busca de alguna posible información. Un guardia uniformado le dijo lo que quería saber.

—Lo siento, Eminencia. La Audiencia con los Trisz es a media mañana. Tendrá que volver para entonces.

Aunque era un Trisziano, el guardia respetaba el ministerio de Kor.

—¿Hay alguna casa de huéspedes por aquí cerca, soldado?

Kor se retiró recordando las direcciones que le había dado el guardia. Se unió al tropel de gente que llenaba la calle. Muy pronto observó que le dejaban vacío a su alrededor, a medida que iba caminando; la multitud se apartaba automáticamente para dejarle paso libre. Los Sabios Escarlatas eran respetados, tanto por el Pueblo como por los Triszianos..., incluso eran temidos en una forma algo supersticiosa. De vez en cuando algún transeúnte se arrodillaba rápidamente y tocaba el borde de su vestido.

Kor asumía repetidas veces una beatitud filosófica cuando eso sucedía, pero su mente no estaba en ello. Había empezado a extrapolar tratando de encontrar una norma clara para sus próximas acciones. No podía ver claro en el futuro; sólo una vaga impresión embrollada de inminente amenaza.

La casa de huéspedes que el guardia le había indicado, era una espiral que se alzaba unos quinientos metros en el cielo del atardecer. Seguramente, pensó, debía de horadar otro medio kilómetro en el cauce de roca que yacía bajo el llano.

La entrada resultaba vistosa con aquellos cristales relucientes y el plástico de colores; una deslumbrante exhibición de tonalidades siempre cambiantes que le atraía y repelía al mismo tiempo. Una avalancha de gente entraba y salía por las puertas giratorias que lanzaban ráfagas de aire frío acondicionado del interior. Mientras que permanecía allí indeciso, intentando hacerse a la idea de entrar, la sensación de amenaza que le perseguía aumentó perceptiblemente.

Quedó al margen de la corriente humana; su mente, cerrada a todo lo que no fuera razonar, en tercer grado, la situación. Una clase de lógica que no era lógica; su método de razonar estaba basado más bien en el estudio de las desemejanzas que en el de las cosas Similares. De esa forma se llegaba rápidamente a conclusiones Completamente alejadas de las premisas. La mente consciente era incapaz de ese análisis heterogéneo, por eso la función era realizada por la superconsciencia, a lo que se llamaba, en el vocabulario de los Hombres, «la mente primaria».

Los Sabios recibían una intensa preparación para el desarrollo y el uso de esa función racial, presente en todo ser humano, pero ahogada por los atributos conscientes del individuo y a la que se le conocía como «instinto» o «intuición». El descubrir, aislar y refinar esta función como un método no lógico de aprehender el raciocinio, fue lo que hizo posible el control perfecto de la mente y de lo circundante, y crear la soberbia máquina de pensar llamada Hombre.

Su razonamiento le dijo a Kor que su vida estaría en peligro si entraba en aquel edificio. Por tanto, el guardia que le había dado la dirección había actuado cumpliendo órdenes. Pero, si no entraba en aquel edificio, se encontraría con un peligro aún mayor. ¿Dónde estaba la diferencia entre estos dos males? Su mente llegó a la conclusión de que lo mejor que debía hacer era quedarse donde estaba. Otra parte de su ser deseaba entrar para ver el cuadro

completo.

Esperó haciendo como si se entretuviera en mirar a la multitud que pasaba. En el aire flotaba la música de unos altavoces colocados a lo largo de la calle. Al otro lado de la vía, una pantalla gigante de televisión parpadeaba, a todo color, sus emisiones de recreo, noticias, o lo que quiera que fuera, sincronizada con el ruido de los altavoces.

Le parecía como si sintiera los ojos de los Trisz sobre él, si es que los Trisz poseían ojos. Pero, desde luego, los tenían. La masa del Pueblo era los ojos de los Trisz, y los oídos, y también las manos; los Triszianos servían bien a sus dueños.

Un remolino azul se destacó de la colorida y presurosa muchedumbre, y se le acercó. Era un Hermano Azul. El aspecto del hombre era el de un halcón; mostraba una tez tostaba por el sol del desierto y un aire taciturno.

—¡Eminencia!

El Hermano inclinó la cabeza ante el Sabio. Era el saludo reglamentario para aquel grado.

Kor devolvió el saludo con un movimiento análogo de cabeza.

—¡Serenidad, Eminencia! No es corriente encontrar uno de nuestros Sabios en Ka-si. ¿Cuál es su Parroquia?

—Todavía no se me ha asignado ninguna— replicó Kor secamente al mismo tiempo que se presentaba a sí mismo—. He venido para ser destinado por los Trisz, pero me han dicho que la recepción es a media mañana. Ahora está empezando atardecer; por eso estaba pensando dónde pasar la noche.

La expresión del Hermano Azul era ahora de astucia.

—Su Eminencia debe ser el que ocupa la Parroquia de No-ka-si, vacante desde hace poco. Yo soy Pol Serán, Hermano Azul de la Logia del segundo distrito de No-ka-si. Aunque no es costumbre que un Sabio entre en su Parroquia antes de que le sea asignada, la hospitalidad de mi propia Logia está a su disposición, si es que quiere Su Eminencia pasar la noche bajo mi mismo techo. Seguramente no se ha registrado aquí, ¿no es así?

—Aún no, Hermano. Pero había pensado que lo mejor sería estar cerca de la Audiencia.

El Hermano se encogió de hombros haciendo una mueca.

—¿En una sala de fiestas? Venga; hay una distancia muy corta hasta mi Logia. ¿Trae equipaje?

—Está aún en la consigna del coche, en los límites de la ciudad. Un largo paseo desde este lugar céntrico.

—Lo puede recoger mañana con toda facilidad —dijo el Hermano Pol—. Yo mismo se lo traeré por la mañana con tiempo suficiente para prepararse con vista a la recepción de los Trisz. Venga. Va cayendo la tarde y la calle, por la noche, no es lugar para nuestros Sabios.

¿Había una sombra de burla en las últimas palabras del Hermano? A Kor le hubiera gustado hacer algunas preguntas importantes, pero la sensación de inquietud que le embargaba le hizo guardar silencio.

Por un instante extrapoló la suma de sus experiencias y decidió que estaría más seguro en el Santuario que le ofrecían que en cualquier otro sitio. No le sorprendía que el Hermano Azul hubiese aparecido en el momento oportuno. Los Hermanos Azules estaban instruidos en la esencia del servicio a los Trisz, y por tanto cumplían las órdenes que recibieran de éstos. Y así tenía que ser. Sólo los Hermanos podían, usando sus facultades, conocer plenamente lo que ocurría.

Por un instante, las palabras de despedida de Val Shan flotaron en la mente de Kor: «...nos gustaría ver lo peligroso que puede resultar usted para los Trisz y, sin embargo..., ¡vivir!»

Había observado los pequeños vehículos que surcaban diligentemente las calles, pero no se dio cuenta de que eran para el transporte del público hasta que el Hermano Azul llamó a uno de ellos, dando un grito, y subieron. El asiento era mullido y lujosamente tapizado, incómodo para quien había utilizado pésimos medios de locomoción.

El vehículo era producto de la técnica de los Trisz; una prueba manifiesta de la simulada benevolencia de los Trisz para con sus servidores. Sólo lo usaban los que ocupaban las ciudades de los Trisz, como los taxis aéreos que volaban de una ciudad a otra. Semejantes lujos eran parejos a las comodidades del hogar, televisión, juegos, pasatiempos, licores sintéticos servidos en bares muy bien cuidados. Estas eran las recompensas que los Trisz ofrecían a sus fieles servidores en premio a la devoción y lealtad.

Superficialmente, parecía que los Trisz eran amigos de la humanidad.

Tuvo mucho cuidado de no facilitar una movida conversación mientras se dirigían a No-ka-si. Kor Danay sabía lo bastante como para guardarse de los regalos que ofrecían los Trisz. El coche era un nido de dispositivos para el espionaje.

No tenía la menor duda de que los Trisz habían enviado al Hermano Azul en su busca. Querían mantenerlo controlado hasta que se ideara el medio de extraerle los colmillos.

El Sabio estaba interesado ansiosamente por No-ka-si. Si las suposiciones del Hermano Azul eran correctas y Kor fuera destinado a esta Parroquia, entonces sus alrededores tenían una gran importancia para él. Mucho de lo que había aprendido sobre cuestiones sociales del Pueblo lo había conseguido por sus lecturas y libros. Por primera vez estaba viendo una congregación de gente que cubría más territorio que los escasos confines de un poblado.

La ciudad humana de No-ka-si estaba situada al norte de la ciudad principal, separada de ella por un estrecho cinturón árido que señalaba el antiguo curso del Miz-zou. En ningún lugar de los contornos se veía un árbol, ni una hoja de hierba. La carretera macadamizada tenía basamento sobre un lecho de arena estéril y terminaba en las calles pavimentadas de la pequeña ciudad.

Aquí no había luces eléctricas que deslumbraran. Las calles estaban iluminadas escasamente por farolas desperdigadas que encerraban una

pequeña llama de aceite. Las ventanas eran rectángulos amarillos a causa de la iluminación por aceite o por velas.

La calzada estaba pavimentada con plástico de áspera superficie. Las casas, bajas y de techo abovedados, estaban construidas con un material plástico similar al de los edificios de la ciudad. Por todas partes, incluso en los pequeños patios y vestíbulos, el terreno estaba enteramente pavimentado en plástico con objeto de evitar, en todo lo posible, el polvo siempre presente. Quedaban pocos árboles en la Tierra, ni el menor rastro de madera para construcción, y pocos metales; por eso prevaleció el uso del plástico en la construcción. Éste era duro, fuerte, de gran colorido y hecho con la omnipresente arena.

Profundos pozos artesianos suministraban el agua a las dos ciudades; agua preciosa que se gastaba con toda economía y que era utilizada tantas veces como consintiera el paso a través de tanques purificadores.

Esta cuidadosa conservación del agua hacía imposible la producción por medios naturales, de alimentos vegetales, excepto en áreas remotas donde sólo lluvias escasas lo permitía en pequeñas escalas, o donde la tierra, cercana a un río superficial, podía ser regada. Por tanto, la mayor parte del Pueblo consumía alimentos sintéticos, muchos de los cuales eran importados desde mundos distantes mediante el sistema comercial de los Trisz más unas cuantas clases de vegetales en los jardines hidropónicos de las ciudades de los Trisz.

No se veía mucha gente en las calles de No-ka-si, y además Kor observó que algunos eran Triszianos y que un buen porcentaje vestía la ropa sencilla que los delataba como Extranjeros. Los Triszianos que vivían aquí, lo hacían con sus familias Extranjeras a las que no les estaba permitido ocupar habitaciones en la ciudad de los Trisz. Para llegar a ser un Trisziano era preciso pasar por una rigurosa selección; de aquí que en la mayoría de las familias de No-ka-si quien ganaba el pan era el único que estaba al servicio de los dueños. La ciudad estaba bajo el gobierno de un Señor regional, ya que a los Trisz no les atañía directamente la administración. El Señor local, sin embargo, tenía la responsabilidad de mantener la tranquilidad y de resolver los asuntos cívicos de toda la región, pero actuando de conformidad con la jefatura suprema de los Trisz.

El Sabio se enteró de todas estas cosas mediante la charla de su acompañante de ropas azules mientras se dirigían al interior de la ciudad. Al salir del vehículo, cuando éste se paró ante la mole oscura de un edificio, el Hermano Pol fijó su mirada al punto de donde habían partido. Las agujas encendidas de Ka-si se alzaban como faros en el cielo nocturno y, al mirarlos Kor, un billón de chispas diminutas, de luz iridiscente, comenzaron a parpadear y a apiñarse hasta formar una cortina semiopaca.

—¡Bello espectáculo! —observó—. ¿Qué es lo que lo produce?

—Tormentas de arenas —replicó el Hermano Pol—. La ciudad está protegida por proyectores anti-arena. Han colocado una cortina radioactiva que rodea toda la ciudad. Cuando la arena llega a ella se deshace sin que sea

posible que un grano la atraviese. Cuando el viento sopla muy fuerte resulta una vista imponente.

Kor había notado que se levantaba un viento frío y ahora amenazaba la molestia de tener que sufrir las picaduras de la arena volandera. Estaba claro que la ciudad humana no contaba con aquella protección.

El Hermano Pol condujo al Sabio a la casa, baja y abovedada, que había junto a la Logia. Ésta era cúbica y de superficie plana siguiendo el estilo de las Logias existentes en todas partes. La insignia dorada de un Sol guardaba la entrada a las habitaciones del Profesor; unos escalones amplios y de poca altura conducían directamente desde la entrada al centro subterráneo de la morada: el dormitorio, desde donde podía uno dirigirse a las otras habitaciones situadas en un nivel más alto y al que se llegaba por medio de escaleras.

La frialdad de la noche no había aún penetrado en la casa del Hermano, por lo que se notaba un calorcillo agradable, a pesar de que el acondicionamiento de aire no estaba aquí permitido. El dulce olor del incienso excitó levemente la nariz de Kor. De alguna parte venía el sonido de un instrumento de cuerda. Al instante siguiente, estaba espiando al artista: una bella muchacha del Pueblo, de cabellos oscuros y bien formada, sentada, con las piernas encogidas, en una estera colocada en la habitación y que punteaba espasmódicamente las cuerdas del instrumento.

Ante su presencia, el Sabio se sintió corrido, aunque sabía que era una cosa corriente y aceptada.

El Hermano se dirigió a la muchacha.

—Ya está bien, Seta —se volvió y dijo, en un murmullo a Kor—: Como muestra de respeto hacia su Eminencia la enviaré esta noche a su casa.

Se dirigió con toda amabilidad a la muchacha:

—Debes volver esta noche con los tuyos, Seta. Cuando pases por la cocina, haz el favor de decirle al cocinero que prepare comida para Su Eminencia. Ve deprisa para tu casa; se está formando una tormenta de arena.

La muchacha se levantó ágilmente y dejó el instrumento sobre la estera. Era de constitución limpia, y facciones regulares. Solo un punto menos que bella. No se fue en seguida, sino que se acercó a Kor, apoyó una rodilla en el suelo y alzando el borde del vestido escarlata lo llevó a sus labios.

—¡Su bendición, Eminencia!

—¡Serenidad, hija! —le dijo Kor mecánicamente en un murmullo.

La muchacha se retiró lentamente de la habitación. El Hermano Pol sonrió divertido.

—Espléndida criatura, ¿no es cierto? Pero de poco interés para un Sabio recién graduado, como Su Eminencia.

—De ningún interés para quienquiera que sea —replicó con frialdad.

Mentalmente se golpeó el tobillo por haber contestado siquiera eso.

El Hermano Pol se encogió de hombros. Aún sonreía.

VI

EL TRISZ

La sala de audiencia de los Trisz era una habitación grande situada en lo más alto del Centro Administrativo, sobre los niveles comunes a la actividad humana. El ascensor, después de subir disparado como una bala, menguó su marcha y se detuvo. La gente del Pueblo, en grupos apiñados, permanecía de pie sobre el piso pulimentado. Algunos eran Extranjeros y otros llevaban las llamativas vestiduras reservadas para los Trisztianos. Guardas uniformados circulaban entre ellos, siempre alertas para conservar el orden. No era aún la hora.

Kor preguntó:

—¿Toda esta gente debe esperar turno para ser recibida por los Trisz?

El Hermano Pol hizo un gesto con el que abarcó todo el perímetro de la sala. Ricas colgaduras lanzaban reflejos centelleantes al agitarse con suavidad a impulsos de la brisa del aire acondicionado.

—Podrían acomodarse simultáneamente muchísimos más. Cuando se da el aviso todos se colocan tras esas colgaduras donde son entrevistados por los Trisz en pequeñas habitaciones. De esa manera se consigue el aislamiento individual.

—¿Cada uno, entonces, es recibido en audiencia por distintos Trisz?

El Hermano Azul se encogió de hombros y sonrió.

—O el mismo. ¿Habría para los Trisz alguna diferencia? Parece que tienen el don de la ubicuidad.

Tal declaración no podía venir de un Hermano Azul, pero Kor Danay se abstuvo de hacer ningún comentario. El Hermano Pol había sido encauzado para creer en la benevolencia de los Trisz.

—¿Qué habitación debo escoger, Hermano Pol?

—Eso no importa. Tome la más próxima. Todo el mundo hará lo mismo.

—¿Todos están aquí para ser destinados a algún lugar?

—El ser recibido en audiencia no significa forzosamente ser destinado a algún sitio. Los Trisz son amables y benévolos por naturaleza. Atienden y resuelven los problemas del Pueblo además de negociar con él.

—¿Qué clase de problemas, Hermano?

—Ninguno es tan insignificante como para no merecer la atención y el esfuerzo de los Trisz —replicó el Hermano Pol lleno de hipócrita piedad—. Una persona puede desear el amor y la compañía de otra, de sexo distinto. O quizás es ambiciosa y desea un puesto en la corte de un señor, o en un establecimiento comercial, o servir a los Trisz. Por lo que quiera que sea, los Trisz, cuando la petición se hace en la debida forma, dedican sus esfuerzos para resolver el asunto a entera satisfacción del solicitante.

Kor meditó por un momento la respuesta.

—¿Quiere usted decir que si un hombre desea a determinada mujer los Trisz forzarán a ésta para que así sea?

—¿Forzar? ¡Oh, no, Eminencia! A ella se le convence, pero no se le fuerza. Más aún, los Trisz hacen que para ella sea algo deseable.

La hipnosis perfeccionada, desde luego, recordó el Sabio. Cuando un problema no podía ser resuelto o el interesado no estaba satisfecho de la solución dada, mediante la hipnosis se le hacía ver que no era así. Los libros de textos eran axiomáticos sobre esta cuestión.

El Hermano Pol agarró el brazo dé Kor.

—Es casi la hora, Eminencia. Permítame recordarle una cosa: cuando hable con el Trisz acuérdese de usar el acostumbrado lenguaje de los gestos. No constituye solamente una señal de respeto, tal como le habrán dicho, sino que sirve también para ser recogido por las máquinas. Los Trisz conservan esos registros para las generaciones futuras, cuando la voz grabada puede que sea ininteligible en comparación con la lengua que entonces se hablé. El lenguaje mediante signos permanecerá el mismo para siempre. Los Trisz no necesitan ni voz ni ademanes, ya que pueden leer en el pensamiento.

«Mentiroso», se dijo el Sabio. En seguida recapacitó. Después de todo el Hermano Pol tenía que pensar así. Todo el mundo creía que los Trisz podían leer el pensamiento, pero el Sabio sabía otra cosa. Los respetuosos «ademanes para ser registrados» que la ley y la costumbre exigían que se utilizasen para hablar con los Trisz, constituían un complejo lenguaje que transmitía el pensamiento del que hablaba a la raza extraña. Kor Danay sabía que podía pensar todo lo que quisiera en presencia de los Trisz siempre que su expresión y su actitud no le traicionaran.

Se oyó la nota argentina de un gong. Una voz suave, amplificada por los altavoces, se difundió por la enorme sala.

«Se convoca la audiencia... se convoca la audiencia. Acérquense a los Trisz con humildad, reverencia y moderación. Gesticular vuestras súplicas y éstas serán atendidas. Se convoca la audiencia. Acudir ahora ante los Trisz.»

La emoción sacudió a la muchedumbre. Los pies ,se apresuraron sobre el piso reluciente. Las vestiduras revolotearon llenas de colorido. Kor se adelantó hacia la colgadura más cercana y la descorrió para poder entrar.

La habitación era pequeña, de un largo y ancho no mayor que la altura de un hombre. Frente a la entrada, la pared tenía una depresión poco profunda, como un nicho. Las paredes estaban desnudas, y el suelo era del mismo

plástico inmaculado que el salón.

Extrapoló durante un instante. No pudo detectar nada, salvo la acostumbrada sensación de amenaza. No estaban aún presentes todos los factores, pensó.

Una hermosa columna de fuego, surgió de pronto en el nicho..., el Trisz. Kor sabía que no estaba en realidad viendo al Trisz, que era una manifestación invisible de una extraña energía. La presencia era sólo detectada por la influencia que ejercía sobre el aire del nicho; el efecto se incrementaba por ocultos proyectores que rociaban las moléculas excitadas con cambiantes matices de luz. Producía su efecto, admitió Kor; el truco era tan bueno como algunos de los recursos que los sabios conjuraban, a veces, en las Logias para impresionar al Pueblo con sus milagros.

Apoyó una rodilla en el suelo y presenció cómo el Trisz pasaba de un tono de espliego desteñido a un verde pálido, que se convertía en amarillo, para cambiar en un brillante carmesí.

Clara, débil, pero estridente, la impresión-pensativa, que era la «voz» del Trisz, se introdujo en la mente consciente del Sabio.

—¡Salud, Hombre! Los Trisz te dan la bienvenida a Ka-si.

Kor llevó a cabo los debidos gestos de salutación acompañados con las palabras encaminadas a ser registradas... y para que llegasen a los oídos atentos de los Triszianos; no tenía la menor duda.

—¡Os saludo en nombre de la Serenidad, oh poderoso Trisz!

El Trisz tomó un tierno color rosado.

—He visto tu mente, oh Hombre. Veo que eres Kor Danay, un graduado del Instituto de Denver.

«Mentiroso», pensó Kor. Sus documentos personales habían sido enviados con antelación.

—Verdad, ¡oh, poderoso Trisz!

—Los Trisz tienen a los Hombres en alta estima Siempre están en su pensamiento. Los Trisz son los defensores del Pueblo... los Hombres son las armas en la mano comprensiva de los Trisz.

—¡Verdad, oh poderoso Trisz! —aprobó Kor.

¡Qué farsa!, pensó para sí. «Dejemos que sigan las formalidades. Adelante, ¡lee mis pensamientos! Puedes detectar mi desplegada superconsciencia, pero la mente consciente es para ti un libro cerrado.»

El Trisz continuó:

—Estamos complacidos con los pensamientos respetuosos que se desprenden de tu mente, ¡oh, Hombre! Tu viaje ha sido largo y difícil. Deseas descanso y tranquilidad. Pero primero, cuéntame tu viaje.

Kor pensó: «Lo que tú quieres es que niegue lo sucedido, ¿no es eso? Y entonces afirmar que lees los incidentes en mi pensamiento para, a continuación, encerrarme por pretender escamotear la verdad. Bien, yo te diré lo que ha pasado.»

Elevó su mirada.

—Sólo debo mi presencia aquí a la suerte más venturosa. ¡Tan lleno de acontecimientos estuvo mi viaje!

—¡Qué interesante! —chirrió el Trisz—. He leído en tus pensamientos los detalles de tu aventura, pero por favor, gesticula lo ocurrido para el registro visual.

Kor, haciendo los respetuosos ademanes, que armonizaban con sus palabras, explicó la historia. El Trisz no estuvo interesado durante el primer episodio, es decir, mientras que el Sabio explicaba cómo fue atacado por «ladrones» disfrazados con las vestiduras de los fieles sirvientes de los Trisz; pero el interés se reanimó al relatar el incidente de la posada, descrito desde el punto de vista del Sabio.

La sospecha, virtud principal del conquistador, mantuvo esclavizado al Trisz. Hizo unas cuantas preguntas encaminadas, al parecer, a conducir al Sabio hacia una especie de trampa semántica, pero Kor se evadió prodigando trivialidades.

—Ha sido muy interesante registrar todo esto —dijo el Trisz.

Hubo una pausa cuajada de meditación; después el Trisz siguió diciendo:

—Tus documentos han sido recibidos y aprobados, Hombre; quedas destinado a la Parroquia de No-ka-si. He extraído de tus pensamientos que has pasado la noche última en las habitaciones del Hermano Azul Pol, que te espera ahora en la habitación central de la sala. El guardián del piso ha recibido instrucciones de comunicarle las órdenes mediante las que se te destina. El Hermano Pol te llevará a tu nuevo puesto en la Logia de la región de No-ka-si, cumpliendo con lo acordado. Queda ahora bajo tu tutela. Te deseo buena suerte, Hombre.

—Serenidad, ¡oh poderoso Trisz!

Kor se levantó y salió del cuarto.

VII

LA SEÑORA SOMA

El Hermano Azul, Set Horan, restregó sus manos gordezuelas. Su expresión quedaba realzada por una sonrisa de querubín que se explayaba por su redondeado rostro.

—Querida —dijo en un tono decisivo—, tiene que ser así, ¿no lo comprendes? Por muy lejos que tenga que llevarse el juego, tiene que ser tal como lo estamos haciendo. No hay peros que valgan.

La joven sentada frente a él se mordió los labios. Era una mujer encantadora. Su cabello, de un castaño intenso, estaba dispuesto alrededor de su rostro siguiendo el estilo popular que, en aquel entonces, estaba de moda entre la gente acaudalada. Apretó con firmeza los labios, y con sus ojos de verdemar profundo miró fijamente al Hermano Azul.

—Le digo que lo que estamos haciendo es un juego muy peligroso, Hermano Set. Supóngase que algo fuera mal. Ya sabe lo que Val Shan ha dicho.

La expresión amable del Hermano Set no perdió ni lo más mínimo de su alegre aspecto seráfico.

—Cierto que es peligroso, pero él ha ido demasiado lejos, ¿no es verdad? Usted sabe, tan bien como yo, que un Sabio debe vivir peligrosamente... incluso éste. Val Shan opina que este muchacho es de importancia capital para los planes de los Hombres. Bien, lo veremos. Debe saber que estoy trabajando para los dos bandos.

—¿Quieres decir que...?

—¡Desde luego! Según la forma de pensar de Val Shan, no debemos gastar más del tiempo necesario para hacer ingresar a este Hombre extraordinario en la Organización. Por otro lado tengo órdenes de los Trisz, que me han sido transmitidas por el Consejo Cívico de los Triszianos, de no perder tiempo en endosarle un delito por el que merezca ser ejecutado públicamente. ¿Cree usted, señora Soma, que esto me coloca en una posición fácil?

La señora Soma se llevó el pañuelo hasta los labios.

—A eso es lo que me refiero al decir que es peligroso. Ambos corremos el grave peligro de ser asesinados... si no por los Trisz, por él.

El Hermano Set jugueteó un momento con un estilete golpeándose los dientes con la punta roma. Estaba pensativo.

—Bien —suspiró al fin volviendo a colocar el estilete en su sitio— sería nada más que lo que ya esperaba cuando me comprometí, hace años, a aceptar este juego del escondite. —Sonrió—. Aunque debo añadir, mi querida señora Soma, que es usted realmente demasiado encantadora y joven para morir.

—Gracias —replicó ella fríamente—. Al menos me ha ofrecido usted el conocido canto de un duro para poder escapar.

—Entonces tiene que estar agradecida por este despilfarro —bromeó el rotundo Hermano—. Pero comete usted una negligencia al no tomar en consideración a nuestro Sabio, sólo por serlo.— Suspiró y sacudió la cabeza apesadumbrado—. Hubiera deseado tener el cerebro, o lo que quiera que sea necesario, para haber ingresado en la Hermandad de los Hombres. Pero, en fin, he sido afortunado, querida. Ya me ve, profesor de la Orden Azul que ha sido honrado con la misión de llevar a cabo una tarea digna de un Hombre —hizo una mueca— pero sin la satisfacción de saber, cuando muera, que habría podido burlarme de todos ellos si no hubiera sido por el maldito juramento.

—¡Hermano Set!

—Oh, sí. Ya lo sé... ¿a envidia no es cosa propia de un Hermano. Pero me da igual, querida. Sé algunas de las cosas que puede hacer un Hombre. Si yo tuviera a mi disposición los poderes de ellos ya me habría preparado un buen rincón para mí. —Contuvo una carcajada—. Lo más probable es que los Maestros llegaron a darse cuenta de mi actitud; eso explica el por qué fui relegado a lo que soy.

Se sacudió el borde de su vestidura azul.

—Aunque estoy orgulloso de ser capaz de ayudar a los Hombres. Pero me preocupa el jugar con los extraños contra el centro... sobre todo cuando *soy yo* el que está en medio.

La muchacha apoyó su mano sobre la de él.

—Tuvimos mucha suerte en que usted no llegara a ser un Sabio, Hermano Set. ¿Quién habría podido llegar a actuar ni tan siquiera la mitad de bien que usted?

—¡Dice usted unas cosas tan agradables, querida! —Miró a un cronómetro de pared y dio un salto—. ¡Dios mío! ¡Es más de mediodía! Pueden llegar en cualquier momento ¿Está usted segura de que no se le olvidará nada? No podemos equivocarnos, porque si no...

Se pasó el dedo índice en forma significativa por la garganta.

—¡Si supiera siquiera *cómo* podría él librarse del asunto!

—Ya le he explicado los dos primeros atentados que se han hecho contra su vida. Recuerda lo que hizo con aquellos dos Triszianos malhechores. Cogió a uno de ellos y lo lanzó contra el otro. ¡Ja, ja! Nos lo contó la mujer; los hombres no lo hicieron. Y aquel asesino a sueldo... ¿sabe dónde está? ¡Exhortando a la rectitud por esas esquinas! ¡Nuestro Hombre es listo! Cumple con la más honorable tradición de la Sabiduría... ¡Usted no puede

decir que yo no sabía lo que él era capaz de hacer!

La señora Soma dio de nuevo unas palmaditas en la mano de Set.

—Sí. Usted no mandó a esos hombres contra él para que perdieran la vida. Usted sabía muy bien que él los perdonaría.

—A eso es a lo que me refiero cuando hablo de ser un Hombre —le interrumpió el Hermano—. Por eso supongo que al convertirme sólo en un profesor me he transformado en algo de rufián. ¡Yo los hubiera destrozado!

—¡Tonterías! —Soma se echó a reír llena de un regocijo limpio y tintineante—. Usted no habría hecho nada de eso.

El Hermano Set sonrió e hizo un guiño con los ojos.

Iba ella a fruncir el entrecejo, cuando, de pronto, sonrió al ver la expresión tan chusca de su cara.

—Me imagino que no hago más que pensar en eso considerándolo desde mi propio punto de vista. —Se estremeció—. Me horroriza pensar que alguien puede ponerme *a mí* en ese apuro.

—Nadie lo va a hacer. Y ahora cálmese. Me parece que los oigo venir.

El acompañante, un recién graduado en la Hermandad Azul, precedió a Kor y al Hermano Pol al entrar en la habitación.

Kor Danay se detuvo de pronto en el umbral, alerta. Las facciones redondeadas del Hermano Set, con la sonrisa de santo, coincidían perfectamente con la imagen extraída del asesino. La segunda impresión de Kor, al adentrarse cautelosamente en la habitación, una impresión inesperada, fue de pura hermosura: sorprendió la mirada de la señora Soma.

El Hermano Pol hizo rápidamente la presentación entre el Hermano Azul Set, y Kor, de conformidad con el protocolo. Fue el Hermano Set el que incluyó en la presentación a la señora Soma.

—...hija del Señor Roen Gol, el estimado Señor presidente de nuestro distrito de Ka-si, funcionario civil, protector del Pueblo, etc., etc. ¿Comprende lo que quiero decir?

El hielo quedó enteramente roto desde un principio. Kor quedó encantado con la conversación que siguió a la idea del Hermano Pol, y en la que la señora Soma participó interesada.

Ella tuvo que marcharse, y entonces el Sabio se encontró a solas con el Hermano Azul del que desconfiaba de todo corazón.

Ahora que ya estaba acomodado en las habitaciones que antes había ocupado su antecesor, un tal Ten Rogan, Kor Danay había fijado una conferencia con el Hermano Set para discutir los asuntos de la Parroquia. Aunque estaba muy interesado en saber lo que había pasado con el eminentísimo Ten, comprendió que había razones para no dejar que este interés llegara a ser demasiado manifiesto.

Encontró muchas cosas que lo dejaron sorprendido; una de ellas la población de la región de Ka-si. No había podido imaginarse que el desierto pudiera ser capaz de mantener a tantos. El Hermano Set comenzó a explicarle las cuestiones del servicio personal. Estas eran encomendadas a los habitantes

del desierto.

—El tribunal de examen del Servicio Civil está abierto constantemente pidiendo voluntarios que deseen convertirse en Triszianos, bien para servicio especial o no. Nosotros contamos con una corriente, un tanto respetable, de voluntarios procedentes de esta región. Como son pocos los que se necesitan en el mismo Ka-si, se envían muchos a otras partes del mundo, y a medida que las necesidades lo requieren. Algunos, desde luego, son escogidos para adiestrarlos y convertirlos en hombres del espacio que puedan conducir las naves de los Trisz. Y además, no hay que decirlo, están las colonias.

—¿Las colonias, Hermano?

—¿No ha oído Su Eminencia hablar de las colonias? Según las informaciones, hay muchos mundos por toda la galaxia y cada uno de ellos es capaz de alimentar a una gran población. Esos mundos, o están poblados ligeramente o no lo están en absoluto. Por eso los Trisz están llevando gentes del Pueblo a esos mundos extraños para colonizarlos y mejorar el futuro de la humanidad y de la galaxia entera. Los Trisz constituyen una raza amable y benevolente, Eminencia.

—Sí... sí, desde luego —le interrumpió Kor.

Recordaba ahora una lectura del Instituto sobre el tema. ¿Cómo decía? Algunos del Pueblo eran seleccionados de vez en cuando para estas aventuras de colonización; eran sacudidos de la Tierra y lanzados al espacio. Con vista a mantener relaciones futuras con estos adonde habían sido llevados, pero hasta ahora la búsqueda no había tenido éxito.

Aventuró una pregunta:

—¿Se envían los colonos a un sistema determinado de esta galaxia o a alguna otra prefijada?

—¿Quién sabe adónde van, Eminencia? Eso es asunto de los benévolos Trisz; ellos siempre pretenden el bienestar del Pueblo. Pero vayamos al grano, Eminencia. Completaremos una cuota de quinientos colonos dentro de nada. Sólo se necesitan que unos cuantos voluntarios más estén dispuestos a firmar el contrato.

—¿Qué es lo que sucede si no se llega a cubrir el cupo?

El Hermano Set elevó las cejas, sorprendido, como si la pregunta estuviese fuera de lugar.

—¡Eminencia, *nunca* nos ha pasado eso!

—Comprendo —Kor apretó los labios.

Intentó sondear por una vez tras la máscara de santidad.

—Hermano Set, ¿qué le sucedió al Sabio de cuya Parroquia he tomado posesión?

El Hermano Set pareció entristecerse. Él se había sentido realmente disgustado con aquel asunto —el Eminentísimo Ten había sido un verdadero compañero de trabajo— pero ahora tenía que continuar el juego con el jovencito que tenía enfrente.

—Al Eminentísimo Ten Rogan le gustaba montar a caballo por el desierto.

Un día fue él solo y... desapareció.

Aquello era posible, pensó Kor, pero no probable. Por ser un Hombre pudo fácilmente desaparecer de la faz de la Tierra; pero también por ser up Hombre no lo habría podido hacer sin el permiso del Instituto... y el Instituto nunca se lo habría permitido.

—No se encontró el cuerpo, ¿Hermano?

—Sí... es decir, yo *creo* que lo encontramos. Topamos con el del caballo y con algunos fragmentos de las vestiduras y borceguíes del Sabio. El caballo había metido una pata en un agujero y se la rompió. Naturalmente, el Eminentísimo Ten saldría disparado y, o murió en el acto, o, al quedar malherido, fue fácil presa de los lobos del desierto.

Kor estaba satisfecho. Ahora sabía que el Hermano Set era un mentiroso. Ningún ser viviente podría matar a un Hombre, de ninguna de las maneras, sin consentirlo éste. El Eminentísimo Ten podría haberse compensado instantáneamente de semejante caída y quedar ileso.

«¡Los Trisz habían asesinado al Eminentísimo Ten!».

El Hermano Set frunció los labios, se encogió de hombros y extendió las manos significativamente.

Era conveniente que Kor Danay se lo creyera. La señora Soma también se lo había creído. Sólo el Hermano Set sabía que el Eminentísimo Ten había sido reclamado por la Organización de los Hombres —la rama secreta de la Hermandad— con el solo objeto de hacerle sitio a Kor Danay en esta particular Parroquia.

A Kor, el primer día de Logia, en su nuevo destino, lo había puesto nervioso. ¡Había tanto que hacer, tantos sitios a los que acudir! A pesar de su adiestramiento todo resultaba nuevo pata él. Los instructores volaban de aquí para allá cumpliendo las órdenes del Hermano Set. El Sabio se paseaba por su estudio preparando su discurso.

Un sordo rugido procedente de afuera se enredó con el hilo de su pensamiento y dejó mellado el filo de fina prosa que estaba creando. Fastidiado, se atiesó y entró rápidamente en el interior de la Logia buscando al Hermano Azul.

—¿Ya está el Pueblo reuniéndose para el mitin? Aún falta una hora.

El rostro del Hermano se iluminó con aquella seráfica sonrisa.

—Ahí afuera hay un idiota diciendo tonterías: dice que ha visto la Luz. La muchedumbre le rodea y él la exhorta desde los escalones de la Logia.

—Me gustaría oírle —dijo Kor—. Es posible, Hermano, que podamos aprender algo de ese sermón.

—Lo dudo —murmuró el Hermano Set.

Kod fue a la puerta y la abrió de golpe. Una persona pequeña, y andrajosamente vestida, estaba de pie sobre los escalones, a unos metros por debajo de él, dirigiendo la palabra a una considerable multitud de obreros, comerciantes, amas de casa, Triszianos y a unas cuantas muchachas. Tenía una voz chillona pero preñada de fervor y éxtasis.

—...y yo no estaría ahora aquí —gritaba— si no hubiese visto con mis propios ojos la gloria de la que hablo! ¡No! Cuando entré en aquella habitación, yo, un criminal, llegó hasta mí la comprensión y...

La muchedumbre retumbaba.

—¡Pruebas, amigo! ¡Danos pruebas!

—¡Exigís pruebas! Muy bien. Yo os daré la que Él me dio. Hubo un momento de silencio en el que hasta la respiración quedó contenida. El hombre se puso firme. Era un espectáculo emocionante. Todos los ojos estaban fijos en aquella delicada figura; cada mente predispuesta al misterio de la iluminación.

Cuando el silencio se prolongaba en un susurro, el orador alzó lentamente sus manos sobre la cabeza. Entonces Kor entró en juego.

Ante los atónitos ojos de la multitud lanzó una luz brillante de relucientes rayos luminosos.

—Haciendo una exhibición, ¿no? —«preguntó el Hermano Set por encima del hombro del Sabio.

Kor señaló con un gesto la puerta.

—¡Vea por sí mismo!

El Hermano Set miró.

—Bien, bien. ¡Muy interesante!

—¿Cree usted que es un verdadero milagro? —preguntó Kor haciendo un gran esfuerzo para no reír.

En el rostro del Hermano Set se dibujó una franca sonrisa que desarmaba.

—No, francamente —Se dio cuenta de la guasa que encerraba la forma de mirar de Kor—. ¿Y su Eminencia?

Al ver vacilar al Sabio, añadió:

—No es necesario que conteste a esto. Eminencia.

VIII
LA EMBOSCADA

Los intentos de extrapolar el porvenir constituyeron unos lamentables fracasos. De ordinario él podía conseguir, con un día de anticipación un cuadro bastante claro de los acontecimientos futuros De los situados más allá era posible hacer una predicción racional casi exacta.

En lugar de eso, la recompensa que recibía por sus esfuerzos era simplemente una sensación continua de intranquilidad, una aprensión, sin palabras que pudieran explicar la sensación de amenaza.

Al mediodía llegó una carta para Kor Danay. La trajo uno de los servidores del Señor Roen Gol, y, por mediación del Hermano Set, le fue presentada por un acólito, vestido de azul, en una bandeja de plata.

Kor Danay abrió el sobre, desdobló el papel y, gratamente sorprendido, echó un vistazo sobre la limpia y femenina escritura que terminaba con la firma de la señora Soma Gol. La volvió a leer, no porque hubiera pasado nada por alto, sino para dejar que sus ojos quedaran prendidos en esta muestra de tan grácil mano. Las curvas y espirales de la escritura actuaban sobre él como un tónico. El Sabio resplandecía con una nueva sensación de bienestar.

Intentó aparecer indiferente al abordar al Hermano Set.

—Acabo de recibir una especie de invitación... de la señorita que estuvo aquí el otro día. ¿Cómo se llama?

El Hermano Set arqueó las cejas:

—En un Sabio resulta muy extraño la falta de memoria, Eminencia. Sin duda se refiere a la señora Soma, la hija del Señor Roen Gol...

Kor chasqueó los dedos.

—¡Sí... sí! La señora Soma. Por lo que se ve se trata de una especie de recepción. ¿Cree usted que será aburrida?

El Hermano Azul frunció el ceño y movió la cabeza.

—¡Todo lo contrario, Eminencia! Es costumbre en el señor del distrito recibir al nuevo Hombre de la Parroquia y, desde luego, un honor.

El profesor usó su mejor sonrisa de querubín, pero Kor observó que no había alegría en sus ojos. Pensó: «Esto puede ser una trampa». La imagen de la señora Soma se le vino a las mentes. Sacudió la cabeza.

—Quizá sea lo mejor ir.

—¡Ya me lo había imaginado! Su Eminencia no querría disgustar a nuestro señor, ¿no es verdad? ¡Sin mencionar a su encantadora hija!

—La invitación es de la señora Soma, no del Señor Roen Gol.

—Porque la señora Soma es la secretaria de su padre. ¿Qué hay de extraño en eso? Naturalmente, en las cuestiones de sociedad es ella la que está encargada de los pequeños detalles. Y éste será un acontecimiento social, délo por seguro.

—Muy bien. Iré.

—Claro. Ya se han tomado las debidas disposiciones.

—¿Quiere usted decir que ha leído esta nota antes de que yo lo hiciera?

—Eso es. Ya se ha despachado una carta aceptando la invitación.

—La carta estaba cerrada —insistió Kor, obstinadamente, sintiendo que la ira iba embargándolo.

—¡Claro que estaba cerrada! Puedo abrir una carta. Oficialmente soy su secretario, y es mi deber...

—¡Basta! —estalló Kor—, ¿Olvida quién soy?

—Perdone Su Serenidad —le rogó el Hermano Set introduciendo una chispa de ironía en el desusado título—. Trataremos este asunto más tarde. Ahora debemos interesarnos en la cuestión de los quinientos colonos. Embarcan hoy. Ambos tendremos que estar en el cosmódromo esta tarde para hacernos cargo de los asuntos de última hora.

—¿Qué clase de asuntos?

—Uno de ellos será la plática que dirigirá su Eminencia a los colonos.

—¿Y qué debo decirles?

—Las cosas usuales. Buen viaje... conservar las tradiciones de Tierra. El galimatías de costumbre.

Kor le dijo fríamente:

—¡Me parece que no me gusta la mal disimulada frivolidad con la que trata las cuestiones de esta naturaleza, Hermano Set!

Mientras que Kor se ocupaba en la preparación del discurso que tenía que dirigir a los colonos, el Hermano Set aprovechó la abstracción del Sabio para montar en su carruaje y dirigirse rápidamente a la residencia del Señor Roen Gol, dónde, secretamente, se entrevistó con su Señoría y la señora Soma. Al terminar la breve entrevista se dieron la mano solemnemente.

—Ninguno de ustedes tienen que perder un momento —aconsejó el Hermano Azul—. Señor Roen, ¿está seguro de que todo está a punto?

El Señor Roen, un hombre alto, recio, de cabellos gris oscuros y ojos penetrantes, asintió sobriamente.

—Los caballos más rápidos de mi cuadra están listos, Hermano. Cuando llegue el momento, actuaré sin la menor vacilación.

—¿Se da cuenta de que esto puede ser la causa de que todo se pierda?

El señor Roen Gol se encogió de hombros y una ligera sonrisa tintineó en sus labios decididos.

—¿Qué importa perderlo todo cuando ese todo no es nada comparado con el fin que se persigue? —Acarició el cabello a su hija con un ademán cariñoso —. Siempre que no pierda lo que quiero...

La señora Soma, alzando la vista, le sonrió. Le relucían los ojos verdes.

—Tú ya sabes que puedo cuidarme sola, padre. Y que te volveré a ver... después.

El Hermano Set se llevó un dedo a los labios.

—No debemos fijarnos en el aspecto desagradable de la cuestión. Ahora debo volver de prisa y castigar al muchacho un poco más.

El Hermano Azul reprimió ahogadamente la risa al ver la mirada sorprendida de Soma.

—Tengo que mantenerlo en el grado que *vive*, ya sabe. Eso no le dejará ser complaciente. El castigo, desde luego, sólo es metafónico, pero lo tengo sometido a él intensamente.

Por un momento pareció compungido.

—Quizá demasiado intensamente... pero no. Es algo esencial el que yo le resulte realmente desagradable e indigno de su confianza. Debe depender enteramente de sí mismo. Bien, esta noche se verá. Yo puedo mantenerlo ocupado esta tarde. Después, el asunto depende de ustedes dos... no debemos volver a vernos.

Se volvió de pronto y les dio la espalda. Su voz, al pasar sobre su hombro, se oyó amortiguada.

—Es posible que me acostumbre a llevarlo todo solo, pero lo dudo.

El cosmódromo de los Trisz estaba situado en el edificio más alto y espacioso de la ciudad. De sus profundos andamiajes, erguidos en el interior del edificio, las naves de los Trisz, dirigidas magnéticamente, despegaban para los lejanos mundos; tan rápidamente como se marchaban, los andamiajes acogían a las que retornaban del profundo espacio.

La mayoría eran naves de suministros que mantenían enlazados a los mundos dominados por los Trisz. Se permitían pequeños viajes espaciales, pero no lo bastante para llegar a crear la condición de turistas. Hombres de negocios viajaban en ocasiones hacia otros mundos; raras veces, seres extraterrestres llegaban a una u otra ciudad de la Tierra para observar métodos, indagar sobre cuestiones legales o financieras, y cosas así. El viajar en masa estaba prohibido.

Kor Danay se había entretenido otras veces en ver las naves ovoides elevarse del cosmódromo y volar suavemente hacia la estratosfera. Una vez en el espacio, las naves se lanzaban a una velocidad devoradora de años-luz; pero, a toda velocidad, su marcha era como un arrastrarse comparado con la casi instantánea habilidad de los Hombres.

Le habría gustado observar esas naves desde cerca, por eso quedó decepcionado al saber que tenía que dirigirse a los colonos en un lugar situado

a muchos pisos bajo el nivel del cosmódromo. La voz del Sabio era conducida hasta lo más alejados rincones de la sala por medio de altavoces espaciados.

Se fijó con indiferencia en la multitud, y se preguntaba a qué tipo del Pueblo pertenecían estos que, voluntariamente, abandonaban sus hogares y su mundo para embarcar hacia lo desconocido. La mayoría eran rudos Extranjeros, vestidos andrajosamente y mal alimentados. La muchedumbre estaba compuesta, casi en partes iguales, por personas de los dos sexos, y no todas las mujeres eran jóvenes. Por lo visto la edad no constituía Una condición de preferencia.

Una cegadora bola de luz surgió en un lejano rincón de la sala cuando el Sabio terminó la ceremonia. Bajó rápidamente de la plataforma desde la que había hablado, y vio al Hermano Set que estaba discutiendo, con una sección de guardias Triszianos, los detalles de cómo debía realizarse la carga.

—¿Recuerda el converso de manos luminosas, Hermano? Está entre la multitud.

El Hermano Set sonrió angelicalmente.

—¿De verdad, Eminencia?

—Es raro... —empezó a decir Kor.

—¿Qué hay de raro en ello? En las colonias hay sitios tanto para el virtuoso como para el impío.

Kor se quedó vacilante y se mordió los labios. Observó el interés que los Trisz demostraban por el hombre de las manos luminosas. ¿Se había presentado el amigo voluntariamente para esta misión? ¿O se había recurrido a otros métodos? Kor se imaginaba que la presencia del hombre había puesto nervioso a los Trisz...

—¿Nos vamos? —murmuró el Hermano Set junto a él—. ¡Hay tanta gente aquí... y tan pocas que estén limpias!

Decidió que aquella tarde iría andando a la recepción del señor Roen Gol. Kor se dijo que sería la forma más segura.

El Hermano Set se mostró disconforme con esta decisión.

—Puedo cuidar de mí mismo —observó el Sabio, molesto..

El Hermano Set se encogió de hombros y suspiró.

—No es correcto, Eminencia, que nuestros Sabios recorran las calles de aquí para allá solos y de noche. ¿Qué camino tomará?

—Soy un Hombre. El camino que yo escoja sólo me interesa a mí. Buenas tardes, Hermano Set.

La imponente residencia del señor Roen Gol estaba situada en el extremo norte de la ciudad, a una distancia de casi una milla de la Capilla Escarlata. El Sol apenas se había puesto cuando Kor salió. La parte oeste del cielo era una gran caldera de hirviente escarlata con bandas de un rosa brillante y cintas tirando a verde. Altas nubes de arena eran la causa de estos colores, bien por refracción o por reflexión. Los espejismos eran también cosa corriente en la atmósfera del desierto y a menudo se veían ascender a lo lejos, desde la superficie, las luces fantásticas, por espacio de una hora o cosa así, después de

la puesta del sol.

Kor Danay pasaba de largo las ventanas alumbradas y las puertas abiertas que exhalaban el aliento caliente del día, y que era extraído por la creciente frialdad de la noche. El aire estaba ahíto de olor a cocina y cerveza sintética, y vibrante con la continua vocería y la charla.

Era sorprendente, pensó, el poco tiempo que había necesitado para acostumbrarse a las escenas y al clamor del mundo. Los años pasados en el Instituto se habían retirado al fondo de su consciencia y parecía ahora como si nunca hubieran existido. En aquellos años, el Pueblo no había significado nada para él; sólo estadísticas en un libro.

Ahora él había visto al Pueblo vivir su vida diaria, y se le ocurría que había menos diferencia de lo que había creído entre los Hombres y el Pueblo. Cierto que los Hombres eran superiores a los seres que formaban el Pueblo, pero no tan alejado en su parentesco como él últimamente tenía entendido. Los Hombres eran gentes de distintas categorías y entrenados para extraer sus posibilidades latentes, señalar una dirección y exponer un sentido duradero de la vida. El Pueblo simplemente existía, y lo hacía peleando, luchando, amando, alegre y triste por turno, completamente humano.

Su camino, a través de las calles de No-ka-si, desembocó finalmente en una ancha avenida, limitada a ambos lados por una fila de palmeras. La frondosa arboleda que repiqueteaba ante la brisa nocturna parecía temblar de frío. La tierra cedía su calor rápidamente al aire seco una vez que el sol se ponía; las noches, en la Tierra, eran siempre frías.

La avenida de palmeras conducía directamente a la cima de un bajo otero, en lo alto del cual relucía la achatada residencia del señor Gol.

Kor hundió la uña del dedo en la corteza de una de las palmeras. El árbol era real, sí. Se preguntó cuánta agua se necesitaba para conservar vivos estos árboles y si incluso un señor tenía derecho a violar las obligaciones hasta ese punto. Pronto llegó a las flores que bordeaban el camino, espléndidas muestras de los cruces encaminados a facilitarle la tarea de arrancar una penosa existencia de un suelo rencoroso y resistir a las temperaturas extremas, de frío y calor, normales en una sola rotación solar.

Los carruajes le pasaban mientras iba subiendo la avenida. Naturalmente, la recepción del señor Roen sería pródiga. Finalmente entró en el amplio lugar de estacionamiento, situado ante la residencia oficial, y andando con precaución por entre los carruajes de inquietos caballos, llegó por fin a la puerta de entrada iluminada brillantemente.

El señor Roen Gol era un hombre alto y de complexión maciza; de pómulos subidos y nariz sobresaliente. Sus ojos, de un color verde-mar como los de su encantadora hija, tenían una penetrante e inquisitiva mirada. Al llegar Kor, le dio personalmente la bienvenida estrechándole apretadamente la mano.

—Encantado de conocerle, Eminencia.

El Sabio replicó:

—Agradecido, señor.

Se cogieron del brazo al encaminarse hacia la sala de recepción donde los invitados competían en charlas ligeras, cálida y agudamente. El olor de los perfumes espesaba la atmósfera y el humo de los aromáticos cigarros que fumaban los elegantes, flotaba en ondulante estratos. Instrumentos de música acariciados por una veintena de muchachas, vestidas someramente, producían un continuo, monótono y alegre retintín.

El regocijo y la diversión lo llenaban todo, pero nada de eso importaba a Kor Danay... hasta que volviera a encontrarse con la señora Soma.

¿Cómo podía ser que el recuerdo que tenía de ella, se preguntaba a sí mismo, resultara tan pobre a la luz de su presencia? Kor tomó su mano mientras sentía cómo sus ojos se prendían y quedaban preso en el encanto irresistible de su mirada verdemar.

Le dijo al padre, pero sin apartar sus ojos de la hija:

—¡Bendito sea su hogar, señor!

Roen sonrió complacido y golpeó cariñosamente el brazo de su hija.

—¡Guárdese de ella, Eminencia!

La muchacha dedicó una relampagueante mirada a su padre que advirtió el Sabio. El señor se recompuso en seguida. Hizo una breve inclinación y, excusándose, los dejó solos.

—Su Señoría parece preocupado por algo —empezó a decir Kor.

La muchacha sacudió rápidamente la cabeza.

—De ninguna manera. El hacer de anfitrión de toda esta gente representa una terrible tensión de nervios y el pobre de papá ha estado tan sobrecargado de trabajo estos últimos tiempos...!

Empezaron a andar por entre la apiñada multitud; la mano de ella descansaba sobre el brazo de Kor. Parecía tranquila, con los ojos bajos; parecía, pensó Kor, como si estuviera desconcertada.

—Permítame que le presente a nuestros invitados —dijo ella de pronto, mirándole a la cara con una expresión completamente distinta, sonriente y con ojos chispeantes.

—Todos han venido por su Señoría, desde luego.

Un presentimiento revoloteó sobre Kor. Debería haber extrapolado este encuentro, pensó, pero ya era demasiado tarde para sacar alguna utilidad, aunque tuviera éxito al intentarlo. Encomendó la tarea a su superconsciencia ordenándole que le trasmitiera cualquier indicio de peligro. Acto seguido olvidó el presagio abandonándose a las sensaciones del momento.

Parecía que habían transcurrido horas antes de que fuera anunciado el almuerzo. Pero entonces. Kor había conocido, formulariamente, a los invitados más importantes. Cada rostro, con su nombre, había sido archivado debidamente en su memoria. Sería capaz, en todo tiempo futuro, de reconocer, recordar nombre y rostros, de alguien con quien se hubiese encontrado esa noche... si vivía, pensó amargamente.

El almuerzo fue largo y pesado. Hubo discursos. El mismo Kor tuvo que

ponerse de pie y aceptar la presentación de toda la multitud como una sola entidad. Al fin, el señor Roen batió palmas y se abandonaron las mesas. Los invitados se dejaron conducir lentamente hacia la habitación próxima donde la música y el baile ya habían empezado.

Kor, puesto en pie, ofreció el brazo a la señora Soma. Cuando se dirigían a la sala de baile, Soma casi se dejó colgar de su brazo; el peso hizo que él se inclinara. La rodeó con su brazo, alarmado.

—¿Soma... está usted enferma?

Ella sacudió la cabeza, después asintió. Un velo de sufrimiento pasó por sus ojos.

—Esto... no es nada. Vayamos... vayamos afuera, a la terraza.

—¡Desde luego!

El ambiente estaba tan caldeado que resultaba sofocante... demasiado para ella, pensó Kor. Se volvió obedientemente con ella en dirección a las amplias puertas que se abrían a una oscura terraza. Cuando lo hizo una ligera lanzada de penetrante amenaza surgió flechada de su superconsciencia. La muerte acechaba en la terraza.

Los ojos del Sabio se estrecharon. La señora Soma parecía agonizar. No podía estar disimulando, se dijo Kor. Tenía los hombros caídos, la cabeza baja y respiraba dificultosamente, como si estuviese sollozando.

La condujo rápidamente por entre la multitud que atestaba la sala de baile desoyendo el teñido discordante de las campanas de alarma de su mente.

En la terraza el aire era de un frío mordiente. Una luna grande, dorada, ocupando todo un octavo del cuadrante, permanecía en lo alto, hacia el este del cielo. Colgaba de allí como si fuera un reluciente escudo color naranja; cada cráter, cada cordillera, cada surco y viejo «mar» eran claramente discernibles a simple vista. La luna pendía cercana a los límites de Roche. Si los océanos y mares de la antigüedad existiesen todavía, la altura de sus mareas habrían sobrepasado la más osada imaginación.

Pero los mares eran sólo charcos estancados. Algún día, relativamente pronto, la luna se aproximaría más hasta partirlos en dos a consecuencia del conflicto de fuerzas gravitatorias. Pero para aquel entonces no habría nadie en la Tierra que viese la majestad de su destrucción o que sufriese por los fragmentos arrojados violentamente. No habría nada, salvo los blanqueados huesos de un mundo desangrado, secado, por los Trisz.

Pero esta noche, la luna casi llena, tenía la apariencia de un globo naranja sobre el jardín y la terraza del señor Roen Gol, y Kor Danay se sentía confuso, otra vez, por los apremiantes y mudos avisos de su mente superconsciente.

Sostenía a la muchacha apretada entre sus brazos y con el pliegue de su capa la arropó, envolviéndola.

—¡Soma! ¿Está usted enferma?

Ya había hecho antes esta pregunta. Que lo hiciera de nuevo demostraba el deseo, tan intenso de que todo fuera una enfermedad. Los Sabios poseían también los poderes previstos para estos casos. Limpiarla de toda enfermedad

le hubiera llevado a él sólo un momento.

La señora Soma, mediante una sacudida, se liberó de la capa, desechó el brazo que la sostenía y se dirigió insegura hacia la balaustrada. Jugueteó con un racimo de florecillas que dispersaron su fragancia en la fría noche.

—Son encantadoras, ¿verdad? Hidropónicas, desde luego. Los tanques están ocultos por trabajos de sillería.

Aquello no podía ser todo lo que ella tenía que decirle. Lo había llevado afuera para algo más.

—Hay algo que no entiendo —preguntó él—. Me gustaría saber que es.

Ella giró súbitamente y tiró el manojo de flores tras de sí. El contacto de su mano sobre el brazo de Kor fue como si un pájaro frenético se posara sobre él.

Sus mejillas estaban pálidas; sus ojos, oscuros y agitados. Sus labios rojos se volvieron tan blancos como los dientes.

—Le he traído hasta aquí, eminentísimo Kor...

—Se detuvo para cobrar fuerzas, y continuó—... ¡para que fuese asesinado!

IX

EL PODER DE UN HOMBRE

Kor dio un paso atrás. Soma permanecía rígida, de pie, cerca de la balaustrada.

—No se me mata fácilmente —dijo Kor.

Su mente se abrió, en forma automática, y recorrió los alrededores como un muelle expansivo de acero templado. Sintió el choque de la presencia de los enemigos en su consciencia. Los contó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Seis formas borrosas, en el jardín del señor Roen Gol, se ocultaban en las sombras profundas de las palmeras.

Kor Danay sintió la agitación infinitesimal de los electrones de su cuerpo. Redujo la velocidad a que vibraba su percepción hasta que sólo estuvo consciente del aire que, silbando entraba y salía de los pulmones enemigos, del insensible deslizamiento de un músculo sobre otro, del movimiento de la sangre por las venas. Uno de los que acechaban tenía un latido irregular de corazón, observó en ese momento; probablemente ese no viviría mucho.

Kor se enderezó, se sacudió la capa para que le cayera libremente de sus hombros.

—¿Creyó usted, señora Soma, que serían necesarios seis de sus asesinos? He percibido ese número en el jardín.

El tono de su voz rezumaba desprecio, desprecio que encubría el dolor y la perplejidad que le afligían. ¿Cómo había podido equivocarse? ¿Por qué había ella hecho esto? ¿No sería maquinación de su padre, ese genial político que danzaba en la habitación de al lado con alguna viuda gorda, madura, y gozando de títulos y bienes de su extinto marido? ¿No sería también el Hermano Azul culpable, y sobre todo ellos, los Trisz?

Un estadillo de música cantarina, seguido de una ola de aplausos, surgió tras las puertas y saltó a la terraza.

—No —susurró ella—. Estad tranquilo. Hay tiempo. No tenía por qué decirle eso, sino traerle hasta aquí, y dejarle situado cómodamente, después volver a entrar por mi chal. Yo... ¡Yo estoy, intentando ayudarle!

—¿Cuál —preguntó Kor asombrado— es su verdadera personalidad?

Ella dio unos pasos hacia él.

—Vamos, su brazo, Eminencia. ¡Abráceme!

—¿El abrazo... de la muerte?

—¡De la vida! Estará a salvo mientras yo esté con usted. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

Sus risas y sus gestos contrastaban con sus palabras, porque reía excitadamente mientras hablaba.

—¡Rápido, Eminencia!

Lentamente, el Sabio obedeció. Ella empezó a debatirse en sus brazos.

—Preste atención. Sé que puede detectar a esos hombres del jardín. Esté listo para actuar si uno de ellos se mueve, pero pretenda estar interesado sólo por mí. Sonría... si puede. Esos hombres son Trisz-Asesinos. ¿Sabe lo que son los Asesinos?

Kor lo sabía. Formaban el cuerpo secreto ejecutor de los Trisz. Asintió y sonrió.

—Dentro de un instante —continuó la señora Soma desaladamente— debo volver y dejarle solo. En el momento en que yo esté a salvo tras la puerta, los Asesinos tienen órdenes de destruirle en el mismo punto donde está.

—¿Por qué me está diciendo todo esto?

Él mantenía la mente abierta, vigilando el menor movimiento de los seis. Todos seguían inmóviles, esperando.

—¿Por qué cree usted?

Por un momento una indescriptible sensación de vértigo se apoderó de Kor. La rechazó.

—No puedo creer que tenga una razón personal, señora Soma.

Ella sonreía al mirarle a los ojos. Los suyos estaban oscurecidos por el tumulto de sus pensamientos.

—Quizá; quizá no. Debo decirle que... soy una mujer del Pueblo. Mi padre es el señor de esta región. ¿No tenemos también una obligación para con el Pueblo tan grande como la asumida por los Hombres?

Kor estaba confuso. ¿Qué es lo que ella sabía de los deberes de los Hombres para con el Pueblo?

Ella dijo:

—El eminentísimo Ten Rogan fue nuestro amigo. Llegamos a saber cosas, mi padre y yo, que no podemos comunicar ni siquiera a su Eminencia... sabemos cosas de los Hombres que ni el Pueblo ni los Trisz saben. ¿Es eso bastante? ¿Tengo que decirle además que no sólo está en juego su propia vida, sino la de mi padre también?

Hizo una pausa para controlar la pasión que crecía en su voz.

—Se lo diré rápidamente. No debo demorarme mucho. Su Eminencia me considera sólo hija de mi padre. También soy, en la ciudad, una espía. Trabajo con los que cuidan del Extrapolador de los Trisz. Mi padre no lo sabe, desde luego. Se opondría si lo supiera. Pero él mismo está llevando a cabo un juego peligroso. Es un aliado de los Hombres. ¡Colabora para expulsar a los Trisz de nuestro mundo!

El Sabio escuchaba atentamente y analizaba las palabras que salían de sus labios. La semántica era limpia y apropiada; no descubrió ni el más ligero matiz de falsedad.

—Siga —dijo, sereno.

—Mi padre celebró, recientemente, un pacto de hermandad con el señor de Set-loo. Antes había habido entre ellos algunas discordias feudales; los conatos de luchas entre los dos ejércitos eran cosa corriente. El señor Set-loo tuvo con él algunos malos entendidos sobré ciertos asuntos, pero allanó con él esos obstáculos. Los Trisz estaban en el fondo de la discordia, desde luego. Es un secreto a voces que los Trisz alientan las malas relaciones entre los diversos distritos. Mi padre hizo el pacto con el señor Set-loo en secreto, pero los Trisz lo descubrieron. Los Trisz castigan ese delito con la muerte. La de su Eminencia constituirá la señal para arrestar a mi padre. Será ejecutado públicamente por haberos asesinado.

—No comprendo nada de lo que dice.

—No puedo explicarlo con más claridad. No hay tiempo. Donde sirvo a los Trisz no conocen mi forma de pensar. Para hacer esta tarea me eligieron a mí teniendo solo en cuenta mi otro yo; tenía que traeros a la línea de tiro de los Asesinos. Tuve que dejar que me escogieran, ¿lo comprende?, porque sólo yo podía advertiros.

Se alejó de él.

—Y ahora ha llegado el momento. Debo volver y recoger mi chal.

—¡Espere! —Kor la agarró por el hombro y la hizo girar hasta quedar cara a cara con ella—. ¿Se marchará usted así sabiendo que de un momento a otro seré transformado en una corteza de pan carbonizada?

Ella sonrió con un perfecto dominio de sí misma.

—No le pasará eso a su Eminencia. Ya le dije que sabía algunas cosas de los Hombres. Puede salvarse a sí mismo. Le he dado la oportunidad. Adiós, Kor.

—¡Espere!

Ella dudó, indecisa. Kor le dijo precipitadamente:

—Si le piden que me identifique... jure que nunca me vio antes. Diga que esta noche estuvo hablando con un impostor. ¿Comprendes?

Ella asintió asombrada, después corrió hacia la puerta.

Y Kor entró en acción. El suave balanceo de las palmeras se heló hasta convertirse en pétalos de escarcha. Cesó todo ruido. El aire, a su alrededor, se volvió sólido. El universo se detuvo.

Lo que debía hacer a continuación le vino como un estallido del razonamiento. En forma completamente deliberada palpó con su mente las seis figuras inmóviles del jardín. Había uno que tenía poco más o menos su estatura.

El tiempo, estático, en realidad la aceleración de la consciencia del tiempo en la mente del Sabio, trajo consigo el poner en marcha su peculiar conjunto de condiciones en juego. Kor empezó a Vivir a una velocidad de vibración

molecular extremadamente alta. Cada molécula de su cuerpo vibraba a ritmo tan veloz, que su cuerpo no guardaba relación desde ese instante, con la materia normal, sino que estaba más allá de ella. Si se mantenía en ese estado el tiempo suficiente para hacer reaccionar el ojo de un observador, daría la sensación de desaparecer completamente. Lo que él tenía que realizar tenía que hacerlo en una fracción de segundo para qué no pareciera desvanecerse en la nada ante los ojos de los vigilantes Asesinos.

El cuerpo de Kor vibraba a una velocidad de tiempo acelerada enormemente, y su mente con él, pero el aire que lo rodeaba no quedaba afectado. Éste lo encerraba como si fuera una camisa de fuerza hasta el momento en que expandió la influencia del tiempo estático para que abarcara un espacio a su alrededor. Después avistó una senda que conducía al Asesino elegido por su tamaño; y proyectó frente a él un pasadizo de moléculas de aire aceleradas.

El Asesino yacía en la tierra, inmóvil, bizqueando al aire a lo largo del cañón de la repugnante arma de energía. *Ya*, pensó Kor, tiene apretado el dedo en el gatillo.

El cuerpo del Asesino parecía tan duro como una roca. Kor no habría podido moverlo si lo hubiera intentado. La materia de que ahora se componía el Sabio no podía producir ningún efecto sobre la estructura abandonada. A no ser por la mente super-sensible, Kor habría sido ciego en este universo oscuro y mudo.

Mentalmente ajustó la influencia del tiempo estático para hacer entrar en él al Asesino, para que los dos vibraran a la misma velocidad. Después le dio un fuerte puntapié en la mandíbula antes de que pudiera moverse. El Asesino gruñó y se desplomó.

Rápidamente, Kor se quitó sus vestiduras escarlatas y las cambió con la ropa del inconsciente Asesino. Hecho eso, se echó el sujeto a la espalda y volvió con él corriendo a la terraza. Lo colocó en el punto exacto que el Sabio había antes ocupado. Hizo que el Asesino recuperara los sentidos y retiró la influencia del tiempo estático.

El Asesino se quedó como una estatua con las rígidas vestiduras del Sabio. Kor retrocedió corriendo al puesto, recogió el arma abandonada y volvió la vibración del tiempo a la normalidad.

El Asesino estaba allí, dónde Kor Danay le había dejado. Ya había empezado a elevar el brazo; en el siguiente instante estaría gritando. Fue entonces cuando la espalda de la señora Soma desapareció de la vista al mezclarse en el remolino de los que bailaban en la sala.

La fracción de segundos había pasado. Nadie podía haber visto la substitución. Cinco lanzas de fuego rayaron la oscuridad y, un momento después, la sexta, al poner en juego el Sabio el arma capturada. La figura gesticulante de la terraza se retorció en la llama, como de un relámpago, y se desvaneció tras la balaustrada cubierta de flores. El espantoso ruido de las armas de energía habían tartamudeado en el silencio.

«Muy bien», pensó Kor preocupado. «Veamos qué es lo que viene ahora».

Corrió tras los ruidos de las presurosas pisadas de los Asesinos. Casi chocó con el grupo cuando éste alcanzaba la primera hilera de casas. Uno, que parecía ser el jefe, estaba hablando a los demás; se detuvo al llegar Kor corriendo.

—¡Ah, estás ahí, Aln! Llegas tarde. Escuchad esto: nos dispersaremos aquí para entrar en la ciudad desde diferentes direcciones. Así evitaremos sospechas. Todos sabéis por qué no podemos ser relacionados con este asunto. Y ahora, ¡vámonos!

Los asesinos salieron flechados en todas direcciones. El Sabio se demoró un momento, después empezó a andar lentamente, con el arma oculta bajo la áspera y parda capa del difunto Aln.

Se imaginaba la conmoción en el palacio del señor Roen Gol. Al acordarse de la señora Soma lo envolvió un calorcillo. Esperaba que ella no creería que los restos humeantes, yacentes en la terraza de su padre, fueran los de Kor Danay. Hizo una pausa y dejó que su mente volviera, como un relámpago, para tocar el cadáver. Un revoloteo de electrones se proyectó de la mente del Sabio, un diluvio de estrellas brillantes que giraban a su alrededor como un enjambre que quisiera cubrirlo. Su mente estaba en el cuerpo del hombre muerto, escogiendo, clasificando, fotografiando la estructura de su materia hasta el último elemento. Él necesitaría el modelo para completar el plan que se le había ocurrido.

Kor sabía lo que tenía que hacer si quería volver a la Logia. Y debía volver si es que deseaba llegar hasta el fondo del asunto. Pero aquella no era la única razón, sin embargo; parte de ella estaba en un par de chispeantes ojos verde-mar, y en unos ardorosos y suaves brazos.

Recorrió los alrededores, con su mente expansiva, buscando una vivienda solitaria. Era tarde. La ciudad dormía en el pálido resplandor de la luna. Ésta cabalgaba sobre la ciudad como una gigantesca cara marcada de viruelas, amorfa y fría.

En algún sitio tenía que haber una casa abandonada. La sintió a distancia; reconoció sus alrededores. No había por allí ni un alma viviente. La casa estaba desamueblada y vacía.

Escogió un lugar de la habitación central. Su mente se fijó en un conjunto de electrones del suave plástico del suelo. El Sabio hizo el cambio sin una pausa en su marcha, e hizo alto en el centro del desierto cuarto de estar. Se puso en cuclillas sobre el duro suelo. En el dorso de su mente los electrones giraban, y se unían, llevados por una rápida corriente; se cernían en el aire sobre él como motas de luz que danzaban igual que mariposas sobre la hierba. Girando, revoloteando, abatiéndose, daban vueltas a su alrededor. Y la estancia quedó iluminada con un resplandor misterioso. Los ojos de Kor estaban abiertos, sus manos extendidas hacia abajo, y entre ellas pasaba su mirada para quedar fija en el suelo. Hacia este punto convergía el remolino de motas luminosas. Algo iba surgiendo allí... algo iba tomando forma del

enjambre parpadeante que bajaba en espirales para desvanecerse en un bulto creciente y sombrío.

Necesitó quizás un minuto. Cuando concluyó, un facsímil del cadáver hinchado como una ampolla, que yacía sobre la terraza del señor Roen Gol, adornaba frente a él el suelo de plástico.

X

BAJO ARRESTO

De nuevo a salvo en sus propias habitaciones, Kor Danay destruyó meticulosamente las vestiduras del Trisziano que había llevado, deshaciendo su estructura molécula por molécula. Hecho esto, se bañó, en escasa cantidad de agua, y una vez más vistió las prendas escarlatas. Después llamó a un acólito al que dio órdenes de que buscara al Hermano Set.

—Sin duda —le dijo al Profesor tan pronto éste entró en el despacho— está usted sorprendido de verme aún vivo, Hermano Set.

«Si no sorprendido, al menos decepcionado... apenado... ¿cuál es la palabra adecuada?», pensó.

—Desconcertado, es probablemente la que busca, Eminencia, pero a duras penas es la apropiada. No sé si debo indicarle otra mejor.

El Sabio miró belicosamente al Profesor.

—Hermano Set, debemos dar fin a esta situación. Por dos veces, durante mi viaje desde el Instituto, envió usted a elementos para que me atacasen con la intención de quitarme la vida...

—¡Señor! —vibró escandalizada la voz del Hermano Set.

—No conduce a nada pretender ignorancia. Extraje su imagen de la mente del criminal que envió cuando fracasó el primer par de Asesinos.

El Hermano Set se echó a reír.

—Pensé que quizá lo había hecho. Desde el primer momento observé en su Señoría ganas de pelea. Debe perdonarme aquel desliz, Eminencia. No tuve mucho tiempo disponible después que los Asesinos volvieron con el cuento de su fracaso. Me vi obligado a actuar con rapidez, de manera que me puse en contacto con aquel elemento personalmente.

—¿No lo niega usted?

—¿Esperaba que lo hiciera? ¡Vamos, Eminencia! Yo he intentado matarlo, pero, ¿qué importancia puede tener eso entre amigos... *cuando los dos sabemos que a un Sabio es prácticamente imposible darle muerte por esos métodos*?

Los ojos de Kor se achicaron.

—Entonces, lo sabe, ¿no es verdad? Pues está equivocado; los Hombres

pueden ser asesinados. Esta noche, por ejemplo, he corrido un grave riesgo. El que yo haya podido escapar no viene al caso. Usted sabe que el Juramento no me permite atentar contra un ser humano, a no ser que mi propia vida esté en peligro. Me parece que es usted el mayor peligro con el que me encuentro en este instante, Hermano Set.

—Máteme, entonces —se apresuró a decir el Hermano Azul con toda candidez—, si cree que eso lo librará del peligro. —Se sonrió con aquella sonrisa de santidad—. Después de todo, Eminencia, lo que he hecho ha sido simplemente cumplir con las órdenes de las autoridades civiles superiores, quienes a su vez las han recibido directamente de los Trisz. Una parte de mi obligación es obedecer a los Trisz y cumplir las órdenes de las autoridades. Usted ha prestado un Juramento; yo, el mío.

Kor torció el gesto.

—Si sabe usted que sus planes para matarme están condenados al fracaso, ¿por qué insiste?

El Hermano Set se encogió de hombros.

—Me es completamente indiferente ese aspecto de la cuestión, Eminencia. Como ya le he dicho yo actúo simplemente en virtud de órdenes recibidas. Esas órdenes implican su muerte... y mi deber es suponer que puedo morir al tratar de cumplirlas.

—Entonces, ¿tiene usted otros planes?

—Yo no. Debe comprender, Eminencia, que la situación es insostenible para usted. Le es imposible seguir viviendo. Los Trisz han decretado su muerte... y así acabará el asunto.

—¿Cómo mataron los Trisz al eminentísimo Ten Rogan?

El Hermano Azul volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé.

—¿Y qué tiene que ver el señor Roen Gol con todo esto?

—Sería acusado de asesinato y ejecutado públicamente. Su Señoría ha dado en jugar a los traidores, y los Trisz tienen predilección por que se cumplan sus propias órdenes.

—Si mi muerte iba a servir de excusa para el legal asesinato del señor Roen Gol, ¿para qué los dos primeros atentados que sufrí en mi viaje hacia aquí?

El Hermano Set bostezó con toda elegancia tapándose la boca con la mano.

—No puedo contestar a todas sus preguntas. Después de todo yo no soy un Sabio. Sólo soy un Hermano de la Orden que pretende cumplir con su deber.

Kor dijo, astutamente:

—Le habría gustado ser un Sabio, ¿no?

—¿Fui acaso elegido? Sirvo bastante bien en mi puesto.

—Sí, es verdad. No he podido encontrar falta alguna en su actuación. Sólo me pregunto ahora cuánto de lo que usted sabe sobre los Hombres ha sido ya comunicado a los Trisz.

El Hermano Set replicó:

—¿Es ésa la recompensa por mi discreción? No les he dicho nada. Supóngase que ellos sospecharan la mitad de lo que, como dice su Eminencia, parece que sé, ¿qué pasaría?

—Quizá lo sepan.

—Lo más probable es que no, porque si fuera así destruirían hasta el último Hombre.

—Entonces, ¿por qué quieren quitarme la vida?

—¿Ha oído hablar del Extrapolador?

El Sabio permaneció en silencio, mirándolo impávido.

—Supongo que sí —siguió el Hermano Azul imperturbable—. La máquina predijo su llegada como un peligro para los Trisz. Usted lo sabe.

Kor no se dignó contestar.

—La máquina ha hecho otra profecía.

El Sabio saltó:

—¿Sí?

—¡Ajá! ¡Me lo esperaba! —El Hermano Set se hizo otra vez suave y angélico—. Le gustaría saber qué es lo que ha dicha la máquina, ¿no es cierto?

Kor Danay se enderezó lleno de altivez.

—Eso no influye para nada. Si quiero puedo arrancarle esa información.

—Lo creo, Eminencia. Todo aquel que sea capaz de estar en un instante friéndose en las llamaradas de seis armas de energía y en el siguiente encontrarse corriendo por las calles con los Asesinos...

—¿Qué es lo que sabe usted?

—No todo. He escuchado decir que un Aln se ha perdido. Y, después, que era de su estatura poco más o menos. Alguien recordó que Aln se les unió después del jaleo, pero no se le ha vuelto a ver desde entonces. Supongo que fue su Eminencia quien se unió a los asesinos después de la caza.

—Fui yo —dijo Kor, pensativo; luego hizo una pausa—. Hermano Set, le he creído cuando me ha dicho que los Trisz intentan matarme. Debe de haber una forma para vencerles. Usted puede estar conmigo o contra mí.

—Tal como le sugerí, Eminencia, puede matarme y soslayar la cuestión.

El Sabio miró al Hermano Set de forma extraña. —Estoy seguro de que no le importaría si yo lo hiciera, pero un Hombre no puede matar a capricho. Si usted me atacase, podría hacerlo y no quebrantaría mi Juramento. Sin embargo me gustaría contar con usted, Hermano Set.

—Yo yo preferiría no estar ni a favor ni en contra de su Eminencia. Lo que más deseo es seguir viviendo.

—¿Qué quiere decir?

—Mi propio bienestar depende de mis Amos, que son los Trisz. ¿Puedo servir a su Eminencia también sin estar en peligro? —Se encogió de hombros desdeñosamente—. Estoy seguro de que su Eminencia es más compasivo que ellos. De todas formas, y por lo que a mí concierne, su Eminencia está ya muerto. No ganaría nada con servirle. Pero debo decirle una cosa.

—¿Y es...?

—La predicción del Extrapolador.

—Tengo entendido que ha profetizado mi muerte.

—Sí, así es. Pero algunos están perplejos por los términos en que la profecía ha sido registrada.

—¿Está expresada vagamente?

—Se la diré. —El Hermano Azul cerró los ojos esforzándose en recordar —. Era así: *El Sabio morirá inmuerto; las ollas y las cazuelas partirán en cambio*. ¿Tiene algún sentido para su Eminencia?

—¡Es un revoltijo de contradicciones! ¿Qué es eso de morir «inmuerto»? ¿En dónde encajan las ollas y las cazuelas?

—Eso es justamente lo que se preguntan los Trisz, Eminencia. Sin embargo, muchas veces las predicciones de la máquina no parecen que pueden soportar el análisis del sentido común... hasta que los hechos ya han sucedido.

—Espero que no podrán aclarar el sentido —interrumpió Kor.

—Espera en vano, Eminencia. Los Trisz han extraído con toda claridad el significado de esta especie de copla de ciego. Ellos lo interpretan de esta forma... —El Hermano Azul hizo una pausa, escuchó delicadamente y sonrió —. Si no me equivoco, Eminentísimo Kor... no, no estoy equivocado... los soldados de los Trisz están aquí. ¡Sería inútil decirle más!

No hubo oportunidad de escapar. Los soldados irrumpieron en la habitación apuntando con sus armas. Hubo un alboroto de pisadas y de órdenes lanzadas como ladridos. Rodearon a Kor.

—¡Queda arrestado Su Eminencia! —gritó el oficial.

Kor protestó:

—¡Me acojo al santuario de la Logia! Usted no puede arrestarme aquí.

El oficial divisó, al momento, el arma que Kor Danay había dejado encima de la mesa. La cogió sonriendo con una mueca.

—Una arma de energía es contrabando, excepto para la guardia legal de los Trisz. La posesión de ella anula el recurso del santuario. ¿Vendrá con nosotros sin ofrecer resistencia?

Kor se encogió de hombros.

—Muy bien. ¡Quiten de en medio sus armas!

El Hermano Set sonrió con beatífico placer cuando se llevaron al Sabio.

La habitación en la que pusieron a Kor Danay estaba en lo alto de la torre del Centro Administrativo. Medía a duras penas tres pasos de ancho por cuatro de largo, y no tenía ni el mueble más insignificante que aliviara la monotonía del suave e incoloro plástico. Una luz mortecina situada por encima de la cabeza dejaba la habitación sumergida en una pálida luz de pecera.

Tan pronto como la puerta se cerró tras él, la actitud sumisa del Sabio se desvaneció. Precipitóse primero a una pared y luego a otra, colocando las palmas de sus manos contra el liso y frío plástico. Abrió su mente sólo lo

sucinto para penetrar la pared. Los electrones giraban en su consciencia, revoloteando como fluctuantes motas luminiscentes. Kor escudriñó la corriente, estudiándola con sumo detenimiento, analizando, clasificando, registrando.

Encontró el arma de energía tras la pared posterior, sin dificultad. Se accionaba a distancia y estaba colocada de forma que pudiera rociar la habitación con un ancho como de radiación letal. Puso su mente en el interior del arma y localizó el fusible que normalmente prevenía la sobrecarga del circuito, ocasionando el correspondiente culatazo al que la manejase. Cuidadosamente lo fundió para dejar el arma inservible.

Con igual facilidad, Kor localizó el visor que lo vigilaba. Estaba oculto en el filamento de la lámpara que ardía pobremente. Estaba complementado con un microscópico fonocaptor de sonidos. Cerró su mente, se arropó en su capa escarlata, se echó en el duro suelo y se quedó dormido muy pronto.

Debía de ser por la mañana cuando se despertó el Sabio. En esta habitación, sin ventanas, no podría decirse si era de noche o de día, pero él se había ajustado mentalmente para seis horas de sueño, de manera que ahora debía ser de día. La débil luz ardía aún sobre su cabeza, y, al otro extremo del fonocaptor-visual, los Triszianos, sin duda, seguían vigilando.

Kor llevó a cabo el ceremonial de los Ejercicios de la Logia, recitó los Recuerdos de la mañana, y después se acomodó para esperar la amabilidad de los Trisz. Cuando le llevaron alimento, acompañó hasta la puerta a quien se lo había traído.

—No sólo de pan vive el hombre —dijo—. Váyase... yo tengo otras cosas que digerir.

Con todo cuidado ajustó su metabolismo para compensar la falta de sustento, y continuó esperando.

Poco después, el mecanismo de cierre de la puerta zumbó de nuevo. El guardián introdujo a una desaliñada mujer de mediana edad. Después, dando un portazo que recordó el tañido de una campana, cerró la puerta tras ella.

—¿Es usted Kor el Hombre? —preguntó ella.

El Sabio la miró atentamente. Sus mejillas arrugadas caían flojas y sus ojos, de tan hinchados, eran sólo dos rajas. Llevaba un pañuelo negro a la cabeza. La ropa azafranada de los Triszianos la envolvía.

Ella repitió la pregunta mirándole con fijeza:

—¿Es usted Kor el Hombre?

Kor Danay estaba receloso, pero no dudó. Sonrió y se inclinó cortésmente.

—Yo soy el Hombre Kor —contestó.

—¡Usted no es el Hombre con el que me encontré en la casa de Roen Gol!

La mente de Kor se introdujo ton gran cautela en el bulbo de la mortecina lámpara. Condujo la mirada de la mujer con la suya propia para que localizara el fonocaptor-visual. Los electrones giraban en su mente. Hizo un recuento, escogió a dos, los hizo girar un cuarto de círculo, y dio la acometida. Arriba un electrón empujaba suavemente a otro. Un tercero salió de su órbita. El

ingenio vigilante de los Trisz quedó muerto.

Kor tocó el brazo de la mujer. Instantáneamente sintió la sobretensión en cada átomo de su cuerpo cuando el tiempo-estático lo invadió. Liberó el aire rígido que los rodeaba y dio un paso atrás sonriendo.

—Puede desprenderse de su disfraz, señora Soma.

XI

LA SENTENCIA

La visitante quedó sorprendida ante la indicación del Sabio. Llena de incertidumbre, lo miró y echó una mirada alrededor de la habitación.

Kor le dijo:

—No nos pueden ver, de manera que si quiere puede desprenderse de su disfraz. Lo he previsto todo. Lo único que debe hacer es no moverse de donde está.

La tenue luz del techo brillaba aún; sus vibraciones habían sido alteradas para permitir la visibilidad en la zona del tiempo-estático.

Ella, de pronto, sonrió y dio un suspiro. El relleno cayó de sus ojos. Las mejillas volvieron a ser firmes y jóvenes. Enderezó los hombros. Sus ojos verdemar chispearon. Kor la miraba, anhelante.

—¿Cómo supo que era yo? —preguntó Soma.

—Reconocí la técnica de su disfraz —dijo él—. El Eminentísimo Ten Rogan debe habérsela enseñado.

—Sí, fue él. Sé que es un cambio elemental, pero es lo mejor que pudo hacer. El Eminentísimo Ten decía que los Hombres si quieren pueden cambiar enteramente la estructura de su cuerpo, pero nunca lo demostró.

—Es verdad. Un Hombre tiene pleno dominio sobre las moléculas que componen la masa de su cuerpo.

Soma se volvió enteramente práctica.

—Kor, he venido aquí por una razón... hacer lo que me pidió la última noche; convencer a los Trisz de que no es usted el hombre que asistió a la recepción de mi padre. Se imaginan que he venido a identificarle. Pedí que me dejaran venir.

—Me supuse todo eso al escuchar sus palabras. Sin embargo, me alegro de que haya venido. Hay algunas cosas que espero saber por usted. ¿Fue arrestado su padre la última noche?

—No. Lo teníamos todo previsto. Algunos caballos veloces estaban preparados. Se escapó adentrándose en el desierto para unirse a la Organización.

—¿Qué Organización?

—No puedo decirlo, ni siquiera a usted, Kor. Algún día encontrará la Organización por sí mismo... si vive. No puedo confiar ese conocimiento a usted... aún. Si puede eludir la situación actual...

Él desechó el pensamiento.

—Hábleme de usted. Me dijo que trabajaba con el personal del Extrapolador. Eso puede ser interesante.

Ella asintió vigorosamente.

—Llevo algo así como una doble vida. Cuando no soy la señora Soma, soy Tasa Lanor, y ordeno las fichas perforadas en los archivos del Extrapolador. Como Tasa Lanor me presenté para encontrarme con usted en la recepción; debe de haber notado que siempre mantenía oculto mi rostro a los Asesinos.

—Sí, recuerdo que lo hacía. Muy bien. ¿Qué puede contarme del Extrapolador? He oído decir que es una máquina que predice el futuro.

—¡Máquina! —la señora Soma rió breves momentos—. ¡Es un monstruo! ¡Un cerebro! Ocupa todo un edificio. Cuatrocientos ocho pisos están destinados para el mecanismo, de ellos doscientos bajo tierra. Cerca de mil pisos se han levantado para atender a las cuestiones técnicas, administrativas, para los grupos de correlación y de registros, para los bancos de memoria; la sección de historia, la de tráfico, y una veintena más de secciones.

—El ingenio resulta ser de bastante complejidad para el solo fin de mantener sujeto al Pueblo, ¿no es cierto?

—Usted quiere decir... ¡Oh!, la predicción de tumultos, de alzamientos y de conspiraciones, no es todo lo que hace la máquina. Es una calculadora de la más alta categoría, que puede además pensar por sí misma. Y lo hace, en realidad. No podría enumerarle todas las cosas que efectúa además de predecir el futuro. Y, desde luego, no es para el solo uso de los Trisz. Pertenece a todo el Pueblo. Todo aquel que desee saber algo de su futuro tiene el privilegio de interrogar al Extrapolador. Muchos lo hacen. Es una de las... benevolencias de los Trisz.

—Me supongo que la máquina descubrió las actividades de su padre con el señor de Set-loo.

Ella asintió seriamente.

—Sí. Cuando las luchas fronterizas entre las tropas de mi padre y las de Set-loo cesaron, la información, con algunas otras cuestiones, fue sometida a la máquina. Las autoridades civiles quedaron sorprendidas por la respuesta y la llevaron ante los Trisz. Los Trisz ordenaron que mi padre fuera eliminado al mismo tiempo que usted.

—Soy un novato ante las reacciones de este mundo —musitó Kor—. No puedo comprender por qué los Trisz no actúan en la forma que más les guste. ¿Por qué no se enfrentan con el enemigo sobre el terreno?

—A los Trisz les gusta aparentar benevolencia. Hay una especie de autogobierno para el Pueblo. El Pueblo se controla más fácilmente si no se da cuenta de que los Trisz son en realidad los amos. Tenemos todavía nuestros tribunales de justicia, que están aún sin corromper, pero que solamente juzgan

los delitos del Pueblo. Cuando el delito es de traición los mismos Trisz son los que actúan de juez y de jurado, y el juicio es llevado en secreto El arresto tiene que fundarse en una excusa... aunque tenga que ser inventada por los Trisz, como el arma de energía que dicen haber encontrado en sus habitaciones.

—De eso tuve yo la culpa —explicó Kor—. La tenía en mi poder. Es parte de la historia que he pensado decir en mi juicio.

Los hombros de ella se relajaron.

—¿Sabe que le acusan de asesinato?

—Esperaba que lo hicieran. Tengo preparada mi defensa.

—No le servirá de nada. La posesión del arma destruye cualquier excusa. El que la posea ilegalmente, debe morir.

—Entonces, ¿no me hará ningún bien alegar ser inocente del asesinato de aquel sujeto en la terraza de su padre?

—Ni del otro cuyo cuerpo se descubrió en una casa deshabitada. ¿Mató a alguno de los dos? Yo... no creo que lo haya hecho.

Ella no podía suponer que el segundo cuerpo al que se refería era sólo un duplicado del primero. Mientras que los Trisz no lo sospecharan, él se sentía lo bastante optimista como para creer que podía ganar la libertad. Extrapolar el problema no le habría servido de nada. No podría haber extraído nada que lo reanimara. Sólo podía confiar.

—Soma, a pesar de todo cuanto pueda oír en el futuro, espero que continuará creyendo en mi inocencia, porque esa es la verdad. Por otro lado, pienso confesar ser autor de los dos asesinatos.

La expresión de la cara ella cambió.

—No pongo en duda la sabiduría de su proceder, Eminentísimo Kor. Del Eminentísimo Ten y de la Organización he aprendido a confiar ciegamente en los Hombres.

Él intentó sacarle algunas respuestas sobre la Organización, pero Soma sacudió la cabeza sonriendo firmemente.

—Tengo también mi Juramento, Kor. Quizá, si los Trisz...

—¿Dejan que yo viva?

—Yo iba a decir que si los Trisz hubiesen interpretado mal las últimas informaciones sobre usted.

El Sabio citó el rompecabezas.

—¿Qué significa «morir inmuerto»? ¿Me lo puede decir?

—Los Trisz creen que saben lo que significa. Ellos lo toman tanto literal como metafóricamente. La opinión es que usted morirá. Ellos interpretan la palabra «inmuerto» de la máquina, como descomposición y consiguen así una serie de variadas y complejas interpretaciones mediante las cuales han hecho una serie de intentos para sacar conclusiones. Estar muerto significa no vivir más. Inmuerto no es lo opuesto de muerto, sino una condición de la muerte. Lo que queda de una persona que sufre la muerte es un cuerpo muerto. Una persona que muere y que no deja resto alguno está igualmente muerta, pero no

queda un residuo «muerto». ¿Comprende el significado?

—Ellos esperaban concentrar los disparos de seis armas de energía para reducirme a átomos —dijo Kor—. No quedaría ningún cuerpo. Pero aquello no sucedió así —si no tenemos en cuenta la identidad del cuerpo—: El cadáver cayó tras la balaustrada de piedra y quedó así a cubierto del fuego.

—Sí. Por eso los Trisz supieron inmediatamente que usted había escapado, si es que en realidad había estado allí. Lo acaecido como ve, no coincide con la predicción. Ellos tenían las tropas listas para cercar la Logia y arrestarle, porque sabían que si escapaba iría allí inmediatamente... tal como lo hizo.

—Creo que puedo adivinar mi destino. —Sonrió con una mueca—. Se me condenará a servir de alimento a los transformadores atómicos de la sección de energía de la ciudad. Ésa es una forma de ejecución para los criminales condenados a muerte, ¿no es así?

Ella asintió mientras lo miraba. Él observó cuán oscuros parecían ser sus ojos.

—Bien, ¿y qué me dice sobre las ollas y las cazuelas? ¿Es sólo un guirigay?

Ella sacudió la cabeza.

—La máquina nunca dice tonterías, pero frecuentemente habla metáforas. «Las ollas y las cazuelas» significan los problemas civiles que esperan atajar por medio de su acción. La imagen de las ollas y las cazuelas que parten puede también significar la huida de mi padre al desierto; una predicción que, como puede ver, no fue interpretada nunca correctamente, hasta que mi padre marchó.

Una corriente de electrones relampagueantes atravesó la consciencia del Sabio. El tiempo-límite que él había ajustado expiraba.

Habló casi con alegría:

—¡El tiempo se fue! Recuerde. Usted vino aquí para ver si soy yo el Hombre que estuvo en la recepción de su padre.

—Tengo que hacer una declaración inmediatamente después de haberlo visto.

—Ya la ha hecho. Nos espía un ingenioso fonocaptor-visual oculto en el filamento de esa lámpara de arriba. Recogió las primeras palabras que dijo al entrar.

La cara de Soma se puso pálida.

—¿Quiere decir que han estado escuchando?

—Sólo las primeras palabras. ¿Cuánto tiempo cree que hemos estado charlando?

—¿Cinco minutos... diez? ¡Oh, no, debe ser mucho más!

—Mucho menos que la milésima parte de un segundo —le dijo a Soma, divertido—. En otra milésima de segundo el aparato-espía volverá a entrar automáticamente en acción. Ahora mismo estamos fuera del tiempo normal. Antes de que volvamos, recomponga su disfraz y, cuando yo le hable, continué tal como empezó al entrar. Estaremos de nuevo bajo observación.

Los electrones giraron en una loca danza de notas centelleantes. Kor escudriñó, identificó, y forzó suavemente a los electrones para que volvieran a su sitio.

—Tengo la seguridad de no haberla visto nunca antes, señora —dijo respetuosamente.

La mujer, Tasa Lanor, se encogió de hombros mirándole de arriba abajo.

—Y yo la de no equivocarme.

Tres días después de su arresto, se le notificó a Kor Danay que había llegado el momento del juicio. El oficial Trisziano que llegó a su celda tenía un semblante severo al leer los cargos para conocimiento del prisionero. El Sabio escuchó en silencio y permitió que le condujeran ante los Trisz.

Sólo, se enfrentó con su juez y acusador, en una habitación pequeña, no mayor que aquella de la que le habían sacado, pero ésta tenía un nicho en una pared donde el Trisz, con forma de huso, vibraba con un apagado carmesí, silencioso e inescrutable.

Las cámaras de televisión habían seguido a Kor, habían convergido en sus espaldas al entrar en el tribunal de los Trisz. Él sabía que ahora un locutor estaba en la pantalla resumiendo la versión del caso, bajo el punto de vista de los Trisz, para conocimiento de los espectadores. Nadie podría saber lo que pasaría en la habitación; nadie sabría la historia que diría Kor Danay, salvo los Trisz.

Se dio ánimos a sí mismo para luchar contra una situación tan desesperada. La delgada y aguda «voz» mental del Trisz cruzó la consciencia del Sabio.

—Hombre, ya has oído los cargos que hay contra ti. Tus propios semejantes te acusan de disidente, de sedición y de traicionar a los Trisz. Además estás acusado del asesinato de un tal Aln Darlon, uno del Pueblo, y de otra persona desconocida. Se te acusa también de haber sido encontrada en tu poder un arma de energía, un delito capital por sí solo. Si tienes algo que decir antes de que se dicte la sentencia, debes gesticular para el correspondiente registro.

De hinojos, sobre una rodilla, Kor replicó mediante signos:

—Soy inocente de los cargos que se me hacen, ¡oh poderoso Trisz!, salvo de que tenía en mi posesión el arma. He aquí mi defensa:

«Recibí una invitación del señor Roen Gol, que puede certificar la verdad de mi declaración, para asistir a una recepción en mi honor. Es ésta una de las cosas establecidas por la costumbre, tal como el poderoso Trisz debe saber. Desechando la idea de recorrer en vehículo la corta distancia que me separaba de la residencia de Su Señoría, decidí hacerlo a pie...

Kor explicó lo sucedido claramente, sin la menor vacilación. Había recorrido, dijo, casi la mitad de la distancia que le separaba de su meta, cuando fue agredido por dos hombres que pudieron con él y que lo condujeron a una casa desierta. Allí, dijo, uno de sus secuestradores le quitó

las ropas y se fue, dejando a su compañero para que lo guardara.

—Por lo que hablaron —explicó Kor—, deduje que estos dos hombres iban a utilizar este medio para poder entrar en el edificio y secuestrar a la hija de Su Señoría, para conseguir un rescate del padre.

Con toda firmeza, el Sabio relató la lucha que sostuvo, hasta dominarlo, contra el guardián. El arma se disparó durante ella y éste murió.

«Por ahora, va bien», pensó Kor. Los Trisz no habían querido admitir su perplejidad por la existencia del segundo cadáver. Ahora tenían una explicación, pero sólo serviría para confundirlos más aún.

Siguió explicando que se había apresurado a ir a la residencia del señor Roen Gol y que había visto a una mujer en la terraza luchando entre los brazos de un hombre vestido con los ropajes escarlatas de un Sabio... sin duda los suyos propios. Cuando estaba observándolos, la mujer pudo zafarse y volvió a entrar rápidamente en el interior de la casa.

«Mientras estaba allí, oh poderoso Trisz, sin saber qué hacer, una súbita lluvia de energía restalló cruzando el jardín y envolviendo al impostor en llamas. El arma que yo había tomado, estaba en disposición de tiro. El ruido de las otras me sobresaltó, e inconscientemente apreté el gatillo, disparándose el arma.

»Por todo esto me acojo a la benevolencia del poderoso Trisz y declaro que soy inocente de las acusaciones de asesinatos que pesan sobre mí. Uno de los hombres murió por su propia mano mientras yo luchaba con él en defensa propia, y el otro fue asesinado por quienes eran, estaba claro, sus cómplices del secuestro, que se enfurecieron al ver cómo dejaba escapar a la hija del señor Roen.

»En cuanto a los cargos de disidencia, sedición y traición, soy inocente. Respecto a la posesión del arma me pongo a merced de los Trisz, quienes pueden leer en mi mente la forma en la que sucedieron, realmente, los hechos.»

—Hombre, se ve claro que lo que dices puede ser toda la verdad. Sin embargo, tú eres un inteligente simulador y sabes cómo enmascarar los pensamientos más profundos. Los Trisz desean rechazar los cargos de asesinatos, pero tu asociación con el señor Roen Gol, bien conocido como traidor, y la posesión del arma, te hace ser convicto de los demás cargos. Esos son delitos contra los Trisz, como el asesinato lo es contra el Pueblo. Los delitos contra los Trisz se castigan con la muerte.

Era lo que Kor esperaba; inclinó la cabeza.

—Oh, benevolente Trisz —gesticuló— tengo sólo una última petición que hacer.

—Habla, Hombre.

—Pido que mi cuerpo sea devuelto al Instituto para ser enterrado en aquella tierra sagrada.

El Trisz zumbó pensativamente.

—Eso es imposible, Hombre. La forma de proceder a la ejecución está

determinada por la conveniencia y la costumbre. Morirás instantáneamente y sin dolor mediante una completa disolución de tu cuerpo. No quedará nada para ser enterrado.

Kor paseaba por su celda, y su mente se mantenía ocupada con su problema. A pesar del veredicto de los Trisz, no sentía la inminencia de la disolución. Estaba en peligro, verdad, pero el futuro no parecía reservarle la muerte. Si era así, entonces la liberación estaba aún por llegar. Se aferró a esta idea y la sometió al proceso del tercer orden de su mente. Exhaló un suspiro y relajó los músculos. Desde luego. No había llegado el momento para que la necesidad le hiciera poder liberarse por sí mismo. Sólo tenía que esperar... esperar hasta las once.

Pasó apenas una hora antes de que el Sabio fuera sacado de la celda y empujado dentro de un ascensor que lo hundió rápidamente no sabía cuantos metros bajo la superficie de la tierra. Dos oficiales le acompañaban. Fueron recibidos, al llegar al fondo, por tres guardias con armas desintegradoras. Los cinco rodearon a Kor Danay y lo condujeron por un largo corredor, situado a un nivel más bajo aún, hasta llegar a una estación neumática de coches-tubo. Entraron en uno de los coches-tubo que estaba aguardando y que salió disparado para, en cosa de segundos, reducir la velocidad y detenerse.

Se apeó en medio de la iluminación cegadora que envolvía el corazón de la ciudad. Grandes máquinas estaban alineadas prolongándose en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Un bosque de columnas, enlazadas con vigas y arriostradas, sostenían el techo de esta caverna artificial. Por todas partes las máquinas que daban vida a la ciudad zumbaban, lanzaban chispas y emitían un fuerte olor a ozono.

Una veintena de guardias, uniformados y armados, estaban esperando. Los oficiales y guardias que le habían acompañado volvieron al coche-tubo. Kor anduvo por entre el laberinto de las máquinas hasta quedar ante un muro de plomo tachonado con registradores, círculos graduados, y con grandes puertas que parecían como los cierres de un cañón monstruoso. A lo largo de la pared, cadenas transportadoras sin fin, una para cada puerta, traqueteaban en los arranques y sacudidas. Al saltar hacia adelante la cadena más próxima, una gruesa puerta de plomo giró, abriéndose de pronto... la cadena traqueteó al entrar cargada de basura... la puerta se cerró. Un poco más allá se abrió otra, la cadena se puso en movimiento con una sacudida y un traqueteo. A todo lo largo de la interminable pared el proceso se repetía intermitentemente, las cadenas alimentaban los voraces transformadores atómicos que llenaban plenamente a las venas, arterias y al sistema nervioso de la gran ciudad con la vibrante energía de su vida artificial.

El Sabio notó que, cada vez que una puerta se abría, el registrador colocado sobre ella descendía hasta el cero. Cuando la puerta se cerraba, tras una carga de basura, la aguja daba un salto hacia arriba marcando hasta el último cuanta de energía liberada en su desintegración. Él sabía que cuando su propio cuerpo sirviera de pasto a esta máquina, enorme y poco amistosa,

aquella aguja saltaría también, registrando la cantidad de energía liberada por los átomos de su cuerpo. En algún lugar una máquina registradora tomaría nota de ella mediante un dispositivo de perforación sobre una cinta. Aquello sería lo que quedaría del Hombre Kor; una serie de agujero en una cinta de poca longitud.

No era, sin embargo, insensible a la importancia que habían dado a su ejecución. La noticia de su condena había sido ya difundida por radio, y todos los ojos de la ciudad estaban fijos en las pantallas de la televisión. Las cámaras de ésta miraban al Sabio silenciosamente desde una docena de ángulos distintos.

Kor se puso firme. Él era un Hombre. No había planeado nada; se sometería a lo que estuviera reservado para él. Si era necesario moriría como un Hombre. *Necesidad*. Volvió a escuchar la voz de Val Shan entonando monótonamente el Juramento, sagrado para los Sabios Escarlatas... *«Juro solemnemente que nunca usaré mis poderes contra ningún Trisz... aunque pierda la vida...»*

Muchos Hombres habían muerto antes por mandato de los Trisz. Desaparecer ahora, como Kor Danay desearía, sería traicionar a la Hermandad; peor aún, traicionar al mismísimo Pueblo al que la Hermandad de los Hombres estaba dedicada, y a la Tierra también.

Una de las cadenas sin fin había sido desconectada, pasando de automática a manual. Permanecía en reposo y lista. Desnudo hasta la cintura, el Sabio fue conducido hasta ella, echado sobre los fríos engarces y atado rápidamente. Kor miró hacia arriba, a la luz resplandeciente y a las mismas narices de una cámara de televisión que, sin la menor emoción lo miraba sin parpadear. Tras esa lente un millón de personas del Pueblo lo estaban mirando. Se imaginó la tensión que estarían sufriendo y sonrió.

Un oficial, de inmaculado uniforme, dio un paso en dirección al Sabio. Leyó enfáticamente un documento que había estado sellado y amarrado con cintas.

«Kor Danay, de la Hermandad de los Hombres, últimamente Hombre de la Parroquia de No-ka-si, ha sido sometido a juicio y considerado culpable de delitos contra los Trisz; a saber: disidencia, sedición, traición y posesión ilegal de arma. Por estas ofensas, la justicia de los Trisz lo condena a la pena de muerte, pero administrada con misericordia, sin dolor ni sufrimiento físico alguno, por medio de la desintegración en los transformadores atómicos. Se le permite pedir perdón a su Dios por sus crímenes antes de que la sentencia sea llevada a cabo.»

Kor alzó la cabeza.

—Ya estoy a bien con mi Dios —dijo serenamente.

El oficial dobló diestramente el papel y dio un paso atrás.

—¡Que su Dios se apiade de su alma, Eminentísimo Kor!

XII

«...OLLAS Y CAZUELAS PARTIRÁN...»

El oficial levantó una mano. Kor Danay dirigió la mirada a la enorme puerta de plomo. Lentamente, ésta empezó a abrirse dejando ver al interior reluciente. El oficial bajó el brazo.

La cadena transportadora dio un salto adelante. La espalda desnuda del Sabio se deslizó suavemente a lo largo del camino metálico. Su mente comenzó a trabajar con toda celeridad. En otro instante estaría dentro, y entonces sería demasiado tarde... *Estaba* dentro. La puerta giró para cerrarse. Demasiado tarde para... Se *cerró*. Estaba encerrado en una oscuridad de ataúd; atado a las silenciosas cadenas. Al siguiente instante, la desintegración a la que seguiría el salto y caída de la aguja registradora situada sobre la puerta. Esta última volvería a abrirse de nuevo ante una habitación vacía, lista para otra carga de basura...

Con los ojos de la mente, el Sabio pudo ver la dramática fijeza de las pantallas de televisión sobre el aparato de registro. Él tenía necesidad... ¡*Necesidad*! Kor se zambulló en el tiempo-estático y se expandió en exploración mental. Ya la corriente había comenzado a fluir por las hojas de plomo, tan gruesas como brazos, que alimentaban las gigantescas barras colectoras del transformador. Pudo sentir su indolente deslizamiento de átomo en átomo, de molécula en molécula...

Incluso en el tiempo-estático no tenía tiempo que perder. La velocidad de la corriente en el transformador era prácticamente instantánea en el tiempo normal. De nuevo la cantinela del Extrapolador pasó por su mente: *«El Sabio Escarlata morirá inmuerto, Ollas y cazuelas partirán en cambio.»* Un necio y danzarín estribillo. *Deseo. Necesidad. Resolución. Voluntad.* ¡*Ahora* era la Necesidad, *ahora* era el momento! En un relámpago todo lo vio claro. He aquí su destino, que debía perfeccionarse en la fracción de segundo que la corriente necesitaba para activar el transformador. Ningún ojo humano podría verle; el campo de energía del transformador enmarcaría su propio campo al lanzarse a los límites del Universo. ¡Nadie sería testigo!

¿Nadie? ¿Y el chismoso registrador con las cámaras de televisión concentradas sobre él? ¿Y los cuantos de energía liberada que serían

registrados?

¡Ollas y cazuelas partirán!

El Sabio concentró su mente sobre su propio cuerpo. Los electrones se agruparon en torrentes potentes y veloces por su consciencia. Pesó, contó, valoró cada elemento físico que componía su cuerpo. Tenía que reemplazar cada molécula con la equivalente de otra materia. Impulsó lejos su mente, fuera de aquella trampa mortal, en forma instantánea, para introducirla en los hogares y comedores públicos. La tensión que realizó en el subéter, y que los Trisz debían haber detectado, quedó enmascarada por el campo de energía creado en el transformador.

¡Ollas y cazuelas! ¡Había montones de ellas, miles que podía recoger! Misteriosamente, de una cocina aquí ye de otra allí, por toda la ciudad, ollas y cazuelas se desvanecieron. También otros artículos —agua, arena del desierto —, un perfecto conjunto de cosas heterogéneas equivalente, en su total, a la energía-masa del cuerpo físico de Kor Danay.

Se acordó de un sitio de una pequeña área cuadrangular ante la escalinata de la Logia, en donde él había permanecido durante un día meditando. En ella había practicado la disección molecular, y ahora aquella disección estaba con él. No tenía tiempo para elegir un lugar más apropiado o menos peligroso; tenía que ir allí en seguida. La tardía corriente acariciaba ya los cátodos de la descarga. Su mente se asió a las funciones de la disimilitud.

Por toda la ciudad, el Pueblo, de pie o sentado, permanecía atónito ante las pantallas de los televisores; los ojos pegados a la imagen de una aguja inmóvil. La aguja, de pronto, dio un salto, y un gran suspiro se elevó cuando el conjunto de ollas, cazuelas y otra chatarra se materializaron en el transformador y tomaron a su cargo la desintegración dispuesta para el Sabio.

Kor Danay estaba con la cabeza inclinada ante la escalinata de la Logia: un Hombre medio desnudo que había hecho frente —y vencido— a los Trisz.

Se atrevió a dudar sólo un segundo. La Logia parecía desierta, pero él no podía arriesgarse a tropezar con un profesor y ser descubierto. Se apresuró a llegar a sus propias habitaciones y se metió en su despacho.

—Pensé que, quizá, lo primero que haría su Eminencia sería volver por aquí.

Kor se volvió de un salto. El Hermano Set, sentado, con las piernas cruzadas, en el suelo, le sonreía beatíficamente.

—Aunque debo decir —siguió diciendo— que ha sido una vigilia aburrida. No sabía, exactamente, cuándo sería su vuelta.

El Sabio siguió inmóvil y mudo. Miró fijamente al Hermano Set con una intensidad calculadora.

—¿Usted esperaba esto?— dijo al fin—. ¿Es éste otro preludio de invasión por los soldados de los Trisz? Usted sabe que no pueden cogerme ahora.

—¡No lo permita Dios! —dijo el Hermano Set moviendo la cabeza—. ¿Cómo podré convencerle, Eminentísimo Kor, de la alegría que me produce presenciar su evasión de la justicia de los Trisz? Yo he estado con usted todo

el tiempo, si es que no lo sabe.

El Sabio lanzó su mente en un círculo cauteloso para explorar los alrededores. El Hermano Set decía la verdad. No había soldados en una milla de distancia, e incluso la Logia misma estaba desierta, sin contar con ellos. En la ciudad, la vida seguía su curso normal, al menos por lo que Kor se atrevió a indagar.

—¿Qué es la lealtad? —preguntó el Hermano Azul gravemente—. ¿No es amar el propio pellejo de uno? Ésa ha sido mi lealtad para con los Trisz.

—Usted no se ofreció para ayudarme— señaló Kor.

—¿Pueden los muertos ayudar a los vivos? Un Hombre necesitaba sólo su propia ayuda, Eminentísimo Kor. ¿Qué es lo que yo podría haber hecho que su Eminencia no hubiera podido hacer, salvo completar los planes para darle la libertad? Y ahora que Su eminencia está, a la vez, muerto o inmuerto, ¿cuál será su próxima jugada? Bien, no importa que no me conteste. Realmente no confía en mí.

El Hermano Set parecía disgustado. El Sabio se echó a reír abiertamente.

—Ha sido usted un amigo bien extraño, si es que no es un amigo audaz, Hermano Set. Aquel que ha probado ser un villano ¿cómo puede transformarse en algo digno de confianza? Pero quizá pueda confiar en usted, al menos para una cosa... conseguirme vestidos como los que lleva el Pueblo. No me atrevo a aparecer otra vez en público vestido como un Hombre.

El Hermano Set se puso penosamente en pie e intentó librarse de los calambres de sus piernas.

—Bajo las circunstancias actuales el aparecer en público sería más bien peligroso para Su Eminencia. Le sugiero que salga volando. En cuanto a la ropa, encontrará lo que necesita allí —añadió señalando a una pesada arca que había contra la pared.

Kor le lanzó una mirada penetrante. El arcón había contenido antes sus propias vestiduras de la Hermandad, bien lo sabía. Con sólo unos pasos se llegó rápidamente al arca y alzó la tapa.

Un equipo completo de ropas comunes estaba limpiamente doblado en todo lo alto. Kor levantó la prenda de arriba, hecha de una material basto y castaño, de contextura vellosa capaz de preservar a quien la llevara del sol y del frío. Se volvió al Hermano Azul.

—¡Usted *esperaba* mi vuelta!

—Lo esperaba en el mejor de los casos, debo decirle. Observará que el color de los vestidos pasará desapercibido por dondequiera que vaya. Podría ser un campesino del Misisipi o un lobo del desierto haciendo fiesta. Encontrará documentos de identidad en el bolsillo... una perfecta falsificación, si me permite que lo diga yo mismo, que fui quien cometió el delito.

El Sabio dejó que sus músculos se relajaran y sonrió, pero rápidamente volvió a su seriedad.

—No me fío de usted, Hermano Set. Perdone que le parezca suspicaz, pero debo cambiar la documentación con la que usted, tan acertadamente, me ha

provisto. Los mismos Sabios tienen cierta habilidad para las falsificaciones. Me preocuparé del asunto antes de marchar. Y ahora gracias, Hermano; debe dejarme solo.

El Hermano Azul se volvió para marcharse.

—¡Hermano, Set!

—Diga, Eminencia.

—Serenidad, Hermano.

—Serenidad, Eminencia.

Ya solo, Kor Danay estudió el documento. El Hermano Set debía de haberse enfadado, pero el Sabio no podía permitirse correr riego alguno. El papel era un impreso y tenía espacios en blanco para ser rellenado a pluma. Puso su mente en el papel y hábilmente borró las partes escritas a mano liberando las moléculas de tinta. Con el mismo cuidado volvió a colocar las moléculas en la forma que quiso, dándole a sí mismo diferente nombre, lugar de origen y edad. La edad que escogió fue la de sesenta y cinco años.

Media hora después, un hombre fornido, de barba gris y vestido con el ropaje rudo y pardo de un Extranjero, bajó los escalones de la Logia y desapareció en la noche extendida sobre No-ka-si. Ninguno que no fuera otro Hombre habría reconocido a aquella figura.

La posada estaba llena de gente y de ruido. El humo sofocante de los malolientes cigarros y el vaho de las bebidas sintéticas flotaban con toda pesadez en el ambiente. Kor, al pasar entre las mesas, iba escuchando con ansiedad. Hizo una pausa al pasar junto a una mesa a la que se sentaban cuatro jóvenes Triszianos.

Kor tomó asiento cerca de ella y pidió un jarro de brebaje sintético.

—Estos Hombres de la Logia no son tan perfectos —le oyó decir a uno de ellos—. Yo os digo que no están con el Pueblo. Lo mismo pasa con los Rojos y con los Azules. Yo creo que están trabajando constantemente contra los Trisz, y nosotros somos los únicos que pagamos las consecuencias.

El Sabio dejó con toda cautela que su mente se extendiera. Localizó, ocultos en la pared, los aparatos espías. Le hubiera gustado contestar a aquel jovencito, pero no era éste el lugar adecuado para entablar una discusión con él. Kor, de vez en cuando, alzaba la jarra como si bebiera. El nivel del líquido bajaba, pero sin que pasara por sus labios.

Mientras tanto, la mente del Sabio estaba sutilmente ocupada. Uno a uno, los compañeros del que tanto hablaba encontraron un motivo urgente para ir a algún sitio. Cuando el último se hubo marchado, Kor inculcó en la mente del Trisziano que quedaba, un impulso para obligarlo a irse a su casa; el Trisziano se puso en pie y salió tambaleándose de la posada. Kor lo siguió afuera.

Kor había abandonado la Logia decidido a encontrar la «organización» que Soma Gol le había mencionado. Para hacerlo comprendía que debía localizar antes a la muchacha y la única forma de encontrarla era indagar por los alrededores del Extrapolador. Instintivamente, se había encaminado a la posada donde su camino se cruzaría con estos empleados en la Sección de

Control.

¡Qué sencillo hubiera sido todo si hubiera encontrado a Soma por este método! Pero la cosa no se había planteado así.

Canturreando el estribillo de una canción obscena, el técnico volvió una esquina y comenzó a andar tambaleándose, por una repulsiva calle secundaria. Kor lo alcanzó rápidamente. Agarró al Trisziano por la capa azafranada y le obligó a que apoyara la espalda contra la pared de un sombrío edificio. No hubo lucha. El técnico se derrumbó bajo el súbito y feroz sondeo de la mente del Sabio en su consciencia. Con toda rapidez, el Sabio extrajo, de la cantera de aquella mente, la información que necesitaba. Satisfecho, Kor desanduvo el camino, encontró la carretera principal que conducía a Ka-si y comenzó a recorrerla.

Las luces traseras y veloces de los vehículos pasaban de largo; los rayos de luz se cruzaban con los de aquellos que regresaban de la ciudad. Pasó un coche vacío; al grito de Kor se detuvo después de rodar un poco más.

—Sí señor. Esta noche quiero ir a la ciudad —Kor se franqueaba alegremente con el conductor—. He reunido mi montoncito, querido joven, y ahora estoy buscando un sitio donde divertirme. ¿Sabe de alguno?

El conductor era una mina en cuanto a información. Esperaba una propina generosa de este viejo charlatán Extranjero de barba gris que, se veía claramente, estrenaba el traje. El amigo estaba dispuesto a darle toda clase de sugerencias y recomendaciones con sumo gusto y cordialidad.

—Bien —dijo Kor con su voz de viejo repitiendo una frase graciosa y archiconocida— déjeme en el lugar conveniente para ir a todos ellos, jovencito. —Con una risa, que más bien era un cacareo, celebró aquel chiste tan malo—. Es una necedad apostar por los favoritos.

Kor sabía qué era lo que se esperaba de él. Al dejar el coche le entregó al conductor una propina principesca sacándola del montón de dinero que el Hermano Set había dejado, muy atentamente, en el bolsillo de su traje. El conductor había servido para ratificar su ficticia identidad. Los que vigilaban al otro extremo del aparato espía habían registrado de él un informe lo suficientemente trivial como para dejarlos tranquilos.

La muchedumbre se espesaba en la avenida. Una música estruendosa salía de las pantallas de televisión que mostraban contoneantes bailarinas que adoptaban curiosas posturas y que se lanzaban unas a otras, de vez en cuando, siguiendo un ritmo rápido e insensato. El Sabio se paró haciendo como si estuviera interesado. Él era un «cateto» y por tanto todo lo que la ciudad pudiera ofrecerle tenía que ser para él sorprendente y delicioso. Se dejó engullir rápidamente por el torbellino de coloridas vestiduras que flotaban a su alrededor.

Kor se dejó llevar intencionadamente en la dirección que quería. No era lejos. El Extrapolador estaba situado muy céntricamente, albergado en una aguja alta de plástico iridiscente. Su base era tremenda, rodeada en una extensión de quinientos metros, por jardines. Kor se apresuró a lo largo de un

sendero que corría bajo los árboles. Había sido «ejecutado» al ponerse el sol; era aún una hora temprana de la noche. El Extrapolador estaría abierto al público algunas horas más.

Escalones de un kilómetro de ancho conducían a una hilera de puertas de igual longitud. La gente entraba y salía, bien sola o en grupos; los vestidos relucientes brillaban a la luz artificial.

Unos carteles llamativos e iluminados llamaron la atención del Sabio.

¿Qué es el Mañana? decía uno. En otro se podía leer: La Felicidad Es Del Que Sabe. Vea Lo Que Le Reserva El Mañana Antes De Actuar Hoy.

Kor entró, hizo unas preguntas a un celador uniformado y se dirigió al Centro Pronosticador. Andaba dificultosamente, como se supone que un viejo debe hacerlo.

Una jovencita, pintarrajeada con muy mal gusto y con un tono nasal en su voz que la hacía casi gimotear, le hizo detenerse ante su mesa.

—Su nombre, por favor.

Le dio el nombre falso que se había adjudicado.

—Sam Nodel.

—Su documentación, por favor.

Kor se la dio. Estaba claro que el Centro Pronosticador, a disposición del Pueblo, era una organización para controlar las actividades y aspiraciones de los ciudadanos.

—¿Cuántos años tiene usted?

Kor señaló al papel con un dedo nudoso.

—Ahí lo dice.

Ella lo miró a la cara fijamente.

—¿Cuántos años tiene usted, por favor?

—Sesenta y cinco.

La empleada lo comprobó con la documentación.

—¿La fecha de su nacimiento?

Kor se la dijo.

Ella siguió el mismo método con todos los datos que constaban en la documentación requiriéndole para que se lo dijera en voz alta. El Sabio sabía que, oculta a la vista, una máquina registradora, silenciosa, estaba tomando nota de sus respuestas, midiendo el tiempo que tardaba en reaccionar. Contestó a todo sencillamente y con toda exactitud.

—¿Qué es lo que desea saber?, por favor.

Kor intentó evadir la pregunta.

—Estoy... estoy buscando a una persona.

—El Extrapolador no localiza a los que se pierden.

—...no. Lo que quiero saber es si me encontraré de nuevo con esa persona.

—Eso ya es otra cosa. Entre en el cuarto 3-C tan pronto como lo abandone el que lo ocupa ahora. Exponga su pregunta de forma clara y completa. Todas son registradas. La máquina le dará la respuesta inmediatamente.

La alargó los papeles al Sabio, y éste se marchó.

La puerta del cuarto 3-C se abrió al salir el Trisziano. Kor entró rápidamente. Había una banqueta baja en el cuarto, frente a una mesa. Se sentó y cruzó los brazos sobre la tapa.

Una voz ronca le dijo:

—¡Diez segundos! ¡Formule su pregunta en diez segundos, por favor!

Los diez segundos pasaron lentamente. El Sabio miraba fija e impasiblemente a la pared. No había equipos de espionaje en el cuarto. La voz le dijo:

—Exponga su pregunta, por favor.

—¿En qué circunstancias me encontraré de nuevo con Tasa Lanor? —preguntó Kor con voz lenta y clara.

La máquina estuvo callada un momento. Después la voz volvió a hablar.

—La pregunta se rechaza por insuficiencia de datos. Tiene usted diez segundos para volver a formularla.

Forcejeó durante media hora con la obtusa incomprensión de la máquina. La señora Soma le había dicho que toda la información local le era entregada a la máquina. Por tanto el nombre de Tasa Lanor era una parte del conocimiento de la máquina. No podía decirle lo que sabía, sino sólo lo que podía predecir basándose en sus conocimientos. Había que darle directrices suficientes para ponerla correctamente en camino de hacer una predicción exacta.

Al fin la voz habló de nuevo:

—La predicción está lista. En la mesa hay papel y lápiz. Debe usted tomarla por escrito.

La máquina lanzó su singular declaración. Kor se quedó mirando a lo que había escrito. *Al amanecer, cuando sale el Sol, tropieza un anciano vacilando entre el deber y el amor.*

Se preguntó si era posible que una máquina se volviera loca, después se encogió de hombros, se metió la hoja de papel en el bolsillo y abandonó el Centro Pronosticador. El significado dependía de si el verso estaba basado en hechos reales o en metáforas. Realizó un análisis racional de la situación mediante el tercer-orden; decidió aceptar la interpretación como basada en la realidad.

Esperaría a Tasa Lanor en el parque que rodeaba el edificio en las primeras horas de la mañana.

El sol elevó su cara hinchada y sanguinolenta sobre la ciudad dormida. Kor Danay, en su puesto desde que rompió el alba, observaba a muchedumbres del Pueblo que relevaban a otros trabajadores. Se veía claro que estos equipos de trabajadores tenían turnos para que la labor se desarrollara durante las veinticuatro horas del día. El de Soma empezaba al salir el sol.

Exactamente al surgir el Sol, la vio pasar rápida por el parque, disfrazada de Tasa Lanor. Iba sola. Kor se movió rápidamente y se aseguró, empleando

sus sentidos especiales, de que era ella.

—Tasa Lanor —le dijo, cogiéndola por el brazo.

Por el contacto de su mano lo reconoció. Se volvió a él con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¡Kor!

La alegría invadió su cara curvando sus labios. El disfraz empezaba a caerse.

—¡Cuidado! —le previno él—. Serénate. Soy yo, Kor.

Ella se llevó las manos a la cara y se quedó allí, temblando y sollozando. Por fin lo miró; había recobrado su compostura.

—¿Eres tú realmente? Yo... yo creí... yo vi...

—Lo sé. Viste cómo retransmitían mi ejecución. Me escapé. Tenía que verte.

Ella se agarró firmemente a su brazo, pero su voz temblaba.

—¡Kor... Kor!, ¡Estoy tan contenta!

Él le dijo:

—No debemos hablar mucho tiempo. Rápido: ¿cómo puedo llegar a la Organización?

A ella se le cortó el aliento.

—Yo... yo no puedo decirte... ahora. Antes tengo que comprobar...

La desesperación hizo presa en él. No debía olvidar la predicción *«un anciano vacilando»*. Se contuvo.

—Mira, Soma. No me atrevo a volver al Instituto, al menos mientras que no estén preparados para recibirme. Por otro lado tengo que abandonar esto a pie. Resultaría peligroso utilizar mis poderes aquí en la ciudad, aunque sólo fuera una pequeña parte de ellos. Debes llevarme a la Organización.

—Lo sé... y lo haré. Mañana. Me esperarás aquí mismo.

Unas botas pesadas machacaron el pavimento. Kor se alejó haciéndose el distraído.

Una voz aguda gritó:

—¡Alto!

Kor miró el rostro grave de un oficial de la guardia de los Trisz. Estaba bloqueado por una escuadra de hombres armados y de uniformes.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

La barba gris de Kor temblaba con la cantidad exacta y apropiada de agitación.

—Sam Nodel. Yo... soy un Extranjero. ¿Qué significa todo esto?

El oficial dirigió su fría atención hacia Soma.

—¿Es usted Tasa Lanor?

Ella asintió.

—Quedan ustedes arrestados en nombre de los Trisz. Hagan el favor de venir conmigo.

De manera que éste era el resultado, pensó Kor. Desde luego sus preguntas de la última noche habían sido meticulosamente estudiadas por el


enemigo. La virtud de un conquistador es la de ser suspicaz.

XIII
LA ORGANIZACIÓN

El Comandante de la Guardia tenía unos modales fríos pero que denotaban una agradable cortesía.

—Ustedes comprenderán, naturalmente —sonrió—, que se trata sólo de una comprobación impuesta por la seguridad. Se nos exige, para la debida constancia, que hagamos un informe detallado de las relaciones entre ustedes dos. La señorita Lanor es una empleada del Estado y usted, señor, es un Extranjero. Sólo deben contestar a unas cuantas preguntas...

Fue ridículamente fácil, un simple ejercicio de hipnosis avanzada. Kor se adueñó de la mente del oficial Trisziano y dejó impresa en ella un conjunto completo de falsas informaciones. La faena la coronó con un auténtico deseo de permitir a esta inofensiva pareja seguir su camino. Los dos fueron puestos en libertad con la misma cortesía obsequiosa con que fueron recibidos.

—Ya no puedo volver a trabajar —dijo Soma—. La utilidad que le haya reportado a la Organización ha terminado. Los Trisz tienen un sistema intrincado de registros y puede asegurarse que lo escudriñan todo, desde cualquier ángulo posible. Tu propia personalidad les está pareciendo ya sospechosa. Quizá antes de media hora, la guardia entera de los Trisz recibirá la orden de buscarnos.

—Entonces vayamos a la Organización en seguida.

—¿Estás loco? ¡Ni siquiera podemos salir de la ciudad!

—Puedo arreglar eso —dijo Kor tranquilamente.

Ella lo miró esperanzada. Kor sonrió.

—Yo tropecé, de acuerdo, cuando hice una exhibición pública de mi encuentro contigo, pero ahora eres tú la que está «vacilando entre el amor y el deber».

—¿Qué estás diciendo?

Le dio la predicción escrita a lápiz. Ella, después de haberla leído, le dirigió una mirada escrutadora y llena de ansiedad.

—No puedo llevarte sin autorización y sin tener instrucciones. Tengo que decirte también que la Organización esperaba recibirte si lograbas escapar de la justicia de los Trisz, pero yo he jurado morir antes que revelar a nadie el

lugar donde se encuentra la Organización. Ese juramento incluye a los Sabios no autorizados, Eminentísimo Kor.

—El Sabio Escarlata ha muerto —le aseguró él—. Yo soy Kor... y nadie más. El Sabio Escarlata fue ejecutado ayer, al ponerse el sol, por orden de los Trisz. ¿Lo has olvidado? Si la Organización está esperándome lo mejor será que nos demos prisa.

—Estás muerto... ¿pero, sin embargo, vives? ¿Cómo puedo estar segura de que eres el Hombre Kor? Veo que lo eres, es verdad, pero, ¿qué prueba tengo? Si en realidad fueses un Trisziano vendrías armado con los conocimientos que tenía el Eminentísimo Kor. Si vives puede que sea por haber roto tu juramento... y eso no lo puedo creer de un Sabio.

—Te equivocas —Kor procuraba ser paciente—. Yo no utilizo mis poderes contra los Trisz ni puede haber sido detectado por ellos, el campo de energía que engendré. Bajo la creada por el transformador huí por el espacio hasta la Logia de Ka-si. Desde allí me puse en camino para buscarte.

Ella lo miró rápidamente.

—¿Viste a alguien en la Logia Escarlata?

—Al Hermano Set.

—¿Qué te dijo? —fue la pregunta repentina, anhelante.

—Me dijo —Kor se rió—: «Pensé *que lo primero que haría sería volver por aquí*».

Ella se echó en sus brazos, riendo y llorando.

—¡Kor, Kor! ¡Eres tú realmente!

—¡Pues claro!, pero, ¿Qué...?

Ella lo miró a la cara. Había lágrimas en sus ojos.

—¿No lo comprendes? ¡El Hermano Set es uno de los nuestros! Él, sólo él, pudo haber dicho aquello al mismo Kor; ¡te esperaba!... Y ahora si puedes sacarnos de esta ciudad, te llevaré a la Organización.

El Sabio llevó a cabo la operación en una parte desierta del parque que había frente al Extrapolador. Se sentaron juntos en un banco de piedra, al abrigo de unos arbustos raquíticos, y Kor puso en funcionamiento su mente. Pocos minutos después, dos personas completamente distintas salían con indiferencia del jardín; una pareja de enamorados, cogidos del brazo, para la que el mundo no existía. Sólo tenían ojos para mirarse uno al otro.

Hundida profundamente en el corazón rocoso de las montañas cercanas a Denver, una gran caverna resplandecía de luz y zumbaba llena de actividad. Éste era un centro secreto de la Organización, uno de sus cubiles. Había otros por todo el mundo, en territorios aislados, todos ellos enterrados profundamente en la tierra y enteramente a cubierto de la más remota posibilidad de localización.

No había sendas para entrar en tales guaridas, ni caminos para salir. Ningún túnel conducente. Solamente los Sabios Escarlatas, pertenecientes a la

Organización, conocían la existencia de las ciudades bajo tierra y sabían cómo manejar los transportadores mediante los cuales la gente, y los materiales, entraban y raramente salían.

La Organización, supo Kor por Soma, representaba la actividad «subterránea» de los Hombres. Aquellos graduados que se distinguían en los servicios mundanos eran trasladados aquí después de un simulado, fallecimiento y entierro. Hombres y mujeres del Pueblo se habían también animado para trabajar con los Hombres en las ciudades clandestinas. De esta forma, al cabo de siglos, la población de las ciudades subterráneas había crecido hasta el punto que, como Sub-den, a la que Soma se dirigía con Kor, tenían una extensión enorme.

Las ciudades bajo tierra formaban mundos individuales y no estaban en contacto con la superficie. Los únicos que podían salir, una vez dentro, eran los Sabios que fuesen enviados para realizar misiones secretas al exterior o más allá de los espacios infinitos.

Apenas se había dado cuenta de que entraban en una caverna. Estaba con Soma en un seco barranco a una hora de camino, en el interior del desierto de Ka-si. Ella había hecho con la mano una señal secreta y, súbitamente, se encontraron en una habitación de pétreos muros situada a unos kilómetros de distancia y bajo tierra.

—El sitio a donde vamos —le dijo Soma— es uno de los «lugares ascendentes» en los que los transportadores están constantemente circulando. Yo he estado aquí muchas veces, pero nunca me he adentrado en la ciudad más allá de esta habitación. Aquí hablé con el Jefe de la Organización y después fui enviada de nuevo al lugar ascendente. Esto es todo lo que puedo decirte. Supe la existencia de la Organización por el Eminentísimo Ten Rogan, que fue un miembro valioso, en el que se podía confiar. Él me trajo aquí, y fui iniciada en el espionaje para los Hombres —Se encogió de hombros—. Para mí, ahora, no habrá más misiones de esta clase. No puedo reaparecer como Tasa Lanor y mi padre, como autoridad, no existe. Espero que los Hombres me busquen aquí un destino.

Se abrió una puerta en la pared rocosa y una joven de aspecto educado, salió. Se veía que era una mujer del Pueblo, delgada, flexible y de bronceada tez. Sus ojos eran castaños oscuros y chispeaban haciendo juego con su sonrisa.

—Entren, por favor. El Jefe les espera.

Kor hizo que Soma entrara primero. Los dos habían vuelto a adquirir sus propias personalidades.

La erguida y olímpica figura, tras la mesa del despacho, extendió hacia ellos las dos manos.

—¡Bienvenido, Eminentísimo Kor! ¡Y señora Soma!

—¡Val Shan!

Kor se adelantó, feliz, y estrechó la mano del Maestro.

Val Shan sonreía.

—Nos has dado que hacer un poco, Kor —le reprochó—. Te movías tan aprisa que nos era difícil seguir tus pasos.

Kor sonrió torciendo la boca.

—Vivía aprisa también, Eminencia.

—Sentaos los dos —invitó Val Shan cordialmente—. Kor, cuéntamelo todo. Puedes hablar con toda franqueza delante de la señora Soma; le conviene comenzar su adiestramiento como futura ciudadana de Sub-den.

Kor comenzó a hablar sin omitir detalle alguno, pero se veía claramente que muchos de los términos, corrientes para él y para Val Shan, eran completamente extraños para Soma. Terminó explicando lo de su arresto, y huida.

Los pensamientos de Val Shan parecían estar muy lejos.

—La actuación digna de un Hombre, Kor —murmuró por fin.

Kor se llenó de orgullo.

—Gracias, Eminencia.

—Sin embargo —Val Shan frunció las cejas—, yo esperaba que las cosas irían más despacio. Tu vuelta ha sido quizá un poco prematura.

—¿Prematura, señor?

Val Shan hizo un gesto con la mano.

—¡No importa! —Se quedó mirando a sus dedos entrelazados apoyados en la mesa—. Kor, tengo muchas cosas que decirte, ahora que estás «muerto». ¿Te molesta que use esa palabra...? ¿No? Bien, me imaginé que ibas a entrar en contacto con los Trisz en forma más intensa. Podrías haber puesto en claro, quizá, algunos puntos que están más allá de nuestros conocimientos actuales. Pero todo esto está al margen de la cuestión. Hemos extrapolado tu aventura, desde luego, pero algo estaba equivocado en nuestras ecuaciones. Está claro que no tenemos bastantes directrices. De cualquier forma, nuestra extrapolación no encaja con los hechos reales.

Se echó atrás en su sillón y los miró francamente.

—Por ahora —dijo— los dos debéis quedaros como residentes en Sub-den. Por tanto te diré lo que hacemos aquí y por qué lo hacemos. Naturalmente, Kor, nosotros no te enseñamos nada en el Instituto sobre las actividades secretas de los Hombres. No todos los Hombres conocen la existencia de nuestra Organización. Sólo los conceptuados como más merecedores y útiles son iniciados en el secreto y traídos aquí para cooperar en la tarea. Tu propio caso quedó decidido aun antes de que salieras del Instituto. Hay aquí un lugar para tu mente divisible. Queremos tener la oportunidad de estudiarla... y de que la utilices.

Hizo una pausa, abrió un cajón de la mesa y sacó una dorada caja llena de puros aromáticos. Kor rehusó. Val Shan escogió uno, y, por unos instantes, concentró su atención sobre la punta; surgió una llama diminuta. Dio una larga chupada.

—La tarea de los Hombres, desde luego, no se limita a sostener simplemente el ideal de liberar algún día la Humanidad del yugo de los Trisz.

—Hizo una pausa, frunció el ceño, envuelto en las espirales de humo de su cigarro, y continuó: Si no fuera por los Trisz, nosotros seríamos los dueños del Universo. Y lo digo con un significado completamente literal. En cuanto al resto de la humanidad y a las otras especies inteligentes del Universo, su estado presente de civilización estaría cien mil años más avanzado de lo que lo están en la actualidad.

»Echemos una ojeada a este Universo. ¿Cuál es su naturaleza fundamental? Haciendo una burda comparación podríamos decir que es como los platillos de una balanza en equilibrio. Este equilibrio está determinado tanto por las fuerzas que procuran, para usar una expresión metafórica, impulsarlo hacia arriba, como por las que desean arrojarlo hacia abajo. Lo que en el Universo está en sí mismo equilibrado, contra lo que no lo está. Los entes positivos contra los negativos. El mañana declarándose contra el hoy. Hace muchísimo tiempo, esta continua lucha entre los dos contendientes del Universo fue vislumbrada confusamente. Nuestros antepasados vieron en este esfuerzo perenne, encaminado a conservar el equilibrio, una lucha entre lo que ellos llamaban el Bien y el Mal.

»Para expresar nuestra situación de hoy en día con aquellos antiguos términos, deberíamos decir que las fuerzas del Bien —los Hombres— están enfrentadas con las fuerzas del Mal —los Trisz—. Afirmaciones como ésta pasaron entre los hombres como racionales, pero nosotros reconocemos ahora que tal forma de exponer la cuestión no presenta ni siquiera semánticas correctas.

»Los Hombres no son buenos, en ningún de los sentidos que pueda implicar esa palabra. Ni los Trisz son malos. En realidad, desde el punto de vista de los Trisz, el conjunto entero de los valores podía ser trastrocado. ¿Veis adonde quiero ir a parar?»

Los dos asintieron, pero Kor estaba perplejo.

Val Shan continuó bosquejando un concepto del Universo, no como un lugar o una expansión, sino sólo como una idea.

—La idea que es nuestro Universo —les dijo Val Shan— es la aprehendida por la mente. Es un concepto del intelecto, si preferís mejor esa expresión. Nuestra propia conciencia tiene la convicción de que el Universo existe. Si para llegar a esa convicción hace falta que exista antes la conciencia entonces resulta ser ésta necesaria para demostrar aquella. Esto es lo más lejos que el razonamiento humano puede llegar. Más allá de este punto nuestro método de tercer-orden de raciocinio nos conduce hasta la última respuesta a la pregunta sobre la constitución del Universo. Esta respuesta no está al nivel del verbo. Es aprehendida sólo por la mente y, en forma completa, sólo por las mentes de los Hombres.

»Hasta en los tiempos más remotos, la mente del hombre captó esta última respuesta. Una vez, hace ya incontables milenios, antes de que la Hermandad de los Hombres hubiera salido de las oscuridades del abismo en que los pre-Hombres sumergieron al mundo, existió Uno que dijo, «El mundo pasará pero

mis palabras no pasarán». Nosotros tenemos hoy Sus palabras. Él dijo una vez, a uno que le preguntó: *«¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, salvo uno, y ese es Dios.»*

»En aquellos tiempos —siguió explicando Val Shan— lo Bueno consistía en aquello que favorecía al Pueblo; el Mal era lo que le perjudicaba.

»¿Qué era Dios para aquellos hombres primitivos? Dios era la esencia de la Bondad. Todo aquello que era justo y adecuado para los hombres venía de Dios. Hay sólo una Bondad, que es tanto para los hombres como para los Trisz. Nosotros, los Hombres, sabemos que los Trisz no son capaces de comprender este principio; éste es completamente extraño a su conocimiento. A causa de este aspecto extraño del principio para la comprensión de los Trisz, podemos esperar que al final podremos derrotarlos, porque nosotros comprendemos el principio y sabemos cómo usarlo, como el Pueblo del Universo podría haberlo usado hace miles de años al llegar por vez primera el enemigo... si ellos lo hubieran sabido.

Soma y Kor estaban pendientes de sus palabras.

—Para ellos, lo Bueno es lo que beneficia. Es un poder enorme asequible a todos. Yo lo llamo «Bondad», el producto de un razonamiento de tercer-orden que no puede ser expresado con palabras.

»El efecto del principio es éste: el equilibrio debe mantenerse por sí mismo en el Universo. Ninguna de las dos fuerzas en pugna puede avanzar en una dirección determinada sin que la fuerza opuesta retroceda. Cuando esta última retorna, entonces la otra debe cederle terreno. Esta es la ley. No existe una fuerza irresistible ni un objeto inamovible.

»¿Y qué tiene que ver todo esto con la situación actual del Universo? El Pueblo del Universo está formado por una misma clase, espiritualmente hablando.

»En todos los mundos, la civilización progresa, alcanza un alto grado de adelanto técnico y después se derrumba. La fuerza espiritual que era el hombre, como habitante del Universo, al no conseguir avanzar ni poder permanecer por siempre en el mismo lugar, tuvo que retroceder ante una fuerza contraria. Los Trisz, vengan de donde vengan, han constituido esa fuerza. En un corto espacio de tiempo, que ha sido casi instantáneo, el hombre fue derrotado en todos los frentes. Los Trisz tenían la ventaja... y la han mantenido hasta hoy. Los Trisz, dueños completos del Universo, están destrozándolo lentamente utilizando para ello un proceso sutil mediante el cual están expulsando todas las formas de vida.

»Es dudoso —subrayó el Maestro— que los Trisz se estén dando cuenta del hecho, aunque ellos pueden comprenderlo sin analizar las consecuencias. Si el equilibrio del Universo no queda restaurado por un contraataque de la Humanidad, el Pueblo terminará por desaparecer. Habrá entonces solo una fuerza —los Trisz— y estos, con el Universo, perecerán.

—No comprendo —intervino Soma—. El Universo es un conjunto de átomos, moléculas, planetas, soles, galaxias. ¿Qué tiene que ver la lucha

espiritual entre los Trisz y los Hombres con todo eso? El Universo no puede ser modificado.

Val Shan sonrió:

—El Universo cambia a cada segundo, querida. Cada momento que pasa va bosquejando el futuro en forma más completa, más segura. Para los Hombres es dogmático que el futuro está prefijado, pero también lo es que pueda ser cambiado. ¿Qué es el futuro, después de todo? ¿No es la suma de los hechos del pasado, que se manifiestan en la transpiración del fenómeno, cada uno de los cuales tiene las raíces en el fenómeno anterior? Lo que uno haga mañana depende de lo que haga hoy... como lo de hoy depende de lo que hizo ayer... y así hasta el principio de los tiempos.

—Si eso es así —dijo ella—; si el futuro queda establecido por las acciones del pasado, ¿cómo puede modificarse aquél sin cambiar éste?

—Hablas de los hechos y del pasado como si fueran objetos concretos, fijos para siempre jamás —le hizo observar Val Shan con delicadeza—. Eso no es verdad. ¿Recuerdas lo que dije antes sobre el Universo y todo su contenido, de que no era una expansión ni un espacio, ni materia siquiera, sino sólo una ideación? El Universo es la creación de la Mente más vasta que todo cuanto puedas concebir.

»Los hechos de hoy se hunden rápidamente en el pasado y se convierten en una parte de él, alterando sutilmente la forma probable del futuro obtenida ayer. Cada día que pasa altera el futuro más y más. El esfuerzo consciente e inteligente, al encaminar los hechos del hoy, es lo que produce el cambio deseado en los sucesos del mañana.

»Consideremos ese potente instrumento que poseen los Trisz: su tecnología. Vemos lo que han hecho con ella. Faltos de manos que manipulen los adelantos de su ciencia, se han procurado otras que trabajen por ellos. Su tecnología —y tras ella su agudeza mental para crearla— les suministra las herramientas y procedimientos de conquistas y victorias.

»Por otro lado, los Hombres tienen una tecnología tan avanzada como la de los Trisz, pero distinta a la de éstos en algunos aspectos, que se está utilizando en esta caverna y en otras similares situadas por todo el Universo habitable... dondequiera que los Hombres se enfrentan con el problema de destruir a los Trisz. Pero además de su tecnología, los hombres tienen algo que los Trisz no poseen y que nunca podrán tener: ¡fe, esperanza y aspiraciones, y el conocimiento fundamental de que hay sólo un Bien, y ese es Dios!

Val Shan se echó hacia atrás en el sillón dando un profundo suspiro.

—Bien, ese es el cuadro general. Recibiréis más enseñanza, más adoctrinamiento e instrucciones para normas especiales de conducta. —Volvióse a Soma dijo—: Para ti, querida, se ha creado una plaza en la sección de nuestra División Investigadora. Ésa es la fuerza central, digámoslo así, de los Exploradores que están continuamente rastrillando el espacio para encontrar mundos habitables y la residencia principal de los Trisz dondequiera

que ésta puede estar.

Dirigió su atención a Kor.

—No tenemos un sitio donde puedas encajar cómodamente, Kor. Pero tengo que decirte algo a solas. —Hizo una señal a Soma con la cabeza—. Debes dejarnos ahora. La señorita del despacho exterior se cuidará de ti.

Cuando Soma se fue, Val Shan se volvió hacia Kor.

—Te habrás preguntado por qué no te hemos ofrecido ayuda después que abandonaste el Instituto. Habría sido el caso de un ciego guiando a otro ciego. Teníamos que dejarte solo con tus propios recursos para conseguir los avances que estamos buscando. Resulta ventajoso aprender a explorar una región siguiendo el concepto propio de uno. ¿Comprendes lo que quiero decir? Todo el entrenamiento a que estuviste sometido para llegar a ser un Hombre estaba basado en el principio de la autodidaxia, pero con un guía directivo. En un momento dado, la dirección tenía que ser retirada con objeto de que tú la suplieras por la tuya «propia.

—Sí, señor —dijo Kor mostrando su conformidad—. Lo que usted quiere decir es que yo tenía que desarrollar la fe en mí mismo.

—Y algunas otras cualidades —le respondió Val Shan en forma ambigua —. Sabes que el impacto del elemento del ser mismo en la investigación científica no ha sido disminuido más que una insignificancia por el entrenamiento y régimen del Hombre. Ten esto siempre presente. Lo que nosotros queremos y lo que es, son dos objetivos completamente diferentes. La mezcla subjetiva de ellos ha causado siempre dificultades al perjudicar la capacidad del científico para observar y reaccionar debidamente ante sus observaciones.

»Guárdate de los filósofos que te digan: *«Piensa»*, porque siempre añaden, entre paréntesis y para sí, *«como yo»*. Partiendo de este error fundamental han intentado los Hombres liberar su razón. Yo pienso como Val Shan; tú como Kor Danay. Nosotros no tenemos por qué pensar de forma idéntica para llegar a la misma conclusión. En matemáticas, el método es lo que importa. Como Hombres, lo que nos interesa son las conclusiones; en cuanto a los métodos, ¡que los cuelguen! Tú no puedes pensar como yo, de la misma forma que no puedes andar como yo lo hago. Éste es un punto que intentamos subrayar al explicar razonamientos opuestos. Es la forma de adquirir personalidad, aunque, a menudo, a costa de algunos otros factores que son importantes. Por esto queda cada Hombre graduado en el mundo. Generalmente sólo son traídos a la Organización los que logran recuperar con éxito aquellos factores perdidos en los tiempos primeros. La Experiencia debe ser tu único maestro, y el examen final debe verificarse en tu propia mente, bajo la supervisión de tus propias sensibilidades. Cuando hayas recobrado debidamente los valores a que me refiero, lo sabrás y yo lo sabré. Esa recuperación es de por sí evidente, no admite más interrogantes.

»Entonces serás apto para proseguir al servicio de la Organización... quizá entre los Exploradores, como lo estuvo tu padre, o en alguna otra fase, igualmente importante, de nuestras actividades.

»Mientras tanto estarás en buenas manos. Tendremos la oportunidad de examinar las cualidades originales de tu mente divisible, mediante algunos experimentos de laboratorio. No me verás muy a menudo, porque debo dedicar mucho tiempo al Instituto. Y ahora... —Se levantó y ofreció su mano a Kor—. ¡Adiós, hijo mío, y buena suerte!»

Disgustado, Kor se dejó conducir afuera.

XIV

EL DEBER Y... EL AMOR

El estudio del fenómeno, sin precedente, de la mente divisible de Kor Danay, progresaba con lentitud. Un laborioso recuento de las moléculas que integraban el cerebro, no condujo a nada. Ni él mismo pudo explicar la divisibilidad de la que él podía hacer uso cuando quería.

—Aparentemente —sugirió—, la función divisible de la mente guarda la misma relación que la existente entre las funciones de la supersconciencia y el uso normal de la mente poseída por los seres humanos no adiestrados. Parece que, como en aquélla, un régimen de entrenamiento puede también crear la habilidad para usar la función divisible.

El doctor Han denegó con la cabeza y señaló el gráfico del electropsicograma de Kor.

—Nuestros métodos modernos —dijo— están perfeccionados hasta el último grado. Nuestros instrumentos pueden detectar hasta la más mínima potencialidad latente de la superconsciencia. No todas las mentes, como usted sabe, pueden ser entrenadas para poseer pleno dominio de la superconsciencia. Esa capacidad parece ser prueba evidente de una cualidad mutacional del individuo. Quizá, en ocasiones, surja como un síntoma del «ingenio». Lo que usted posee puede ser una mutación ulterior derivada de otra mutación. Si es así, puede que existan otros con la misma habilidad. Pero por otro lado, usted puede ser, por ahora, el único poseedor.

Lentamente, Kor Danay se fue haciendo a la idea de que era el único. Aquello le alegró, al menos moderadamente, y le compensó el haber sido considerado, temporalmente, como un conejillo de Indias en manos del grupo psiquiátrico de los Sabios Escarlatas. Pasó unos meses en compañía de estos realizando experimentos de laboratorio.

Durante aquel tiempo vio mucho a Soma. Cuando ella terminaba su trabajo, y Kor su jornada en el laboratorio, disfrutaban juntos de los lugares agradables de la ciudad-caverna. La ciudad estaba situada a un kilómetro y medio bajo la superficie, y a unos ciento cincuenta kilómetros de Denver y el Instituto cercano a esa ciudad.

Sub-ben se autoabastecía. Como tal ciudad poderosa, Sub-den era una

fortaleza de la potencia física de los Hombres, un poder que rivalizaba con el de los Trisz, pero que no podía ser usado contra el enemigo.

Además de las sesiones de laboratorio, Kor asistía a conferencias de adoctrinamiento con grupos de estudiantes en ellas.

—Todas las fuerzas que podamos reunir —decía el conferenciante, un Hombre de cabellos grises— no pueden nada contra la impenetrable coraza de los Trisz. ¿De qué es esa coraza? No es nada que podamos ver, nada que podamos destruir. La sutil naturaleza física de los Trisz está más allá de nuestro poder destructor.

A Kor empezaron a fastidiarle las sesiones obligadas de laboratorio, sesiones que sólo le producían fruncimientos de perplejidad y muchas rascaduras de cabeza. Él lo que quería era salir, atacar el problema en forma activa y no con aburridas conferencias y con investigaciones acerca de las probabilidades.

Estaba sentado con Soma a una de las mesas del Pabellón de la Danza. Ráfagas de un aire frío y perfumado chocaban con ellos y pasaban de largo, cuando las danzarinas giraban en torno a ellos a la luz de un proyector. Sobre sus cabezas, un cielo nocturno simulado brillaba, cuajado de estrellas, en una exacta reproducción de la galaxia. Una luna, en cuarto creciente, se deslizaba con lentitud por el cielo artificial, al mismo tiempo que lo hacía la luna real, visible en el exterior.

—¡No sé! —dijo Kor de pronto, apoyando la cabeza entre las manos, en un acceso de desesperación, y dejando después que se desplomara sobre los brazos doblados—. ¡Soma, esto es una prisión! ¿Cuánto durará esto? Después de todos estos meses, los psiquiatras no han encontrado nada, excepto lo que he podido explicarles o enseñarles. ¿Que mi mente es el producto de un superior desarrollo de una normal? Bueno. ¿Y qué? No aguanto más este tira y afloja.

Soma acarició su mano delicadamente. Él la miró a la cara.

—¡Por favor, Kor! Lo que hacemos es para los Hombres tan importante como las otras cosas que se realizan en cualquier otro lugar.

—¡Hace un año que hablamos con Val Shan! —exclamó Kor—. No lo he vuelto a ver desde entonces. Lo he intentado dos veces y no estaba visible. Admiten que, al tenerme, han conseguido algo especial. ¿Por qué no lo utilizan?

—Lo harán, Kor. Lo harán. Sólo tienes que esperar.

—¡Esperar! Soma, he estado extrapolando. No puedo conseguir ni una sola escena limpia como lo hacen la mayoría. Sólo consigo tener el presentimiento de que algo maravilloso va a suceder, pero no sé cuándo. El no saberlo se me está haciendo intolerable.

Ella apretó su mano.

Kor la miró de reojo.

—Ya lo sé. Tú querrías que yo siguiera esperando... ¡esperar! Bien, *he estado* esperando. Tú conoces la historia de mi padre... y sabes lo que he

ansiado durante toda mi vida: pertenecer a los Exploradores. Si nadie puede descubrir de dónde vienen los Trisz, *yo sí* puedo. Ya te he dicho cómo puedo provocar el Fuego. Yo soy el único que puede hacerlo, Soma. Se necesita tener *mi* mente para ello. Ningún otro puede siquiera ser entrenado para eso.

—Por favor, olvídate de eso ahora, Kor, y disfrutemos del espectáculo. Quizá falte poco para que llegue el momento.

—Pronto... ¡bah! —gruñó.

Ella apartó su mano de la de él.

—¡Estoy harta, Kor! —saltó—. En lo único que sabes pensar es en marcharte, afuera, al mismísimo borde del Universo. ¿Nunca te has parado a pensar en lo que yo sentiría?

La expresión de Kor fue cambiando lentamente hasta que desapareció su mirada exaltada.

—¡Soma, estás llorando!

—¡Tu mente poderosa! —lo miró resplandeciente de furia—. ¡En eso es en lo único en que piensas! Cien generaciones de Hombres han combatido a los Trisz en silencio, sin ansiar gloria. ¿Y qué es lo que se te ocurre a ti decir de ello? ¡Que puedes, sin necesidad de que nadie te ayude, desbaratar el Universo, pero que no puedes hacer la menor cosa por mí!

Se puso de pie en un salto; sus ojos llameaban a través de sus lágrimas.

—Ya estoy cansada, *¡Eminentísimo Kor!* Vete a decirle a Val Shan lo poderoso que eres. Quizá él no se ha dado cuenta todavía.

Soma, en una carrera, había llegado a la calle iluminada, antes de que Kor pudiera agarrarla por el brazo. Se desprendió de su mano suplicante y siguió andando con la cabeza alta y sin mirarle.

—¡Soma! ¡Por favor, no corras! Detente y...

Soma estaba seria y en su cara se veían los surcos de las lágrimas.

—Muy bien, ya me he parado. Y ahora, ¿qué?

Él la cogió por el brazo sin darse cuenta de que los transeúntes los miraban con divertida comprensión.

Kor echó una ojeada a su alrededor.

—Vayámonos de aquí. Yo... yo tengo algo que decirte.

En el centro de la ciudad-caverna había un parque enorme. Todas las clases de plantas crecían en él, desde simples arbustos hasta pinos. Una brisa artificial soplaba en ese momento susurrando por entre el follaje, y siseando por entre las agujas de los pinos. Llegaron a un pequeño lago, de aguas rizadas, donde rielaba el resplandor de la luna artificial en el fingido cielo. Había muchos bancos en las sendas, débilmente iluminadas, pero él encontró, al fin, uno que daba frente al lago. Hizo que Soma se sentara junto a él. No le permitió que retirara las manos.

—Si yo no te hubiese detenido, habrías seguido andando, ¿no?

Ella miró a lo lejos, por encima de las danzarinas ondas del lago artificial.

Kor dijo acongojado:

—Bien, al dejarme, en la forma en que lo has hecho... volví en mí. Estaba

tan interesado a ser un Hombre que... bien, ¡había olvidado que era ser humano!

Ella se inclinó hacia él interesada. Kor tomó la cara de Soma súbitamente entre las palmas de sus manos y la besó. Ella no se apartó. El pequeño suspiro de Soma no podría decirse que era un grito de victoria, pero sirvió para el mismo fin.

—Soma, ya que los dos tenemos que permanecer aquí, podríamos... bueno, podríamos...

Ella frunció la frente y después estalló en risas ante la actitud cabizbaja de Kor.

—Nosotros podríamos, ¿qué, Kor?

—¡Por favor, cásate conmigo, Soma! —murmuró Kor pleno de euforia.

—Yo nunca, nunca habría esperado esto, querido. ¿Cuándo será? Podría ser para el próximo día de Logia, desde luego.

—Con toda seguridad necesitarás más de tres días para conseguir todo lo que necesitas.

—Yo ya lo tengo todo, Kor. —Ella irradiaba felicidad—. Yo... yo he estado juntándolo durante meses. Casi todo lo que gano lo he ido dedicando a...

Kor se echó hacia atrás y la miró con fingido asombro.

—Tú sabías que yo estaba sometido a un juramento de castidad, ¿no?

—¡Oh, eso! Hace cuarenta y siete días que expiró. Como ves, te he ido siguiendo la pista.

A Val Shan le agradó el compromiso.

Dijo:

—He estado esperando que sucediera algo así, Kor. Estoy más bien inclinado a sostener la teoría de que tu mente divisible es consecuencia de una mutación. Es posible que pueda ser cedida a futuras generaciones.

—No se me ha ocurrido pensar en eso —replicó Kor.

—Es que no podrías —y Val Shan sonrió—. Si el futuro de la raza se hubiese dejado en manos de los propios interesados, me temo que habría dejado de tener un futuro desde hace ya mucho tiempo. Te he mandado llamar, Kor, precisamente para hablar de esto.

Kor prestó atención.

—Me parece que has cambiado bastante desde que viniste por primera vez a Sub-den. No será necesario retenerte aquí mucho tiempo.

—¡Los Exploradores!

Val Shan sacudió la cabeza.

—Todavía no, Kor. Y quizá nunca. Sobre todo cuando estás asumiendo las obligaciones que implican la vida en familia. He pensado en algo igualmente interesante y lleno de actividad. Tan pronto como te cases, ven a verme de nuevo. He planeado una luna de miel para ti.

Kor parecía confuso.

—¿Qué es una... cómo dijo?

Val Shan se echó a reír.

—Una luna de miel es una expresión antigua que se refiere al viaje de los recién casados. Un viaje que se hace completamente solo. Comprenderás su significado —hizo una pausa para sonreír lentamente— antes de que el tuyo termine.

La ceremonia no tuvo lugar en el siguiente día de Logia. Tuvieron que ultimarse muchísimas cosas, a pesar de los preparativos de Soma. El casarse era una cuestión más complicada de lo que Kor había pensado... o Soma. Hasta que pasaron dos días de Logia no estuvo todo listo.

Ninguna clase de adiestramiento podría haber preparado a Kor para esto. Afortunadamente, su participación activa no fue necesaria. Él iba adonde Soma, y otros, lo empujaban, incluyendo al Eminentísimo Ten Rogan, que al aparecer aún vivo, llenó de alegría a Soma. Como todos los novios, desde el principio de los tiempos, se limitó a estar de pie y a hacer lo que le dijeron.

XV

LA TRAGEDIA DE LAREL IV

—¿Has oído hablar del Grupo de Colonización? —quiso saber Val Shan.

El término resultaba vago para Kor Danay. Todas sus indagaciones se habían dirigido hacia las actividades de los Batallones de Exploradores.

—¿Quiere usted decir la búsqueda de las colonias humanas establecidas por los Trisz?

—No. Ésa es una parte de la tarea de los Exploradores. Tenemos otro cometido que está encomendado al Grupo de Colonización. Cuando llegue el momento de evacuar al Pueblo de la Tierra, lo que intentamos es desparramarlo lo más posible, colonizando los mundos jóvenes de todo el espacio. Pero antes que el Pueblo pueda ser trasladado a esos mundos, hay que hacer un montón de trabajos científicos sobre la naturaleza del terreno.

Las palabras del anciano se filtraron a través del velo de decepción de Kor. Pero esto, al menos, significaba la libertad. Podría abandonar Sub-den.

—Pienso enviarte como investigador agrológico —siguió diciendo Val Shan afablemente—. Lo que se pretende de ti es que hagas análisis minuciosos sobre las posibilidades de vida en los mundos que se detallarán en una lista. Tu primer viaje te llevará, quizá, un año.

—¡Un año! —Kor se atiesó en su silla—. ¡Pero, señor...!

—Estás pensando en Soma. Yo también. Puedas llevar contigo a tu mujer.

—¡Pero ella no puede...!

—No, ella no puede televiajar por sí misma, como podemos tú o yo, Kor. Por tanto, tendrás que televiajarla, junto con un laboratorio analítico. Una nave espacial, en efecto.

Val Shan se acercó a la pared de su despacho y apretó un botón invisible. Las luces de la habitación se fueran apagando hasta casi extinguirse, al mismo tiempo que el muro se partía en dos dejando ver un deslumbrante panorama. Incontables estrellas resplandecían ante los ojos de Kor como si éste flotara en el espacio, lejos de cualquier sol.

—Ahí afuera, al filo de la galaxia —dijo Val Shan—, hay un sinnúmero de mundos jóvenes, muchos de los cuales no han sido tocados por los Trisz. Son mundos perfectos, muy parecidos a lo que era la Tierra hace un millón de

años. Tienen climas soleados y constantes, abundancia de humedad y de vegetación. Algunos están habitados escasamente, otros no poseen más que tipos primitivos de animales y plantas. El laboratorio analítico tiene un equipo para registrar los hechos ecológicos que necesites reunir.

Una pompa de plástico flotaba en la estratosfera del planeta Larel IV. Relucía como una gota de mercurio contra un cielo azul-negro en el que brillantes estrellas emitían deslumbradores haces de luz. El tipo GO de sol de este sistema, un enano amarillo como antes lo había sido el de la Tierra, resplandecía a una distancia de 168.000.000 de kilómetros del planeta. La pompa descendió lentamente hacia el rostro de Larel IV coronado de nubes, una mota chispeante en la inmensidad de la atmósfera superior.

Soma estaba extasiada y llena de emoción ante el espectáculo.

—¡Mira, Kor, lo espeso que es el aire! Apenas se puede ver la superficie. Es azul y de aspecto viscoso... ¿Podremos respirarlo?

La mente de Kor controló automáticamente el descenso de la burbuja. Extraños campos de fuerzas que empapaban cada molécula de la nave y de sus ocupantes, les permitían cernerse desafiando la gravedad, o les hacía avanzar en la dirección que deseaban.

—Ése es el efecto que produce el vapor de agua en el aire —le dijo Kor—. Esas masas y tiras de aspecto velloso son nubes formadas por gotitas de agua. Sometidas a ciertas condiciones, las gotitas se condensan y caen en forma de lluvia. ¿Has visto llover alguna vez?

Ella lo miró asombrada.

—He oído decir que ha llovido en algunos lugares de la Tierra, pero nunca ha sucedido eso en Ka-si, al menos por lo que yo puedo recordar.

—Aquí lo verás muchas veces —y Kor se echó a reír.

Maniobró la nave para que descendiera hasta una altura de sólo unos centenares de metros y quedó colgada sobre las blancas crestas de un mar color azul oscuro y ondeante. La pompa se dejó llevar en las alas de una veloz brisa marina.

Larel IV era un planeta de tipo semejante al de la Tierra, con un diámetro un poco mayor que ésta, pero el tironazo de la gravedad en la superficie era sólo un poquito más pronunciado. Kor confrontó sus observaciones con el informe original de los Exploradores. El planeta poseía llanuras, selvas, y áreas montañosas cuajadas de animales salvajes.

El tipo indígena lo formaban unas pocas tribus, que habitaban en cavernas, y que estaban muy distantes unas de otras. Probablemente se encontraban en los principios de la Edad de Piedra.

La burbuja de plástico era arrastrada cada vez a mayor velocidad sobre las olas que, allá abajo, se veían coronadas de blancas crestas.

—Podemos permanecer aquí un mes o más —decidió Kor—. Podemos tomarnos todo el tiempo que queramos. Por mí, no hay prisa. Estoy

empezando a comprender lo que Val Shan quería decir con aquellas palabras: luna de miel.

Atrajo a Soma hacia sí para estar más cerca de ella.

La nave pasaba sobre un litoral cremoso. Unas cuantas islas pequeñas punteaban el panorama azul-negro a una distancia de unos cuantos kilómetros de la playa, rodeadas por el oleaje y relucientes bajo el amarillento resplandor de este extraño sol.

—Hay un río —y Kor lo señaló.

El río cortaba, casi en línea recta, la lujuriante sábana que lo limitaba. Su boca se ensanchaba al unirse con el mar, en un abanico bordeado de olas y formado por una mancha grande de agua fangosa.

—Podemos empezar nuestras investigaciones siguiendo su cauce. Un río como éste será un medio de transporte para las futuras colonias.

Rápidamente, Kor preparó el tomavista que en forma automática empezó a zumbar en fugaces tics. El laboratorio tomó velocidad y voló en contra de la corriente.

El río se bifurcaba una y otra vez. Ellos seguían siempre la rama más larga. Pasaron sobre terreno accidentado, quebrado, donde el río se proyectaba en altas cataratas que parecían hechas de plumas, formadas por la furia tumultuosa de aguas hirvientes y pulverizadas que caían desde el borde de precipicios que tenían una altura de centenares de metros. Habían llegado a las regiones montañosas y, frente a ellos, una cadena de montañas adornaba con sus picos el horizonte.

Kor comprobó de nuevo sus observaciones midiendo la longitud y altitud planetaria. Fue por esta región donde los Exploradores habían localizado unas tribus de aspecto humano que vivían en cavernas y cruzaban las llanuras al efectuar sus cacerías.

—¡Qué hermoso es este mundo! —exclamó Soma mirando hacia abajo—. Kor, me gustaría vivir en un mundo como éste.

El mismo Kor estaba abstraído por el espectáculo. Un hilo de plata hería la pradera atravesándola y serpenteaba entre la arboleda, una corriente chispeante que a veces se ocultaba bajo el denso follaje de un macizo boscoso, y otras se hacía medio invisible cuando una ligera brisa, momentáneamente, hacía ondear la frondosa capa. Hacia poniente, las montañas, hinchadas por la nieve que las cubría, brillaban contra el delicioso azul del cielo; sus bases, ocultas por la neblina celeste de la distancia.

—Podemos aterrizar aquí —dijo él.

Tomó a Soma de nuevo en sus brazos y la besó.

—Hay otros mundos, ya sabes. Tenemos el Universo para escoger. Donde más te guste, querida, allí nos quedaremos.

La luz del bosque en miniatura se oscureció de repente y tomó un matiz verdoso, que proyectó una misteriosa palidez sobre sus caras. Soma miró a Kor sorprendida.

—Kor, ¿qué le pasa al sol?

Kor se echó a reír.

—¡Escucha! —dijo.

El casco de la nave resonaba con un musical y rítmico chapoleteo que fue haciéndose más y más intenso hasta llegar a ser un rugido crujiente.

—Pero, ¿qué es eso?

—¡La lluvia, querida!

—¿La lluvia? ¿Es así como suena la lluvia?

—Así es como suena en Larel IV. He querido que estuviésemos bajo la ducha para que aprendieras algo más. ¿Te gusta?

Soma corrió hacia la ventanilla y escudriñó el exterior, pero todo había quedado oscurecido por una catarata de agua espumosa que chorreaba por el panel transparente.

—¡La lluvia... *lluvia*! Kor, ¡salgamos afuera!

—¡Nos mojaremos!

—Ya lo sé. ¿No será maravilloso? ¡Agua cayendo del cielo! Más agua de la que nunca haya visto antes!

Él ya estaba comprobando los instrumentos analizadores, determinando la presión y constitución de la atmósfera lareliana.

—La proporción de oxígeno es ligeramente mayor que en la Tierra, un treinta por cien por unidad de volumen; el resto lo constituye el nitrógeno y unos cuantos indicios de gases. Es respirable... y por tanto podemos salir, querida. Pero ten cuidado donde pones los pies.

El mecanismo de cierre de la cámara intermedia dio una sacudida, y la puerta se abrió con un ligero silbido al entrar la presión exterior en la nave. La puerta de la cámara quedó completamente abierta y una húmeda bocanada de aire fresco y vapor de agua entró a borbotones.

Juntos, abandonaron como saetas la burbuja y se emocionaron al sentir chocar las limpias y húmedas gotas sobre sus cabezas y manos. A su alrededor, el bosque olía a cosas en formación, a mantillo empapado, a humedad creadora de vida. La lluvia era templada y caía ahora en grandes gotas. En un momento estuvieron los dos mojados hasta los huesos, riendo alegremente por las íntimas caricias del agua sobre sus cuerpos.

Kor sabía lo que le pasaba. Era el oxígeno que poseía la atmósfera en grado un poco excesivo; eso y la excitación de ver la lluvia y este extraño nuevo mundo. Él le gritó que volviera, pero ella se echó a reír, le hizo señas con la mano y se escabulló.

Tan rápidamente como había empezado, la lluvia cesó. Las nubes huyeron como un rebaño de asustadizas y lanudas ovejas hacia el horizonte. El sol volvió a salir, amarillo, brillante y fuerte. El vapor de agua se elevó de la pradera. Soma se desplomó entre la hierba que súbitamente había recobrado su placidez.

Kor la llevó de vuelta a la nave. Soma estaba completamente exhausta, pero rebosante de alegría, lo que hizo que Kor refrenara su intención de mostrarse severo.

—Esto no es la Tierra, ¿sabes? —la regañó—. No podemos hacer ningún esfuerzo hasta que no estés habituada al lugar.

Los días que siguieron fueron para Soma un cielo de delicia. Kor trabajaba asiduamente con el equipo analítico y con el instrumental dedicado a recoger toda clase de informes, pero, a pesar de eso, les sobraba tiempo para retozar, explorar, nadar y tumbarse al sol en la arena de la ensenada. Muchas veces, mientras que él trabajaba dentro de la burbuja, salía ella sola. Los seres que habitasen este planeta se los representaba bajo la forma de simples animales, irreales y lejanos. El mundo era de ellos, para disfrutarlo como quisieran.

Kor había dedicado todo el día para clasificar una docena de variedades de estoloníferas, hierbas de la pradera y algunas otras que podrían ser cereales o portadores de granos. Estas últimas fueron cuidadosamente guardadas en la sección hidropónica de la nave para futuros estudios, a realizar en condiciones normales de crecimiento. Los análisis de tierra y aire estaban acabados. Los cristales portaobjetos guardaban muestras de la estructura celular de las plantas, como también de la de unos cuantos roedores que vagaban por los campos y bosques. Había tomado nota de todo lo valioso de esta región. Acto seguido se trasladarían a las montañas para ver lo que había tras ellas. Kor entró en las habitaciones destinadas a vivienda para decirle a Soma que iba a partir.

La puerta de la cámara intermedia estaba abierta a una tarde soleada. Un pequeño insecto alado zumbaba diligentemente bajo la luz amarillenta del sol. Soma no andaba por allí, pero Kor vio que había dejado una nota.

Querido. No quise molestarte. Como sé que nos vamos he ido a la playa para darme el último baño. ¿Vendrás conmigo?

Kor sonrió. Algún día, pensó, tendría ella una playa suya. En alguna parte encontrarían un mundo ideal y se establecerían en él. Quizá Larel IV era ese mundo y esta la playa.

Dejó la nave y empezó a recorrer vivamente la senda que ellos habían formado en su camino a la ensenada. Podía oír el chapoteo de Soma en el agua y cómo cantaba melodiosamente llena de vida exuberante.

Kor salió de la maleza que terminaba en la parte alta del banco de arena que formaba la bahía... y se quedó helado.

Captó la escena, completa y caleidoscópica, con sólo una fugaz mirada de su mente —el agua rizada y musical, azul en la zona libre de amplia curva, y de un color verde apagado en las orillas. Vio cómo en ella se reflejaban las hojas aleteadas de ramas inclinadas y las peñas de flancos musgosos, y a Soma, cuya imagen se repetía en las quebradas ondas de las aguas dulcemente rizadas; y sobre ella algo semivisible, una cosa horripilante que ondeó casi invisible en el aire al ir descendiendo silenciosa e implacablemente para envolverla.

—¡Trisz!

El odioso pensamiento pasó como un cuchillo por la mente de Kor Danay. Éste quedó aturdido, mirando como fascinado. ¿Qué estaba haciendo el Trisz? Cuando las vibraciones invisibles la envolvieron, los contornos de Soma aparecieron calinosos y distorsionados; su cabeza lanzada hacia atrás, los brazos hacia adelante y la espalda arqueada.

Por un instante Kor luchó consigo mismo. Él podía liberar todo el poder de su mente contra aquella cosa para salvar así a su amada, pero toda una vida de perfeccionamiento le incitaba a actuar de forma contraria. En su cerebro, un gigantesco martillo comenzó a golpear sobre un yunque con sonido de campana; cada golpe era un horrísono sonido metálico de palabras que saltaban sobre él: *Juro solemnemente... los invulnerables Trisz... no usar mi poder... no... la está matando... no...*

Desesperadamente luchó para derrocar la disciplina de toda su vida. Y fracasó. La fuerza de la costumbre fue demasiado fuerte para deshacerse de ella en forma tan súbita.

Aquel instante de forcejeo quebró su mente y convirtió en astillas su conciencia. El momento en el que pudo haber actuado pasó. Kor cayó sin sentido; el monstruo sació su hambre y siguió su marcha.

XVI
LOS THURBS

La noche cayó sobre la frondosa llanura, sobre las aguas cantarinas del río. Las estrellas se destacaron con toda su resplandeciente gloria. Constelaciones singulares giraban despacio por el extraño cielo, se ocultaban tras las lentes nubes y desaparecían. La aurora trajo consigo una fría llovizna.

Kor Danay se despertó. Miró los hoyuelos que la lluvia había formado en la arena y supo que había sido obra del agua, pero su comprensión no llegó a más. La pompa de plástico yacía a su espalda, pero él no pudo recordar nada de su laboratorio, de su propósito, de dónde había venido, ni de los pasajeros que había traído con él.

Un solo pensamiento, confuso, helaba con fuerza su mente. Él iba a las montañas. ¿Qué había en ellas que lo llamaba? No lo sabía. Obedeció al mundo impulsado que huía del subconsciente. ¿Adónde tenía que ir, si no era a las montañas?

De las veces que el sol salió durante su caminata Kor nunca recordó nada. No se detenía a comer. Una parte de su superconsciencia funcionaba automáticamente, sacando el sustento de los sub-niveles de la consciencia, restaurando y reconstruyendo su humanidad a medida que se desgastaba en su incesante jornada. Un simple ser humano habría muerto bajo estas condiciones. Su cuerpo estaba cubierto de lodo seco y apelmazado. La barba empezaba a formársele.

Las semanas pasaron. Vagamente, Kor se dio cuenta de que seguía una senda que lo llevaba poco a poco hacia arriba. El terreno era rocoso en algunos sitios, y la hierba, pequeña, crecía a mechones. Las coníferas susurraban con el airecillo; lozanas campánulas colgaban de las ramas, elevadas por el viento, como faroles que tuviesen persianas para resguardar su luz.

Dos ojos feroces y amarillos relucían centelleantes, vigilando el ascenso del Hombre. El *kther* estiró repentinamente su larga cola y pasó por su mandíbula, de grandes colmillos, una lengua rosada. La bestia alzó la cabeza, armada de cuernos, sobre el baluarte rocoso, tras el cual se agazapó para, de seguida, deslizar, con suma elegancia, su cuerpo gatuno, subir y pegarse al

suelo.

La senda se allanaba al ensancharse en un prado herbáceo. Los ciervos levantaron las puntas de sus astas y corrieron en busca de la seguridad que les ofrecía la empinada cuesta boscosa. Habían captado el olor del furtivo *kther* acechando su presa.

Kor no aminoró el paso mi miró hacia atrás. El animal se lanzó dando saltos tras su víctima. A una distancia de unos doce metros se detuvo, con la zarpa delantera alzada, y aulló en forma escalofriante.

Lentamente, el Hombre se volvió. Divisó la bestia, y tras ella una extensión de prado que llegaba hasta las rocas, que orillaban esta depresión en forma de taza. Su mente agitóse con perezosa curiosidad. Dio un paso hacia la bestia.

Otros ojos vigilaban —seis pares, de color castaño, escondidos en profundas cuencas y sombreados por cejas hirsutas. Una partida de caza de los thurbs había ido a la montaña en busca del ciervo, habituado a frecuentar este parque. Estaban atónitos viendo cómo el feroz *kther* y el Hombre se enfrentaban uno al otro.

—Ése no es thurb —dijo An-Ga, jefe de la tribu de Go que era quien dirigía la caza—. Fijaos en su color... y en el pelo que tiene en la cabeza y cara. ¿Puede ser humano?

—Lo que quiera que sea —dijo Strob, hermano de An-Ga—, lo cierto es que no tiene miedo. ¡Mirad, avanza hacia el *kther*!

—¡El *kther* es la más feroz de las bestias!

—¿Qué puede hacer él contra el *kther*? ¡No lleva armas!

El Hombre y el rugiente *kther* estaban uno frente al otro. El Hombre, lleno de curiosidad y de dudas. La piel negra y reluciente del *kther* estaba erecta a lo largo del lomo ondulante, cuyos temblores corría hasta la cola crispada. Los grandes y amarillentos ojos estaban fijos, sin un parpadeo, en el Hombre. Aquella boca roja se abrió en un mudo rugido.

Kor hizo alto, perplejo ante la actuación del animal. Mientras que consideraba el problema, el *kther* se encogió hasta ser un bulto temblequeante y sacó las uñas arracimadas de sus extremidades;

Kor observó el salto con indiferencia. La masa del animal pareció cubrir el espacio que los separaba con un movimiento lento y ondulante... después el *kther* se desplomó sobre él. Uñas relampagueantes rasgaron como cimitarras. Un dolor, como de quemaduras, chorreó por la espalda y costados de Kor. Deseó la muerte de la bestia... y el poder de su mente se zafó de sus sombrías cadenas.

El gran *kther* dio un chillido y rodó, quejándose aún, sobre la hierba.

Penosamente, Kor logró ponerse en pie. Quedó, vacilante, mirando al *kther*. La bestia estaba muerta. Kor supo que iba a desmayarse. Se echó en el suelo cuan largo era.

Impresionados y temerosos, los thurbs avizoraban desde su refugio.

—¡Realmente —gritó An-Ga con voz estentórea— no es un thurb, pero sí

un Grande!

—¡Un Grande! —exclamó el grupo de seguidores.

—¡Vayamos! ¡Quizá necesite de nuestra ayuda!

Vestidos de pieles y arrastrando sus lanzas, los calvos thurbs irrumpieron en el prado y se reunieron alrededor del vencedor y del vencido.

—Todavía vive —les dijo An-Ga palpando el cuerpo de Kor—. Pero está herido. El *kther* le ha desgarrado las carnes con sus zarpas.

—¡Aie! ¡Entonces, morirá! Todo aquel a quien el poderoso *kther* clave sus garras desciende al mundo de las sombras.

—A menos que sea un Grande.

Uno de los thurbs, que estaba agachado, exclamó:

—¡Mirad... sus heridas! ¡El Grande se cura a sí mismo, sus heridas cicatrizan!

Los cazadores se inclinaron mirando fijamente los ojos asombrados. Lentamente, las heridas abiertas en la carne de Kor, que parecían bostezar, se cerraban, entrelazándose, cicatrizando por sí mismas. Mientras que lo observaban, el último surco se cerró, y el Sabio quedó echado sin un rasguño que desfigurara su piel.

Los thurbs empezaron a dar gritos. Sacudían las lanzas y danzaban una y otra vez alrededor de Kor y del derrotado *kther*, pisoteando, hasta aplastar, la hierba, cantando con salvaje y primitiva alegría.

—¡Viva el Grande! ¡Ha vencido al *kther*! ¡Ha sanado sus heridas! ¡Viva el Grande! ¡Aie...!

Y así danzaron y aullaron los thurbs, intoxicados por lo que habían visto.

Kor Danay dio una vuelta sobre sí y quedó sentado. El griterío ensordecedor le aturdía. No recordaba la lucha contra el *kther*. Miró su cuerpo sin interés y levantó la cabeza para incluir en el campo de visión a los exaltados thurbs. Ellos vieron su mirada, se separaron y echaron a correr. Kor volvió a mirar al *kther*. Se preguntaba cuál era ese animal y por qué no se movía.

Se puso en pie, se desperezó y comenzó a andar rápidamente hacia el bosque que había más allá.

Los thurbs se agruparon en silencio al ver cómo se marchaba.

—¡El Grande! —gritó Strob— ¡Nos abandona!

—¡Cogedlo! —ordenó An-Ga.

Los thurbs se quedaron mirándole. Entre ellos, ¿quién era el loco que fuese capaz de hacerlo? ¿No era el extranjero un Grande? ¿No había matado al *kther*? Ninguno de ellos se aventuró a avanzar mientras no lo hicieron juntos y despacio. Siguieron a Kor llamándolo a gritos, suplicándole, halagándole. Kor no los escuchaba; llegó hasta el límite del bosque, se sentó en las raíces de un alto pino que sobresalía de la tierra y contempló el camino por donde había llegado.

An-Ga conducía a los suyos. Iba al frente separado del resto por un espacio de media lanza, un puesto al que lo obligaba su jefe. Graznó humildemente:

—¡Quédate, oh Grande!

Kor se preguntó quiénes serían los que avanzaban. Eran Varoniles, musculosos, casi torpones por su gran estatura. Tenían anchas y peludas cejas, pero en sus rostros y cabezas no tenían cabellos. Por donde las pieles de lobos no los cubrían, se podía ver que sus cuerpos eran groseramente velludos.

Los thurbs, al ver que Kor los miraba, se reunieron apretadamente para conferenciar. Después, An-Ga dejó a sus compañeros, avanzó una pasos y colocó la lanza en el suelo. Arrodillándose entonces, retrocedió, así de rodillas, para reunirse con los suyos. Uno a uno se llegaron de igual forma para desprenderse de las lanzas y retroceder igualmente.

Empezaron a cantar, era una jerga ininteligible, pero Kor escuchó algo en lo más profundo de su mente que hablaba por este pueblo simple.

—¡Somos thurbs, oh Grande! ¡Rendimos nuestras armas ante ti!

El sentido se quebró hasta formar un parloteo sin significado posible, sólo un oscuro sonido de palabras.

Kor se levantó y se acercó hasta las lanzas amontonadas. Las miró. Eran largas varas de madera que tenían acopladas agudas puntas pétreas.

—Toma nuestras armas, ¡oh Grande!

Una vez más, Kor captó el sentido del pensamiento y dirigió la vista hacia los thurbs arrodillados. Algo que en ellos había le incitó a ser compasivo.

Esto son lanzas —pensó Kor—. *Y estos seres son thurbs. Yo no soy un thurb. Yo soy un Grande*.

De repente se sintió feliz, como si hubiese resuelto un problema desconcertante. Levantó las dos manos y pronunció la única palabra que podía recordar: «¡Kor!»

—¡Kor... Kor! —gritaren a una los thurbs.

Se pusieron de pie en un salto, parlotearon y agitaron sus armas.

Kor Danay les dio la espalda y, majestuosamente, se introdujo en el bosque. Se olvidó completamente de ellos. Los thurbs le siguieron durante tres días, adentrándose cada vez más y más en el bosque. Sus fuerzas flaqueaban. Las lanzas parecieron ser más pesadas de llevar.

—¡No come ni bebe! —protestó An-Ga—. ¡Y sólo se detiene brevemente para dormir! ¿Cómo podremos seguir a su lado si hace tres días que no comemos?

—Marchémonos —apremió Strob—. Debemos volver a nuestro escondrijo de la pradera, donde encontramos al Grande. Lo olvidaremos y conseguiremos carne para nuestro pueblo de las llanuras.

—Lo hemos seguido durante tres días —volvió a decir An-Ga—. Estamos hambrientos. Moriremos de inanición antes de que podamos llegar a nuestro puesto de caza.

—¿Cuánto puede durar un hombre sin comer, sea o no Grande?

—¡Necesitamos comida y agua!

—¿Qué nos importa a nosotros este Grande? ¿Por qué vamos tras él?

—¿No nos han dicho los ancianos de la tribu que los Grandes aman a los thurbs? ¿Qué clase de amor está demostrando tener éste por nosotros?

Así hablaban y discutían entre ellos. Kor hizo alto, acosado por un confuso clamor de pensamientos. Venían de los thurbs y decían de descontento, desgracia, hambre y sed. Las mentes de los thurbs le hicieron saber que el hombre era también sufrimiento, pero él no sabía lo que era el sufrimiento. Y ¿qué era la sed? La sed es sufrir de manera diferente, pero similar a la del hambre. Kor acogió el pensamiento e inconscientemente lo moldeó hasta encajar en la abstracción de la necesidad. El hambre y la sed eran expresiones de la necesidad. Una lo era de alimento, y la otra de agua.

Se volvió a An-Ga y le preguntó:

—¿Qué es sed?

An-Ga le dijo:

—Señor, necesitamos agua y comida. Y descanso también, porque el camino ha sido duro siguiéndote.

Kor comprendió el pensamiento.

—¿Agua?

La palabra no era la misma que utilizaban los thurbs. An-Ga ahuecó las manos e hizo como si las sumergiera en un líquido. Después se las llevó a los labios.

Kor cerró los ojos. Había un manantial que fluía a borbotones en la ladera de la montaña y que estaba a un kilómetro escaso. Notó su presencia, cogió a An-Ga por los hombros, lo puso de cara a la dirección que debía tomar y lo empujó. An-Ga dio unos pasos tambaleantes y se detuvo. Kor fue a coger otro thurb pero éste retrocedió.

Kor se alejó de ellos y echó a correr por la ladera abajo. La pobre banda de los thurbs se apresuró a seguir sus pasos. Unos minutos más tarde, yacían echados en plena y satisfecha relajación por haberse hartado de agua.

Comida —pensó Kor—. *Los thurbs necesitan comida*. Estuvo perplejo ante el problema de no saber lo que podía ser comida hasta que un thurbs evocó con el pensamiento la caza del ciervo. Vio cómo los thurbs corrían por el bosque con las lanzas preparadas. Les vio detenerse, agacharse y después lanzar el arma. Un animal ágil, y de cuernos, caía. *Eso es comida*, pensó Kor.

Se sentó sobre una roca sobresaliente, junto al manantial, y cerró los ojos. Su mente se extendió; llegó hasta una familia de ardillas comiendo piñones en un árbol cercano. No tenían cuernos. No era comida. Lanzó su mente más allá.

Una manada de ciervos pacían en una pradera. El hambre había hecho enflaquecer a los thurbs. Estaban demasiado débiles para ir tan lejos. Kor continuó sentado en completo silencio. Los ciervos alzaron la cabeza y miraron atrás como si hubiesen escuchado cómo los llamaba. Comenzaron a marchar hacia el borde de la pradera, cada vez más de prisa, hasta que, muy pronto, el rebaño corría a toda velocidad por el bosque. Sus delicadas patas

pisoteaban el césped... más de prisa... más de prisa.

Strob dijo:

—Nos ha guiado hasta el agua, pero, ¿debemos morir ahora de hambre?

—Es un Grande —replicó An-Ga—. ¿Podemos dudar de los Grandes? Nos ha dado agua. Alégrate. Nos dará también comida.

Los thurbs formaban un semicírculo ante Kor y tenían empuñadas las lanzas. Las orejas primitivas de An-Ga se atiesaron. ¿Había sido aquello el ruido de una pezuña sobre las piedras? Lanzó una áspera orden. Los thurbs se desvanecieron alejándose de la figura solitaria y abstraída.

Los ciervos llegaron con paso rápido: ojos desorbitados y hocicos húmedos, como de rocío. Los thurbs dejaron su asombro para más tarde. ¡Aquí estaba la comida!

XVII
EL GRANDE

Los thurbs estaban felices y satisfechos, y habían recuperado la fe en su Grande. Kor meditaba en místico silencio. Aceptó a los thurbs como suyos. Era su pueblo. Por ellos había ido a las montañas.

Los thurbs encendieron un fuego con el pedernal de una punta de sus lanzas y asaron parte de la pieza. Comieron y entonaron alabanzas a Kor.

Los thurbs hablaban ahora de reservar el resto de la carne y ponerse en marcha por la mañana hacia las cavernas en las que habitaba la tribu. Kor escrudiñó las mentes de los thurbs. Terminó imaginándose un agujero entre las rocas, un lugar frío cuando el sol quemaba, y cálido cuando aullaban el viento y la nieve. Había algo familiar en el hecho de habitar una cueva, algo cómodo que estaba relacionado con el fuego, y con algo más, algo que era más bien una sensación que un hecho real. La palabra flotaba por la consciencia de Kor... el hogar.

¡El hogar! Kor Danay sintió un dolor inexplicable. Iba a su casa. Siguió a los cazadores, cargados de comida, que atacaban las escarpadas montañas.

Dos días de dura marcha por las montañas los condujeron a un cañón de paredes altas y mal encaradas constituidas por rocas que los elementos habían erosionados. Sobre el cañón se alzaba un cono cubierto de nieve, y desde su cima se veía elevarse humo en espirales. Una nube pequeña de vapor de agua se condensaba sobre el cono y caía en una lluvia sin fin sobre el inextinguible fuego del volcán.

El suelo del cañón se allanaba al comenzar un terreno cubierto de césped. Una cascada terminaba por lanzarse, como plena catarata, por un lado de la empinada pared rocosa, formaba una laguna en el fondo y fluía en alegres torrentes que corrían hacia el sur.

Llegaron a los campos de cultivos. Sobre ellos, en la pared del cañón, se veían negros agujeros que coronaban los trazos largos, inclinados y confusos de un talud detrítico. Unas figuras, empequeñecidas por la distancia, saltaban y gesticulaban en las bocas de las cuevas. Gritos de bienvenida llegaron, débilmente, hasta los oídos de los cazadores.

El hogar, pensó Kor. Miró a las cuevas y a la muchedumbre de los thurbs.

Soma, pensó, y, sin saber por qué, un dolor agudo le atravesó el pecho. Vio que An-Ga y los demás cazadores reían y devolvían los gritos a la multitud. Se alegró por ellos y olvidó su pena.

Aquella noche hubo fiestas en las cuevas. Kor, sentado sobre una gran roca que había frente a ellas, miraba fijamente al corazón de una fogata. Una prenda hecha con pieles de ciervos, que An-Ga le había dado, colgaba de sus hombros. La piel de un lobo yacía sobre sus rodillas. Alguien había traído flores silvestres y las había amontonado a sus pies. Cada uno de los thurbs que componían la tribu de Go sabía que Kor era un Grande.

Una mujer se le acercó con media calabaza hueca llena de carne de venado. Se la ofreció a Kor, pero él apartó a un lado la calabaza.

Tharg, en cuclillas junto a la hoguera del campamento, miraba a Kor lleno de celos. Tharg era un thurb poderoso, de grandes músculos que encerraban prodigiosas fuerzas.

—¿Quién es él, ese al que llamáis Grande? —gruñó a otro—. ¿No sabemos que los Grandes hicieron al thyrb a su imagen y semejanza? ¿Qué thurb es tan horriblemente peludo como él?

El que estaba junto a Tharg cesó de roer su porción de venado.

—No tan horrible a los ojos de la compañera de Tharg, ¿o no es ella?

Tharg dio un gruñido y se puso en pie de un salto. Se apresuró a cubrir el espacio que lo separaba de su compañera y la golpeó de tal forma que ésta cayó desvanecida. Tharg, de pie, miró retadoramente a Kor: los píes muy separados, con los dedos afirmados en tierra; los brazos colgando flojamente. Volvió a gruñir.

Un hacha de piedra cruzó el aire, centelleó a la luz del fuego y golpeó al gigante en las costillas. Tharg, dando un grito, cayó al suelo apretándose el pecho y mirando asombrado.

—Cuida de no profanar la presencia del Grande con tu violencia —le dijo An-Ga con toda tranquilidad recuperando el hacha—. Llévate tu hembra a la cueva. Si vuelve a molestar al Grande haré que sea azotada en presencia de todos. ¡Vete! Yo, An-Ga, he hablado.

Le dieron a Kor una cueva para él solo, situada encima de todas las demás, en la senda de piedra que conducía a la meseta boscosa de arriba. Cubrieron el suelo con arena extraída del arroyo que había en el cañón y pusieron encima pellejos y lustrosas pieles para su mayor comodidad.

No necesitaba ni alimentos ni agua, y tampoco tenía necesidad de fuego. Vivía solo en su cueva pensando en el misterio de su personalidad.

Los días fueron haciéndose más cortos, y la dorada luz del otoño cubrió el cañón. Los cazadores salían y volvían con carne que las mujeres preparaban, para utilizarla en invierno, cociéndola y secándola al sol. Algunas veces Kor iba con ellos y les suministraba abundante caza.

Las cuevas que la tribu utilizaba como almacén estaban repletas de carne curada. Las cosechas de granos y de cereales fueron traídas desde los campos. Por la noche, los cazadores danzaban alrededor de fogatas. Inventaban

canciones al mismo tiempo que bailaban, canciones que honraban y alababan al Grande que había venido para vivir entre ellos.

Llegaron las primeras heladas. Pese al sol, que brillaba ahora más al sur, flotaba en el aire un frío agudísimo. Los cazadores permanecían ahora en las cuevas mucho más tiempo que antes, y cuando salían volvían con menos caza.

Una vez un grupo de ellos volvió hacia el mediodía. No traían carne, aunque venían cargados. Lo que traían era el cuerpo de Hrol, hijo de An-Ga.

El pueblo de Go se agolpó alrededor de la camilla, y todos lanzaron los gritos penetrantes de las ceremonias fúnebres. Kor los oyó, y el llanto, y los gemidos, y las lamentaciones que ascendían de las mujeres y niños apiñados.

Kor salió de la cueva. Los miembros de la tribu aullaban el agudísimo canto funerario. Kor frunció el ceño. El pensamiento estaba claro en su mente. *Ha muerto Hrol*. Bajó hasta donde los cazadores habían puesto la camilla, al pie del talud. Con mucho cuidado descendió el declive rocoso. An-Ga estaba arrodillado al lado de su hijo. La madre de Hrol estaba echada sobre el pecho del muchacho y lloraba.

Kor se concentró en una pregunta y leyó la respuesta en la mente de un cazador. Hrol había herido a un *url*, un animal pequeño, de tres dedos en cada pata, que echó a correr por la llanura a gran velocidad. Hrol solamente tenía que recorrer un tiro de lanza para llegar adonde estaba el *url*. De un cañaveral surgió un salvaje *kther*, y las uñas, afiladas como hojas de afeitar, desgarraron al thurb. Los cazadores olvidaron su miedo al *kther*, al ver peligrar al amado Hrol, avanzaron y lancearon a la bestia. Pero Hrol estaba herido de muerte.

Kor se arrodilló, agarró a la madre por sus vestiduras de pieles y la echó a un lado. En algún lugar de su mente estaba al recuerdo de un universo de electrones que salían disparados y danzaban como moritas diminutas de luz celestial. Se levantó al fin e indicó con un gesto a An-Ga que se apartara. El jefe se retiró en silencio de la camilla, la cabeza gacha. Los de la tribu se pusieron tensos y sisearon.

Kor mantuvo en alto sus manos, miró primero a uno, después al otro. Puso entonces las palmas hacia abajo, sobre el cuerpo de Hrol. Algo así como un mudo suspiro pasó por su mente. Extrañas palabras murmuraban en el horizonte de su consciencia. Sólo tuvo que dejarlas salir... *el deseo es nuestro azote... la necesidad nuestra bendición... la resolución nuestra armadura... la voluntad nuestra arma...*

¿De dónde venían esas palabras? Kor no lo sabía. Observaba que fluían como música que atravesara su mente, como si los electrones danzantes guardasen el compás de la cadencia.

—¡Hrol...!, ¡levántate!

Hrol se estiró, dio un bostezo y parpadeó. Miró confundido a los fascinados espectadores. Dio una vuelta en la camilla y se quedó apoyado en un codo.

—¡El *url* es mío! —gruñó—. ¿Dónde está?

Se levantó moviendo los brazos para flexionar los músculos. No miró a

Kor. La madre de Hrol se lanzó en sus brazos gritando de alegría. An-Ga agarró la mano de su hijo. Las lágrimas resbalaron de sus ojos. La tribu se apelotonó rodeándolos y llorando de alegría.

Kor Danay los miró y percibió la emoción. Se volvió y regresó a su cueva. Ninguno lo vio marcharse.

El cielo, de soleado, tornóse gris, y una tenue rociada de nieve se extendía por el cañón a caballo de los dientes de un viento encarnizado. La cima del cono humeante se ocultaba tras la nube suspendida; tiras de niebla cubrían las heladas laderas. Hacía mucho que las coníferas habían dejado caer sus piñas, y la hierba del cañón estaba marchita y bronceada. Los cazadores habían abandonado la caza y mataban el tiempo apiñándose junto al fuego de las cavernas.

Una mañana, An-Ga llevó una muchacha thurb a la cueva de Kor. Era joven y graciosa. An-Ga habló, pero a Kor le fue difícil sacar en limpio todo lo que le dijo; sólo comprendió una parte. Dedujo que la muchacha, llamada Eldra, era un regalo de la tribu para que le sirviera como mujer y como criada.

—Es la hija más joven de mi hermano Strob —dijo An-Ga gravemente—. De mi propia carne y de mi propia sangre.

—No necesito sirvienta —dijo Kor—. Vete. Vuelve con los tuyos.

Eldra no comprendía.

—Vete.

La muchacha se fue y Kor volvió a sus meditaciones. Afuera se oyó chillar a una mujer. El ruido le irritó; se levantó y fue a la boca de la cueva para mirar.

A unos pocos metros, An-Ga obligaba a Eldra a mantenerse doblada y aguantaba su cabeza, a la fuerza, sobre una peña. Más allá de An-Ga estaba el padre, Strob, balanceando una piedra enorme. Los músculos de sus brazos y hombros resaltaban aunados por el esfuerzo. Cuando Kor se asomó, Strob lanzaba la piedra sobre la cabeza de su hija.

Algo se deslizó de la mente de Kor. El peñasco se escapó oblicuamente de las manos de Strob y quedó convertido en fragmentos al chocar contra la pared rocosa del cañón. An-Ga y Strob se miraron sorprendidos, y después se postraron en el suelo.

—Pretendíamos castigarla porque no había sido grata a nuestro señor. Perdónanos...

Kor señaló las cuevas de los thurbs. Avergonzados, se pusieron los dos de pie y se escabulleron. Eldra había cesado de gritar. Yacía en el suelo con los ojos cerrados. Kor la cogió en brazos y la llevó a la cueva. La dejó caer rudamente en el suelo. Ella abrió de golpe los ojos. Se levantó frotándose el sitio de su cuerpo golpeado por la caída. Él se sentó tomando la postura acostumbrada para meditar y se olvidó por completo de Eldra.

Eldra era feliz, al compartir la cueva con Kor. Mantenía el fuego encendido a la entrada de la caverna durante las largas noches invernales y durante los días cortos y fríos. No pidió ayuda a la tribu, y no recibió ninguna.

Y cuando cocinaba la comida para comer sola sentía crecer una gran admiración al ver que el Grande no necesitaba alimentos.

Mientras que Kor dormía por la noche, ella se sentaba a la entrada de la cueva, junto al pequeño fuego que mantenía siempre encendido para tener alejadas a las bestias salvajes. Escuchaba el bramido del viento, contemplaba la caída de la nieve, y se sentía satisfecha al pensar que era la guardiana del Grande, que dormía. Cuando las noches eran claras y estrelladas, escudriñaba el misterio del espacio y se preguntaba qué serían las luces chiquititas. Pensó que el Grande podría decírselo si supiera el lenguaje de los thurbs. Ella podía enseñárselo, pensó. ¿Por qué no? Además, había algo que tenía necesidad de decirle y para lo cual los signos no resultaban suficientes.

XVIII

LOS INVASORES

Eldra era un modelo de eficiencia. Conservaba limpia la habitación y estaba pendiente de todo movimiento que hiciera Kor. Durante las largas tardes, alimentaba el fuego y charlaba con él; le cantaba, hasta que gradualmente las palabras de Eldra empezaron a significar algo. El Sabio aprendía el simple lenguaje del pueblo de Go.

Hubo enfermos entre los miembros de la tribu y Kor los sanó. Cuando escaseó la comida atrajo al cañón una bestia grande, de torpes movimientos y cubierta de piel, para que los cazadores la mataran.

Cuando, al llegar la primavera se fundieron las últimas nieves, Eldra estaba ya muy avanzada en su embarazo.

Kor Danay solía dejar la cueva y subir por la senda rocosa hasta el bosque de la meseta. Había encontrado allí un claro delicioso que relucía con los primeros capullos de la estación. Permanecía sentado durante horas en silencio.

Su conversación con Eldra durante el invierno había excitado las ocultas reservas de su memoria, pero las piezas no encajaban con sentido. ¿Quién era Soma?

Soñaba con un rostro encantador, de ojos centelleantes verde-mar. Fijaba la vista en el suelo y lograba verla con los ojos de la mente. Los electrones corrían en espirales de éxtasis por su consciencia. Brillantes motas de luces chispeantes giraban a su alrededor en el claro, contrastando sobre el fondo de las sombrías coníferas y de la maleza de hojas en crecimiento. Enjambres de relucientes chispitas caían en cascada de sus manos como el salto de un torrente de llama viva, y desaparecía en un bulto amorfo que parecía surgir del césped situado a sus pies. Pero las motas chispeantes terminaban por apagarse y morir. Kor miraba lo que había creado. ¡Era Soma! De algún sitio su oscurecida memoria había extraído el modelo para la creación. Un sollozo apretó su garganta.

—¡Soma!

Ella no se movió; la tocó: estaba fría.

Kor lloraba. Destruyó la imagen y volvió a construirla. No podía hacerla

vivir. Cada vez que lo intentaba, el cuerpo de Soma volvía a ser tan perfecto como el sueño que lo inspiraba, pero siempre muerta, y Kor la destruía.

Faltaban dos meses para que Eldra tuviese su fruto. A pesar de su gravidez, seguía manteniendo su furiosa actividad, mientras que Kor se retiraba a aquel claro. Con la práctica adquirió gran facilidad para sus creaciones. Estaba una vez sentado entre su niebla de electrones moldeándolos, dándoles forma, intentando desesperadamente apresar el modelo evasivo que daría vida a su creación, cuando un zumbido atravesó su horizonte mental.

—¿Qué estás haciendo, criatura?

—Vete —dijo Kor.

—¿Quién eres tú, criatura?

—Soy un Grande —replicó Kor—. ¿No ves que estoy creando?

Alzó la vista. El claro estaba desierto. Su mirada se fijó en una mancha ondulante que flotaba entre dos árboles... un débil resplandor, en forma de huso, formado por el aire perturbado. Sintió un espasmo en el estómago. Casi tuvo miedo.

—No puedo oír tu voz —dijo aquel zumbido en su pensamiento.

El ronroneo estaba en su mente más bien que en sus oídos. Era agudo, de alto tono, y traía consigo una nerviosa pseudo-memoria que le hizo temblar. La nube de electrones, que se cernía a su alrededor, parpadeaba. Automáticamente, sin un pensamiento consciente, Kor tocó sus rodillas, su mentón. Sus dedos hacían signos.

—Hablas el lenguaje gesticulante de los Trisz —dijo la voz—. ¿Qué haces aquí?

Gesticuló la respuesta; sus manos respondían según el modelo subconsciente del pensamiento.

—Soy un Grande. ¡Vete, si no quieres que te destruya!

El Trisz ondeó nervioso al borde del claro. Kor se sintió alarmado. No tenía ganas de discutir con él; había retraído su mente a los confines del cráneo; seguía sentado, impasible y silencioso.

Kor no oyó cómo un niño salía de la maleza, al borde del precipicio, y corría hacia su persona atravesando el claro. El Trisz se adelantó al instante. Fue como un relámpago confuso. Cruzó el césped y envolvió al niño.

—Si eres un Grande —le dijo mofándose—, ¡salva a este pequeño!

El niño thurb quedó rígido al ser abrazado por las vibraciones del Trisz. Su rostro tomó una expresión de gélido horror.

Una luz intensa reventó en la mente de Kor. Reaccionó automáticamente con fuerzas desconocidas para él. Sumergió el claro en el tiempo-estático. El campo de fuerzas indomables rodeó al Trisz. Por un instante la mente quedó ofuscada con el flujo de percepción del Trisz. Su mente viajó *a través* del espacio, más allá del tiempo. El Trisz emitió un chillido en su agonía mental y dejó de existir. La marea del pensamiento cesó de repente y se hundió en las nieblas que encapotaban la mente de Kor. El niño se echó a correr para su casa dando gritos.

Kor consideraba lo que había sucedido. Estaba profundamente impresionado, pero no sabía por qué. No sabía lo que había hecho con la cosa sobrenatural. Sólo sabía que había sentido el impulso de destruir y que lo que era su mente, al otro lado del velo, se había disparado para retirarse de seguida... y el Trisz había quedado destruido.

Prestó atención. Se oían gritos agudos que procedían de las cuevas inferiores. Estaban cuajados de alarma, de miedo y de cólera. Se levantó al ver como Eldra irrumpía furiosamente de la senda y corría hacia él dando trompicones.

—¡Señor, señor, sálvanos! ¡Los Grandes del cielo han llegado!

Kor la agarró y le dio unas sacudidas. A Eldra la había puesto histérica el susto. Una veintena de thurbs llegaron gritando.

—¡Grandes del cielo están llevándose al pueblo de Go!

Kor dirigióse lleno de impaciencia al camino, pero de éste irrumpió una horda de thurbs.

El les dijo:

—¡Vamos, rápido... contádmelo todo!

—Son como tú, señor, y como los thurbs también llevan vestiduras deslumbrantes, y una extraña luz en el cielo los acompaña dondequiera que vayan. Han arrancado unas cuevas del cielo y las han traído al valle. ¡Están metiendo al pueblo de Go en sus madrigueras!

Kor atravesó el claro y penetró rápidamente en el bosque. Desde el borde de la escarpada podría ver el valle, podría divisar dónde emergía el cañón de las grandes extensiones para estirarse entre las faldas de las colinas. Veloz, surcó la maleza. Como una manada de podencos que lo acosaran corrieron los thurbs tras él pidiéndole que los socorriera.

Ya estaba en el filo del precipicio desde donde se veía todo el valle. La pared de roca descendía hasta trescientos metros o más. Tres plateadas formas ovaladas volaban a ras de tierra sobre la verde alfombra del valle. Las naves de los Trisz brillaban al sol, despertando en la oscurecida mente de Kor débiles recuerdos. Él lo quiso y sus supersentidos embistieron en un ancho círculo para palpar los alrededores. En las cuevas se desarrollaba una lucha. El pueblo defendía sus vidas, pero los invasores los dejaban paralizados donde se encontraran y luego los sacaban por las bocas, abiertas como un bostezo, de las cuevas.

Kor tanteó sus mentes. Eran Trisz los que se apoderaban del pueblo de Go. Le dijo a Eldra:

—Los enemigos de Eldra son los enemigos de Kor. Kor está enojado con ellos por haber venido aquí.

Eldra, gimiendo, gritó al pueblo lo que acababa Kor de decir.

—¡Destruye al enemigo, Señor! —gritó el pueblo de Go—. ¡Protégenos!

Kor se concentró solamente en la escena de abajo. El odio aullaba en su interior. El sol, en el cielo, era un escudo resplandeciente. Kor tomó tal postura que parecía iba a dar un salto para caer en el abismo... y de pronto

desapareció a los ojos del pueblo. Un gemido de temor se alzó de los thurbs.

En la superficie del astro distante, arremolinóse una poderosa tormenta. La energía succionada corrió por el pasadizo labrado en el subespacio por la mente del Sabio. Donde él había estado antes, una luz resplandeciente disparaba lenguas de fuego. Y súbitamente un torrente restalló. Llamas chispeantes se vertieron surgiendo en el valle, y Kor volvió a estar, rígido, sobre el filo del precipicio.

Ya los thurbs habían empezado a correr enloquecidos por el miedo. Cuando la espantosa oleada de energía pura irrumpió en el valle tembló la tierra bajo sus pies. Un trueno ensordecedor rodó de montaña en montaña portando vibraciones en crescendo que arrancaban los pinos y pulverizaban las peñas. La tierra pesadamente levantóse y se pandeó. Una neblina se dilató desde el valle; una niebla de mortales partículas radiactivas que flotaba como si fuese un opalescente paño mortuorio en el resplandor carmesí de la destrucción. La montaña volvió a levantarse en otra sacudida. Las llamas hervían en el valle. Se oyó un rugido titánico, como si fuera la devolución que la tierra hacía de todos los truenos que desde un principio habían estallado en su atmósfera. La montaña rugía y vibraba hasta en su mismo centro.

Una voz gritó:

—¡La montaña! ¡El Grande arroja fuego desde la montaña!

El volcán temblaba, daba bandazos. Las llamas salían disparadas de su pico, a punto de estallar, y se rizaban en la estratosfera. Oscuras, amorfas y con un ruido sordo, salían piedras disparadas hacia arriba. Un humo negro y grasiento hervía en el cono temblequeante y rodaba por los flancos cubiertos de nieve, en los que ya se veían largas y oscuras cuchilladas. Los relámpagos se sucedían estremecedores en un cielo que, de pronto, se había vuelto negro.

—¡Señor, Señor! —lloriqueaba Eldra.

Kor la agarró por el brazo e hizo que corriera delante de él. El aire estaba ya espeso por el humo, el calor y la lluvia de cenizas, cuando ellos, dando tumbos, bajaban por la senda. Algunas veces el suelo sufría tales sacudidas que parecía iban a ser lanzados sobre las rocas del fondo. Los gritos horadaban la oscuridad. Eldra se pegaba a Kor y sollozaba.

Él fue avanzando en su camino hacia abajo furiosamente. Ya en el fondo podrían haber corrido a las cuevas, pero la fachada rocosa se desintegraba lentamente cayéndose a grandes trozos. Los thurbs corrían en todas direcciones y entre ellos se veían figuras vestidas con el plateado uniforme espacial de los Trisz. Todos eran iguales en este infierno. Una mezcla hirviente de fuego y humo procedente del volcán descendía hacia el cañón: un bello espectáculo de destrucción.

Kor comenzó a dar voces a los que corrían. Su mente se extendió y les gritaba que subieran corriendo el cañón. Lametazos de llamas ascendían del valle, un trozo del infierno con fuego que podría arder, desenfrenado y rabioso, durante todo un milenio. Pronto el magma del pico en erupción se derramaría por el valle.

Los thurbs, como si fueran al asalto, ascendían por el cañón, llegaban al borde y descendían a la hondonada. Cuando se hacía imposible ver más allá de un metro, Kor cesaba de gritar. Podía sentir a unos pocos que todavía vagaban aturdidos en la medianoche del cañón, pero su voz no podía ya oírse con el estrépito y el rugir del volcán. La tierra temblaba y, al oscilar, hacía que Eldra cayera a cada paso.

Kor la cogió en brazos y siguió subiendo rápidamente. Caminaba más de prisa que los thurbs. No necesitaba ojos para ver donde iba. Cuando pasaba junto a gente desorientada y aturdida, les decía a gritos que se dieran prisa. El universo giraba velozmente a su alrededor. Sintió que una grieta tremenda se abría en el suelo frente a él. Unos chillidos rasgaron el humo rancio cuando unos pocos se vieron en el borde y cayeron al abismo.

Kor se apresuró a doblar el límite de la grieta; allí la roca sólida estaba hendida y la fisura llegaba casi hasta la pared del cañón. Corría como corre un ciervo, balanceándose con precisión a pesar de la oscuridad que le cegaba. Portaba su carga delicadamente, amortiguando el traqueteo de la carrera con los músculos de sus brazos que funcionaban como muelles de acero. Eldra gemía suavemente en sus brazos.

La mayor parte de los thurbs estaban ya esparciéndose sobre la ladera escarpada de una montaña. Cuando Kor alcanzó la cima se encontró con que el aire estaba enrareciéndose ligeramente con una grisácea neblina opaca. Siguió a los thurbs bajo las inclinadas coníferas y, al mismo tiempo que corría, les gritaba y animaba para que escalaran la siguiente escarpadura y la que estuviese tras ella y seguir así hasta que la amenaza de la erupción volcánica fuera dejada bien atrás.

Toda la tarde y toda la noche corrieron los thurbs desatinados, atravesando la maleza, bajando, apresurados, las empinadas vertientes, trepando afanosamente las siguientes laderas. Cuando dejó de llover cenizas, cuando las bombas volcánicas cesaron de abatirse contra el suelo entre ellos con su sordo ruido característico, habían ya alcanzado el límite de las colinas y estaba amaneciendo. El sol se levantó sobre un grupo de seres cansados, deshechos, que se habían echado de bruces a la orilla de un arroyo para beber con toda ansia.

Muy atrás, Kor Danay, en la cima de una montaña, se esforzaba con su carga. Los brazos de Eldra le rodeaban el cuello firmemente, y ella daba un grito a cada paso de Kor. La cara estaba rociada con el sudor frío de la agonía. Kor sabía lo que eso significaba. Dejó a Eldra echada en tierra y se arrodilló junto a ella tratando de recuperar sus confusos dones. Había sanado a los enfermos en las cuevas, había ahuyentado el dolor de los heridos. ¿Cómo lo había hecho? Apoyó una mano sobre la agitada mujer; ella gritó a su contacto.

Kor intentó reunir sus pensamientos. Rebuscó frenéticamente los electrones chispeantes y veloces, pero ninguno llegó. Su poder se había esfumado. Una sensación de horror le dejó rígido, abatido de angustias... y el niño nació muerto. La vida abandonó a Eldra también. Kor dejó caer la cabeza

entre las manos y lloró.

El cielo refulgía sobre las montañas. Reventó el volcán con un rugido amortiguado, como de un tambor.

El mundo era un horrible alarido cacofónico. Una visión de Soma se asomó a la mente velada del Sabio... y de Eldra debatiéndose en la agonía.

La oscuridad se precipitó sobre la llanura. Manos bondadosas surgieron del aire y asieron el cuerpo de Kor. Cayeron los grillos. Flotó libre, como si nada pesara...

XIX

LA VUELTA

—Tenemos la historia completa, desde luego —dijo Devon, Director Técnico del Instituto Psico-Neurópata del planeta Gramm.

Estaba sentado tras una mesa enorme, una mesa que hacía juego con su dueño, porque Devon era también un hombre enorme. Estaba sentado cómodamente, arrellanado en el sillón, y mascaba la punta de un puro. Se quitó la colilla de la boca y la paseó sobre un impresionante despliegue de diagramas, gráficos, y de comentarios escritos a máquina que había esparcidos sobre la mesa.

—Me ha quitado un gran peso de encima, doctor —le dijo Val Shan, aliviado.

Devon sacudió el puro sobre un alejado cenicero. Las cenizas se desparramaron sobre el revoltijo de la mesa.

—No debe preocuparse, Señor. Teniendo en cuenta la gravedad de su caso, Kor está reaccionando extraordinariamente bien. Lo comprendemos mejor ahora, desde luego, que hace dos meses, cuando por primera vez nos lo trajo; me refiero al aspecto fundamental del caso. Su mente es ahora completamente normal. Tenga, échele una ojeada a esto.

Devon le entregó un legajo de papeles. Val Shan lo leyó rápidamente. Por fin, alzó la vista y se quedó mirando fijamente, a través de la abierta ventana, al cielo de matiz verdoso de Gramm, en las Estrellas Lejanas, un planeta aislado donde los Hombres habían establecido una estación para experimentos ecológicos.

—Creo que me será muy difícil enfrentarme con el muchacho —dijo lentamente—. Soy el responsable de su estado... de la pérdida de su esposa. Un gran golpe para él.

—Está completamente recobrado de ese golpe —le contestó Devon sin dudar—. En realidad recibió dos golpes distintos y simultáneos: la pérdida de su esposa y el choque con su juramento de Hombre. Su deseo normal era atacar al Trisz con el poder que poseía, e intentar salvar así la vida de su esposa. Si hubiera hecho esto, podría haber salvado su mente. El conflicto entre su deber para con su mujer y el deber para con la Hermandad fue para él

demasiado grande. Recuerde, la decisión debía tomarla en una fracción de segundo. Su cordura se rompió en pedazos por el esfuerzo.

Val Shan, refiriéndose a los papeles que tenía en sus manos, dijo:

—Parece que durante cierto tiempo poseyó un uso inconsciente de una parte de sus poderes mentales. Después lo perdió. ¿Cómo explica usted eso?

Devon se encogió de hombros.

—Usted mismo ha dicho que su mayor defecto era el orgullo personal; algo de esto debió sobrevivir en él bajo el nivel consciente. Él siguió «el camino automático», como nosotros lo llamamos. Sus poderes se dispararon automáticamente en respuesta a una exigencia imperiosa de su voluntad.

»Casi durante todo un año vivió sin necesitar ni comida ni agua. Los órganos digestivos y eliminadores sufrieron las consecuencias más directamente... se atrofiaron. Si sólo fuera por su mente, Kor podría ser dado de alta hoy mismo, pero necesita una temporada de aclimatación física para volver a la normalidad.

»Es muy fácil especular sobre por qué sus poderes terminaron por abandonarlo. Probablemente fue debido al convencimiento subconsciente de que había violado el juramento de la Hermandad al usar sus poderes contra el Trisz. Él no pudo razonar así, desde luego. Por esto el corte fue tan drástico. Bajo su conciencia sintió que se había degradado a sí mismo al violar el juramento. No merecía, de allí en adelante, ser un Hombre.

—¿Cuánto tiempo necesitará usted retenerlo aquí?

—Muy poco, unas seis semanas. ¿Le gustaría ver a Kor ahora, Señor?

Kor Danay estaba descansando cómodamente en un hondo sillón de cuero. Sus manos estaban bronceadas y enflaquecidas. Se apoyaban inmóviles sobre los anchos brazos de la butaca. Cuando Devon y Van Shan entraron, sonrió y se puso rápidamente en pie.

—¡Siéntate, siéntate, muchacho! —se apresuró a decirle Val Shan haciendo violentos ademanes.

Y al hundirse Kor de nuevo en la butaca le cogió una mano.

—Le dejo aquí, Señor. Se aproxima la hora de la conferencia —dijo Devon —. No hay restricciones para charlar con el paciente. Cuando vaya a marcharse me gustaría verle. Pregunte a cualquier enfermera por mí.

Se despidió amistosamente, sonriéndoles, y los dejó solos.

—Espero que te guste esto —empezó a decir Val Shan, embarazado.

Kor asintió.

—Se han portado maravillosamente, Señor.

Su voz era viva, fogosa. Parecía que el vigor volvía a él.

—Me alegro, Kor. Estoy por expresarte el dolor que... pero me parece más bien una Cosa inútil...

Kor le obsequió con el espectro de una sonrisa.

—Es una cosa que realmente no importa, Señor... demasiado. Desde luego

la llevo siempre conmigo. Yo... yo se lo contaré todo más tarde. Ahora me gustaría decirle que... he recuperado lo que usted dijo que yo necesitaba.

Val Shan «asintió gravemente.

—Te dije que no necesitarías mencionarlo nunca. Veo que lo has hecho.

—Si no le importa, Señor, quisiera hablarle de ello. Yo... yo pensé que había algo de autoritarismo didáctico en usted cuando sacó el tema a relucir. He visto que estaba en lo cierto. Se refirió usted a mi orgullo, desde luego. El orgullo es algo que no ya con un Hombre. Resulta ridículo saber lo orgulloso que puede ser uno creyéndose al mismo tiempo que es el ser más humilde de la galaxia. Estoy agradecido al doctor Naz por haber salvado en mi memoria los recuerdos del episodio Lareliano. Sin ellos sería probablemente el mismo Kor de antes. Pero así, puedo recordar las alturas de mi orgullo... cuando creí ser un Grande... —Sus labios se deformaron en una torcida sonrisa—. Mejor aún, recuerdo sus profundidades.

Val Shan sonrió.

—He pensado que te gustaría saber que hemos estado observando a los thurbs. Después de tu... desaparición, emigraron atravesando la llanura. Encontraron el laboratorio analítico en el que aterrizaste. ¿Te interesa esto?

Kor se inclinó hacia adelante.

—¡Muchísimo, Señor!

—Nosotros ya habíamos intentado transportar el laboratorio, desde luego. Estábamos buscándolo; por eso tuvimos la oportunidad de observar a los thurbs. Hicimos un examen mental de la situación y supimos que habían relacionado la nave contigo. Se habían establecido felices a su alrededor. La llamaban «La Cueva Celestial de Kor, el Grande». Me temo que para los thurbs seas aún un Grande.

Kor sacudió la cabeza, maravillado..

—Al morir An-Ga, Tharg se adjudicaría la dirección por la fuerza bruta. An-Ga nunca lo hubiera permitido. El pueblo de Go ha debido matarlo.

—Todo lo contrario. Tharg está muy vivo. Parece que su oponente a la jefatura salió vivo del holocausto y asumió el caudillaje del hermano. Tharg tiene el título en este nuevo ordenamiento de las cosas. ¡Se le llama Primer Mayordomo de Kor!

Kor se quedó reflexionando en los extraños cambios habidos entre los thurbs.

—Desde luego, todo será transformado —sonrió— cuando los colonos sean llevados al Sistema Lareliano.

No habrá colonos en Larel IV. Lo hemos reservado como un experimento de categoría especial.

Kor asintió.

—Habrá sido usted quien lo habrá dispuesto así, aunque la nave, como es natural, habrá sido recuperada.

—Sí. Sólo le dejamos el recuerdo... para ayudarles a desarrollar su mente...

Kor suspiró.

—Quería mencionarle otra cosa —le dijo de repente—, y es que tuve un encuentro personal con el Trisz en Larel IV.

—Lo he leído en el informe de Devon. Afortunadamente los Trisz no han relacionado la destrucción de las naves contigo. Lo atribuyeron al volcán.

—El informe de Devon no expone nada de la situación, Señor. Descubrí todo lo que se puede saber de los Trisz.

—¿Qué es lo que descubriste? ¡Rápido, muchacho!

—Yo... estoy muy cansado, Señor.

Val Shan se puso nerviosamente en pie.

—No he debido molestarte. Me iré ahora.

—Será lo mejor, Señor.

Kor sacó un papel doblado de uno de sus bolsillos.

—Comprendo que no debo marcharme del hospital todavía. Al menos por unas pocas semanas más. Pero no quiero perder el tiempo. He hecho una lista de cosas que agradecería me trajeran aquí.

Val Shan le echó un vistazo a la lista. «Cibernógrafo Electrónico, una batería portátil de mil kilovatios de potencia, conductores de plata, resistencias, condensadores...» Val Shan continuó hasta el final de la impresionante relación. Golpeó el papel con vivo gesto.

—¿Es importante, Kor?

—Extremadamente, Señor. Desde luego, sólo es el principio. Me serviría para determinar unas cuantas cosas básicas. Después necesitaré un laboratorio psico-físico perfectamente equipado y la cooperación de toda la Hermandad de los Hombres. Pero por ahora bastará con este material.

Kor Danay se dirigió a sus distinguidos oyentes en una de las grandes habitaciones que se le habían cedido para sus actividades. Devon y Val Shan estaban allí formando parte, entre unos veinte, del conjunto de inteligencias científicas más finas de la Hermandad de los Hombres.

La curiosa máquina que había a la espalda de Kor casi ocupaba la mitad de la habitación. Al verla, causaba la impresión de que sólo se veía una parte de ella; que se prolongaba más y más allá, en otros espacios, en otros tiempos.

—Quiero empezar mi tesis —les dijo— con un breve examen de los conceptos que han sido fundamentales para el trabajo que acabo de ultimar.

Devon se sacó un puro del bolsillo y concentró su atención en la punta hasta hacerla inflamar. Después se arrellanó en la silla con una expresión interesada. Rizos de humo azul se enroscaban a su cabeza. Val Shan y los demás estaban inclinados hacia adelante.

—Antes que nada, una breve recapitulación de las formas de razonar. El razonamiento deductivo es la primera de nuestras clases de racionalización. Donde se emplea mayormente es en el campo de las Matemáticas. Las Matemáticas, sin embargo, manejan sólo premisas exactas, y la exactitud no existe en ninguna parte del Universo. Por tanto con las Matemáticas, como

medio para razonar, puede llegarse sólo a conclusiones ideales.

»El razonamiento inductivo es la segunda forma de racionalización. Hechos aislados se agrupan, y de sus comportamientos se induce una ley general que los explique.

»Resulta bastante raro que los hombres creyeran durante miles de años que estos métodos fueran los únicos posibles para razonar.

»En los primeros tiempos de nuestra raza cualquier fenómeno mental, o, como lo llamamos ahora, psíquico, no bien comprendido, era relegado a la categoría de sobrenatural y, por tanto, ignorado. Lo que ahora solemos llamar telepatía, teleaportación, previsión y demás, fueron considerados por algunos como manifestaciones sobrenaturales. Otros los llamaban «fenómenos parapsicológicos». Ninguno de los dos términos se adapta a una abstracción semántica.

»Otro de los factores que influyeron en aquella inhibición de los primeros descubrimientos sobre la racionalización de tercer-orden fue la acostumbrada incomprensión de lo que, en aquel entonces, fue etiquetado con los nombres de instinto, intuición y subconsciente. Cualquier fenómeno mental que no se sometiera a métodos empíricos de investigación era, o incluido en una de las dos primeras categorías, o arrojado, apresuradamente, en la esfera del tercero. Ningún intento se hizo para definir a ninguno de ellos.

»A partir de estas pequeñas y muy desacreditadas funciones de la mente humana pudo un primer Hombre deducir lo que se pensó eran insinuaciones sobre la existencia de una tercera clase de lógica; aquél método de racionalización que superó a los de deducción e inducción y que es el factor superviviente que tiende a la preservación del individuo cuando todos los métodos de razonamiento consciente fracasan. La forma del tercer-orden de racionalización no puede ser detectada conscientemente como una función. La función se infiere analizando sus resultados. Sin el entrenamiento mental a que los Hombres están sometidos desde la infancia, la evidencia de su existencia sería insegura y no convincente; sería lo que se suele interpretar como instinto o intuición.

»Por otro lado, las formas superiores al tercer orden no han sido nunca exploradas, ni siquiera por los Hombres. Nuestros intentos sobre la extrapolación, por ejemplo, han sido débiles, confusos y llenos de errores.

Kor, súbitamente, estalló en risas.

—En realidad yo mismo cometí el más grande de los disparates al intentar extrapolar; fue un desatino tan importante que ha liberado a nuestro Universo del Trisz y cambiará por completo el futuro del Hombre y, con él, al del Pueblo.

Devon mascaba concienzudamente su puro apagado, y la concentración le hacía fruncir la frente Val Shan parecía estar ansiosamente interesado. Dijo:

—¿Has dicho que el Universo ha sido liberado de los Trisz?

Kor asintió.

—Exacto. El Universo *ha sido* liberado de los Trisz. Volvamos al planeta

Larel IV. Cada acto realizado allí por mí estuvo planeado de antemano. Cuando creí que estaba utilizando la función de tercer-orden para extrapolar los hechos futuros, yo estaba realmente eludiendo esa función y utilizando una forma *nueva* más allá de la lógica. Realmente lo que hice fue fijar, más bien que predecir, el futuro.

Kor alzó las manos.

—Me avergüenza decirlo —sonrió torcidamente—; pero desde el instante en que abandoné el Instituto, en vez de extrapolar el futuro, como yo creía, estaba fijando los acontecimientos de mi propio futuro por medio de un sistema de lógica que superaba la función del tercer-orden. Por eso precisamente mis intentos de extrapolación fracasaban... por eso fracasaron también los suyos. —Se dirigió a Val Shan—. Usted no pudo predecir mis acciones futuras porque no estaban relacionadas con los hechos pasados. Cada una de mis acciones estaba destinada a llevarme en el tiempo más corto posible a un pleno contacto con el Trisz para que pudiera aprender las cosas que sé ahora.

Devon, apuñalando el aire con la fragante colilla del puro, le dijo:

—Un disparate, como usted lo llama, es fácil de cometer en la extrapolación. El resultado obtenido puede ser solamente una ficción de la imaginación en lugar de un cuadro verídico del futuro. ¿Qué es lo que provoca en usted la impresión de que está en realidad haciendo el futuro?

Kor ondeó un legajo de papeles lo más alto que pudo.

—He estado trabajando día y noche con el cibernógrafo integrando los factores. El cibernógrafo demuestra la suposición que he obtenido mediante la observación; aquí está tanto la matemática como la mecánica de la situación.

Val Shan y Devon intentaron, los dos a la vez, arrebatarle los papeles en seguida, pero Kor los retiró.

—Este material aguardará un poco más. El futuro ha sido ya determinado. Los Trisz están ya destruidos. Sólo yo puedo cambiar la cadena de los hechos, pero no voy ni a intentarlo.

Pensativamente frunció las cejas mirando a la audiencia.

—Volvamos a hablar de Larel IV. Allí hubo un instante en el que la mente del Trisz estuvo abierta de par en par para mí. No quiero decir que fuese la mente de aquel Trisz individual, como ustedes probablemente habrán pensado, sino *del* Trisz, del ascendiente corporal que, de ninguna forma existe ni en este espacio ni en este tiempo.

Exclamaciones de asombro corrieron por la asamblea.

—El concepto de universos contiguos, de universos probables, de universos entrelazados, y demás, no es nuevo. —Kor señaló con un gesto la máquina que había a su espalda—. Esta máquina lo demuestra: hay un número infinito de universos, cada uno separado del otro por la más delgada de las paredes imaginables. Se los mostraré.

Reguló mandos y apretó un botón. Algunos lugares de la máquina se iluminaron al calentarse rápidamente las válvulas de vacío. Se escuchaba un

suave zumbido.

—Esto —siguió— es un modelo en pequeña escala de la máquina que destruirá al Trisz; yo diría que *ha* destruido al Trisz, puesto que el futuro *está* ya prefijado. La construí para cerciorarme experimentalmente de los factores que antes les dije. Observen ustedes esto...

Señaló el corazón de la máquina donde una pequeña llama violeta se arqueaba entre dos electrodos.

—Este arco es un punto de contacto entre nuestro espacio-tiempo y otro, uno cualquiera de los universos que existen en número infinito. La semántica se derrumba; las palabras pierden su sentido cuando intentamos describir la existencia de estos universos. ¿Diremos que están en planos diferentes, que tienen distintos períodos de vibración? Se necesitarán muchos estudios para idear una lengua adecuada con la que expresar la situación física.

»Sin embargo, si yo introduzco la punta de un estilete en el arco, así —puso el instrumento en la llama hasta que fue tragado en su mitad—, pasa por el agujero que he hecho en el espacio-tiempo y emerge en otro universo.

La vanguardia de la audiencia se amontonó apretadamente, el estilete parecía terminar de pronto en el mismo punto donde tocaba la parte exterior del pequeño arco. Kor retiró el estilo, lo mantuvo en alto y volvió a insertarlo como antes.

—Y ahora —dijo—, si cambio la sintonía de la máquina para ajustarla a otro de les infinitos universos que existen...

Dio vuelta lentamente a un mando. La máquina aulló y Kor mantuvo en alto de nuevo el estilete, pero esta vez aparecía cortado por el centro.

—La otra parte del estilete —sonrió— ha quedado en el primer universo, cuando la máquina fue sintonizada con el segundo.

Al llegar aquí pidió que volvieran a sus puestos. Los Hombres se sentaron de mala gana.

—¿Qué es el Trisz? —siguió diciendo Kor—. Es un ser único que existe en un universo adyacente al nuestro y que ocupa por completo el universo en que vive. Consiste en lo que nosotros pudiéramos llamar energía pura. En nuestro Universo el Trisz sería un cuerpo sólido; materia, no energía.

»En el Universo del Trisz no existe el tiempo. Sólo cuando el Trisz ha penetrado en este Universo ha conocido lo que es el tiempo al que ve como un obstáculo para su continuidad. El tiempo, en su función de catalizador de la conciencia, nos preserva de que el Trisz entre en nuestro Universo en forma completa. La influencia vibratoria del tiempo le permite a los Trisz introducirse en este universo sólo en quantas infinitesimales en lugar de hacerlo de golpe y de forma simultánea en todos los lugares. Imagínense al Trisz como si fuera la cabeza de una gallina picoteando grano, moviéndose rápidamente hacia adelante y hacia atrás. Puede penetrar en nuestro Universo solamente durante la fase positiva de tiempo, y debe retroceder en la negativa.

»Jamás nos atrevimos a colocar nuestros poderes en las inmediaciones del Trisz, pero sólo actuando así puede descubrirse su naturaleza. Cuando atrapé

al Trisz en el campo del tiempo-estático su verdadero ser fue evidente para mí. Mi mente vació por completo las reservas de conocimientos almacenadas en la del Trisz. —Kor se dio un golpecito en la frente en forma muy significativa—. Todo lo que sabe el Trisz lo sé yo también... y unas cuantas cosas más.

Los oyentes estaban ahora con la respiración cortada.

—¿Cuántas partes del Trisz están a la vista de una sola vez? Sólo una... el mismo Trisz es visible en todas partes simultáneamente. El Trisz es uno, no una multiplicidad de individuos. Se manifiesta a voluntad, pero sujeto siempre a las limitaciones por el elemento tiempo de nuestro Universo.

»El Trisz nació en los lejanos espacios vacíos interestelares y se mantuvo gracias a la radiación de los soles distantes. Cuando el Trisz creció, alcanzó las estrellas, las engulló extrayéndoles su energía.

»El Universo del Trisz es ahora frío y oscuro. La energía de su último sol hace mucho que fue absorbida por el Trisz. El Trisz se convirtió en un campo de energía estática, sin terreno en el que expansionarse. Sabe que algún día morirá, pero no puede decir cuándo ocurrirá eso, porque no es capaz de apreciar, como un hecho real, el tiempo. Yo sé cómo acabará el Trisz... y sé cuándo acaecerá. Por esto he dicho que el Trisz ha sido ya destruido, porque su futuro está absolutamente determinado... como si hubiera ya pasado.

—Dígame —le dijo Val Shan—. Si la expansión del Trisz ocurrió exclusivamente para procurarse energía, ¿por qué se fijó en los habitantes de nuestro Universo? ¿Por qué no obtiene la energía directamente de las estrellas?

—La cantidad de energía necesaria para abrir un orificio en el espacio —le contestó Kor— es prodigiosa. La naturaleza del Trisz no le permite concentrar más que una pequeña porción de la energía de que dispone para formar una abertura. Y esa abertura es muy pequeña, tanto que no podría existir en el terrible campo de fuerzas de una estrella. Por tanto el Trisz debe solamente extraer la energía suficiente para mantener el orificio interespacial.

—¿Gracias al agua hurtada de los distintos planetas? —sugirió Devon, concentrando la mirada en la colilla apagada de su puro, a la que puso incandescente y dándole después unas chupadas furiosas.

Kor golpeó la uña de su dedo gordo con el mutilado estilete.

—A eso... y a otro extraño manantial. Siempre hemos considerado al Trisz bajo el aspecto de un tipo conquistador más o menos humano. Todo lo contrario. El Trisz es un algo extraño a todo lo que nosotros conocemos.

»Es evidente que el Trisz puede matar, pero lo que no sabíamos era cómo lo hacía; ahora sí, ahora lo sabemos. El Trisz absorbe la energía de la vida de su víctima y la convierte en su propia y vital forma de energía. ¿Las colonias del Trisz esparcidas por el espacio? ¡No existen! Los colonos son reclutados para proporcionar al Trisz un suministro constante que cubra sus necesidades de energía-vida.

Val Shan esbozó una mueca. Devon tiró la colilla y la pisoteó.

Concentrándose en la punta de otro puro fresco, la encendió, y chupó furiosamente. La asamblea de Hombres retumbaba de protestas.

—Muy bien —gruñó Devon—. Si el Trisz está abocado a la destrucción supongo que no hay otra cosa que hacer excepto sentarse cómodamente y esperar a que ese ser haga ¡puf! y se desvanezca.

—No necesita usted preocuparse de lo que hay que hacer, doctor —le dijo Kor seriamente—. Todos seremos arrastrados por los acontecimientos a medida que vayan desarrollándose. Nuestra misión se ha desentendido de nosotros ahora, y no podemos evitarlo. —Volvióse a Val Shan—. Lo primero que tenemos que hacer es citar a todos los Hombres pertenecientes a los Batallones de Exploradores y darles las órdenes de...

XX

EL RAPTO DEL FUEGO CELESTIAL

El proyecto que Kor Danay había puesto en marcha necesitaba de todos los poderes humanos y de todos los recursos tecnológicos de los Sabios Escarlata. En las ciudades subterráneas de la Tierra y de otros planetas habitados, en donde los Hombres mantenían su actividad, cada mente y cada máquina se dispuso a enfrentarse con el problema.

—¡Poder! —dijo Kor— ¡Energía! Eso es lo que vamos a necesitar.

Les dio a conocer lo gigantesco de su plan, lo que deseaba hacer y el poiqué. Kor, de pie ante el televisor tridimensional del despacho de Val Shan en Sub-den, se dirigía a un auditorio formado por Val Shan y los miembros de más alta graduación de los Hombres, aquellos que llevaban las verdes vestiduras de la autoridad suprema.

Kor ajustó el televisor según sus deseos. Pudo verse un deslumbrante racimo de soles celestiales a una distancia de varios años-luz en el espacio.

—He aquí un conjunto de estrellas —dijo Kor señalándolas— situado aproximadamente a un millón de parsecs del borde exterior de nuestra galaxia. Tiene unas cinco mil estrellas, y cada una posee su movimiento propio. Pueden ver ustedes que están unidas por los restos de una nebulosa. Eso demuestra que es un sistema joven en el cual no se ha desarrollado aún ninguna forma de vida.

El sistema en discusión resplandecía como piedras preciosas esparcidas en negro terciopelo. Sutiles filamentos de la nebulosa se arqueaban de sol a sol, o permanecían aislados formando delicadas espirales o cordones sedosos.

—Pondremos en funciones la energía de esos soles, de todos ellos —continuó Kor—. Ya les he explicado la técnica para proceder al Rapto del Fuego Celestial, una expresión más romántica que descriptiva. Una técnica similar, aplicada mecánicamente y capaz de unir la energía de estos soles, nos dará el poder que necesitamos para penetrar en el Universo del Trisz.

Tal como Kor dijo, las legiones de los Hombres se pusieron manos a la obra. Las estrellas negras del sistema —masas gigantescas de materia, pero frías, solidificadas— harían las veces de bases de donde partirían el ataque. Desde un centenar de planetas de la galaxia una larga fila de materiales fue

transportada instantáneamente por el subespacio a aquellos mundos oscuros y vacíos. Torres fantásticas, reforzadas y arriostradas para soportar las fuerzas prodigiosas de gravitación a las que tenían que hacer frente, escalaban los luminosos cielos estrellados y se erguían como siluetas esqueléticas contra el fondo de los pliegues desmayados de la nebulosa que, resplandeciente, se extendía por el firmamento.

Semejante obra no podría realizarse en secreto. Los Sabios se quitaron la máscara. Todas las ciudades ocultas levantaron campos de fuerzas titánicas que las protegieran de los ataques que el Trisz podría iniciar en cualquier momento. En la Tierra, los Sabios de las Parroquias fueron reclamados. La situación fue explicada a la Hermandad Azul y a sus miembros, y tanto como fue posible, llevados a las ciudades subterráneas de los Hombres. La transición fue realizada suavemente.

Tan pronto como los Hombres actuaron, los Trisz se dieron cuenta del peligro. Escuadrillas volantes llegaron hasta las Logias y aunque los Hombres de vestidos escarlatas escaparon, muchos de los Hermanos Azules fueron detenidos.

Val Shan le explicó a Kor el fin del Hermano Azul Set; no había sido de los que se libraron de la acometida del Trisz.

En miles de mundos de la galaxia, los más cercanos al campo de operaciones de los Hombres, se formaba una flota de combate del Trisz. Los Triszianos de todo el Universo trabajaban para construirla; serviría para destruir las instalaciones que los Hombres estaban edificando en el sistema escogido.

Una patrulla de Hombres, formada por miles y miles, cubrían las vastas extensiones del espacio extra-galáctico alrededor del conjunto estelar. Sus mentes entrelazadas se extendían en una vasta muralla que abarcaba trillones de kilómetros cúbicos de espacio para prevenir la materialización del Trisz en el conjunto.

Pero tales defensas nada podían hacer contra el poder mental del Trisz esgrimido sobre sus esclavos. Estos trabajaban hasta reventar, forjando nuevas armas para la flota.

Kor trabajó febrilmente en un mundo gigante con un diámetro cien veces mayor que el de la Tierra. La gran masa de su volumen dejaba un rastro en el espacio mismo, producía miles de demoras, presentaba una serie incesante de problemas especiales para preparar el equipo. Y cuando faltaba muy poco para que la red de energía estuviese acabada, el Trisz atacó.

Aunque la misión de Kor era la más importante para efectuar la tarea, él, y solo él, podría enfrentarse con la flota del Trisz y ganar el tiempo que los Hombres necesitaban para completar el circuito de energía. Por eso Kor dejó el trabajo en manos de hábiles ayudantes y se lanzó al espacio.

El espacio rebosaba invisiblemente de Hombres que pertenecían a las patrullas de vanguardia. Kor sintió su presencia por todas partes al dejar suelta su mente en la vacuidad helada. Sus sentidos percibieron miles de informes

simultáneos que le permitieron dirigir sus dotes directamente hacia la flota cada vez más próxima.

El enemigo era tan incontable como lo son las estrellas en la Vía Láctea. Cómo granos de arena en las remotas profundidades del espacio, colgaban igual que una nube arrastrada por las alas de un viento increíble.

La mente de Kor quedó llena de los silbidos de! Trisz al palpar los barcos que, cabeceando, surcaban los espacios. Sintió las tripulaciones humanas, humanoides y bizarras formas de vida apresadas para el servicio del Trisz. En cada nave estaba el Trisz presente —una curiosa multiplicidad de un solo ser — ordenando, dirigiendo las operaciones, proyectando planes para el asalto a los gigantescos mundos de los Hombres.

Kor conectó su mente con la de los miles que patrullaban. Recordó, divertido, sus primeros experimentos del Rapto del Fuego. En aquellos, conectar su mente con las de otros habría sido peligroso. Ahora era diferente, gracias a su nueva comprensión de las infinitas formas de raciocinio.

Kor sintió una curiosa y flotante soledad al alcanzar el campo de tiempo-estático, su consciencia se alzó libre de la reacción que él había puesto en movimiento.

A una distancia de tres años-luz, un sol del racimo entró violentamente en erupción. Las llamas que se arremolinaban en su superficie salieron disparadas a lo alto a velocidad vertiginosa y se desvanecieron en el oscuro embudo de subespacio que Kor había creado allí. Se necesitarían tres años para que la deslumbradora incandescencia de aquella explosión, semejante a la de una nova, alcanzara el lugar donde estaba Kor, pero él sabía que había sucedido y también sabía cuándo había cesado súbitamente, aunque su imagen —un espectro— continuara reluciendo, como seguiría hasta que la última radiación surcara el espacio durante tres largos años.

Como un vasto abanico de luminiscencia, desgarrado y mordido por la energía liberada de un sol gigante, la nova apareció en el espacio frente a Kor, entre él y la flota, distante ésta unos años-luz. Se esparció lentamente, pareciendo helada en la frigidez de la no-temperatura del espacio.

Otro sol estalló violentamente, fue aspirado por el embudo del subespacio y apareció libre en las proximidades de su hermano, expandiéndose en las profundidades del espacio a la velocidad de millones de millas por segundo.

La mente divisible de Kor —un autómata— siguió lanzando soles tras soles a la flota, hasta que el espacio fue sólo una tormenta magnética que sobrepasaba toda descripción. Nada material podría atravesarla. La flota del Trisz necesitaría seis meses para hacer alto, cambiar de ruta y eludir la mortal barrera.

Kor volvió a sus interrumpidas tareas en el planeta.

—Eso los mantendrá alejados durante bastante tiempo —comunicó a Val Shan—. No me atreví a lanzar esos soles entre la flota. Esos pobres esclavos no son culpables de nada. Tan pronto como nuestro trabajo esté terminado, el Trisz desaparecerá de esas naves y las tripulaciones quedarán libres de su

influencia. Se alegrarán de poder volver a sus bases de partida.

El trabajo siguió bajo la fría luz de las estrellas. Kor mismo colocó el último cable soldándolo en el lugar debido.

Val Shan parecía preocupado.

—¿Hemos hecho todo lo posible? ¿Estás seguro?

Kor asintió.

—Sí. Ha llegado ahora el momento de que los Hombres se retiren a la galaxia. La energía qué se libere destrozará al espacio mismo de todo sector. No quiero nadie aquí, solo yo.

—Recuerda —le dijo Val Shan— que tu nuevo cuerpo yace en una bóveda de Sub-den. Átomo por átomo es idéntico al cuerpo cuya mano estoy ahora estrechando. Cuando esté realizada tu tarea en el universo del Trisz, vuelve con nosotros.

Kor Danay sonrió forzadamente.

Los Sabios Escarlatas, en una sola oleada, desaparecieron de la región. Solo en el oscuro y vasto mundo que giraba en el centro de la nebulosa, Kor se preparó para el acto final del drama. La máquina se alzaba sobre una cristalina llanura de obsidiana. Ésta era el centro de mando de la enorme red de conexiones subetéreas entre los mundos y las estrellas. La energía de miles de soles estaba encadenada a esta máquina que se elevaba altiva y amenazadora en la planicie.

Rápidamente Kor voló a todo lo largo del cuadro de mando, comprobando y ajustando los conjuntos de sintonizadores y nonios. No había permitido que esta comprobación la Realizara un subordinado. Todo dependía de la exactitud. Se colocó en el puesto del operador, a trescientos metros de altura sobre la llanura, donde en breve el arco violeta del taladrador dimensional constituiría por sí mismo una bomba aspirante que forzaría a la enorme energía del sistema estelar a penetrar por el desgarrón en el universo del Trisz.

Todo estaba listo. Kor, al amarrarse con las correas, al asiento, rezaba en silencio. Nada podía fallar ahora. El Sabio expandió su mente; la sintió saltar como un muelle y desenrollarse como un látigo de acero para establecer los contactos precisos. Su mente consciente flotaba libre, pero dándose cuenta de que su ser físico tiraba de una palanca. La barra de metal se deslizó suavemente al ajustarse, sin un clic, en el hueco. Por un instante, el girar del Universo se detuvo... después todo se volvió negro, frío y silencioso.

Ya no vería más la resplandeciente nebulosidad del sistema errante ni sus miles de relucientes soles como grandes arcos en el cielo congelado.

Como un lejano electrón que vibrara, su propio Universo existía aún, todavía iluminado por la estrellada incandescencia de su firmamento. Pero las estrellas del sistema vagabundo estaban oscuras ya, vacías de energía hasta el último ergio, apagadas, muertas, totalmente destruidas. La gran máquina, algo más de ese mundo frígido que Kor había creado, era sólo una masa de metal derretido que ya se congelaba rodeando el cuerpo material del Hombre Kor. Y de todo aquel Universo que la mente de Kor había abandonado, se había

desvanecido el Trisz, expulsado para siempre *por* aquel impulso mortal.

Hubo un temblor en la negrura de su consciencia, un jadeo, una agitación de algo que encogió la percepción de Kor hasta convertirla en un filo de navaja. Su mente aún se expandía, ensanchando su influencia más y más en el universo del Trisz y en el cercado cuerpo-energía de éste. Había mundos aquí que habían sido antes planetas, y mundos que antes habían sido soles, fríos y muertos ahora, girando para siempre en la oscuridad vacía, vacía a excepción del fluido que constituía el Trisz.

Y algo más había. Kor hizo una pausa. Un suspiro, una vibración una llamada en susurros.

—¡Soma! —gritó—. ¡Soma! ¡Te escucho!

¡Ahora era el momento! El Sabio liberó la marea de energía que portaba. El campo del tiempo-estático saltó afuera, al precipicio, lentamente, después más y más de prisa; más ligero que el pensamiento en las extensiones sin tiempo de este Universo. El Universo del Trisz se aceleró. La consciencia crecía en cada átomo, en cada electrón giratorio. La energía contra la energía dentro del cuerpo del Trisz al morir este monstruo extraño. Fuerzas supertitánicas ondearon de extremos a extremos del Universo azotado con furia demoníaca. El Universo era un silente resplandor de maravillosa luz. Suavemente, Kor Danay llamó en el silencio de su muerte:

—¡Soma!

«¡Kor! ¡El Universo vive... gracias a ti!»

Antes de que la luz se apagase en su consciencia, él pensó: «Hay también un lugar para nosotros».